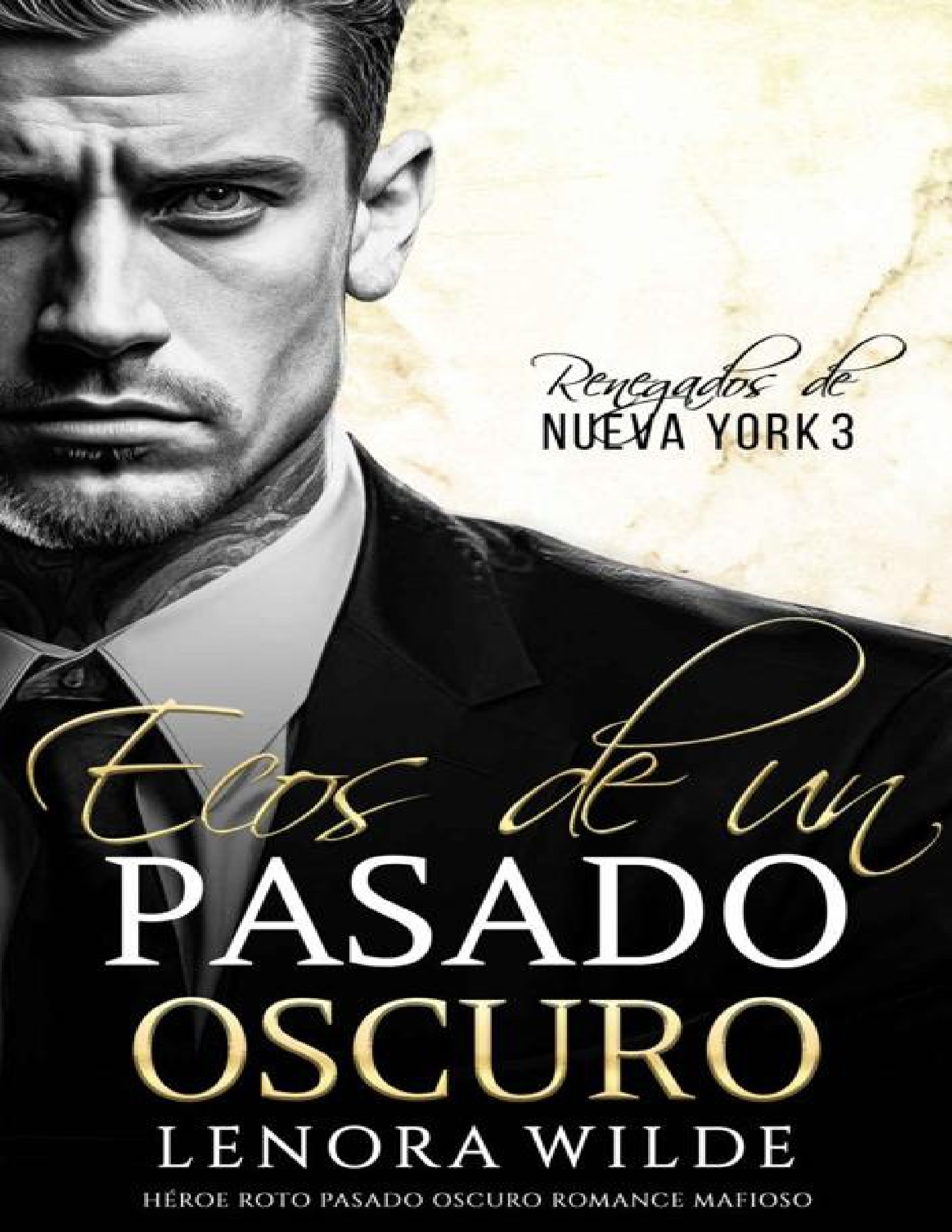




Renegados de
NUEVA YORK 3

Ecos de un
PASADO
OSCURO
LENORA WILDE

HÉROE ROTO PASADO OSCURO ROMANCE MAFIOSO

ECOS
DE UN
PASADO OSCURO

Héroe roto
Pasado oscuro
Romance mafioso

Renegados de Nueva York 3

Índice

Prólogo - Dante
Capítulo Uno - Stella
Capítulo Dos - Dante
Capítulo Tres - Stella
Capítulo 4 - Dante
Capítulo Cinco - Stella
Capítulo Seis - Dante
Capítulo Siete - Stella
Capítulo Ocho - Dante
Capítulo Nueve - Stella
Capítulo Diez - Dante
Capítulo Once - Stella
Capítulo Doce - Dante
Capítulo Trece - Stella
Capítulo Catorce - Dante
Capítulo Quince - Stella
Capítulo Dieciséis - Dante
Capítulo Diecisiete - Dante
Capítulo Dieciocho - Stella
Capítulo XIX - Dante
Capítulo XX - Stella
Epílogo - Stella

Prólogo - Dante

Joder.

¡Joder, joder, joder!

Apoyé la espalda contra la pared, todo estaba lleno de humo; podía oír cómo las vigas que sostenían el tejado se resquebrajaban. La enorme mansión de la familia mafiosa King se estaba viniendo abajo a mi alrededor y, lo peor, sobre mí.

–¡Agáchate, joder! –me gritó Jacob, uno de mis colegas. Me di vuelta y le vi corriendo hacia los atacantes, con la pistola en la mano y los ojos encendidos de ira. Me tiré al suelo, cubriéndome la cabeza con las manos, y le vi pasar a toda velocidad junto a mí. El balazo le dio en el pecho y le hizo perder el equilibrio. Dio media vuelta con una contorsión y me miró durante la fracción de segundo que demoró en caer. Una mirada que había perdido cualquier llama para siempre. Su cabeza aterrizó con un latigazo sobre el suelo, a escasos centímetros de la mía.

Me quedé mirándole un momento. Mierda. Tenía que salir de allí y tenía que salir rápido, o pronto terminaría haciéndoles compañía a Jacob y al resto de los guardias que estaban en funciones esa noche. La mansión estaba llena de asesinos, sicarios, francotiradores, la clase de gilipollas que no se lo piensan dos veces antes de jalar el gatillo. No podía caer en manos de esta gente.

La adrenalina me obligó a apartar la vista de lo que quedaba de Jacob y mi instinto de supervivencia se activó. Me arrastré sobre el piso hasta el vestíbulo principal, donde la escalera había sido consumida por las violentas llamas. En el piso de arriba, el resto de la familia King seguramente ya no vivía en este mundo. No servía de nada intentar rescatarlos. Ahora era el momento del sálvese quien pueda y yo no tenía la menor intención de morir en este infierno.

La mansión tenía una puerta trasera, en la cocina, que daba al amplio jardín del fondo: esa era mi mejor opción. Me arrastré por el piso en esa dirección, escondiéndome detrás de los montones de escombros. Los restos de la barandilla del segundo piso me sirvieron de cobertura. Tenía la esperanza de que nadie se detuviera a pensar mucho en mí; después de todo, yo no era absolutamente nadie.

La carta del anonimato y la irrelevancia iba a ser mi clave para escapar de la muerte.

Casi asfixiado por completo logré llegar a la cocina. El humo espeso empezaba a colmar todos los espacios; no me dejaba respirar, pero me ayudaba a ocultarme. La mansión iba a terminar de venirse abajo pronto, tenía que moverme rápido. Le di una patada a la puerta de cocina, que se había deformado con el calor y estaba atascada.

–Joder, joder, joder –murmuré, juntando fuerzas para darle una patada más poderosa. Cedió con un chasquido, soltándose de las bisagras, y desde el otro lado me atacaron las llamas. Me cubrí la cara con la mano mientras juntaba el coraje para lanzarme corriendo a ellas y alcanzar la puerta trasera.

Respiré hondo para retener todo el aire posible y empecé a correr con un brazo alzado para protegerme la cabeza.

Las llamaradas lamían los vaqueros y la camiseta que había cogido a la rápida media hora antes, cuando me despertó el ruido acojonante del comienzo de la batalla. Era increíble lo rápido que se había desatado este infierno, pero ahora mismo no tenía demasiado tiempo para detenerme a reflexionar al respecto. Tenía que salir de la mansión y rápido.

Llegué a la puerta trasera tosiendo como endemoniado y la abrí de una patada. Afortunadamente, esta cayó al primer golpe y me permitió huir a la carrera, todo el tiempo agachado para tratar de expulsar de mis pulmones el humo espeso que se los estaba comiendo.

Un segundo después de poner un pie fuera, oí el grito sordo del edificio desplomándose a mis espaldas. Me tiré al piso y me di la vuelta justo a tiempo para ver la mansión King, el lugar que había llamado mi hogar durante todos estos años, implosionando con estrépito como un castillo de naipes. Se tambaleó un instante y de inmediato el tejado dorado cayó con un crujido tremendo. Si alguien allí dentro había logrado sobrevivir a las llamas y la balacera, claramente en este minuto había dado el último suspiro.

Estaba como anestesiado, veía los hechos a través de una niebla que no necesariamente provenía del humo del incendio. Me quedé mirando las ruinas del que había sido mi hogar, contemplé las llamas que iluminaban el cielo nocturno, escuché la sirena, lejana aún, de los bomberos. Sacudí la cabeza para intentar volver a la tierra: tenía que alejarme del sitio antes de que llegaran las autoridades. Me iban a hacer un montón de preguntas y no me apetecía para nada sentarme a responderlas.

Era hora de ponerme de pie, darme la vuelta y correr a toda velocidad hasta la pared del fondo. Un salto y estaría en la calle. No tenía ni puta idea de adónde iría después, pero ahora las cosas iban paso por paso.

Antes de empezar a correr, me detuvo algo, una figura imprecisa contra el fuego. Intenté identificar de quién se trataba, pero fue imposible con la luz enceguecedora de las llamas de fondo. No tenía más tiempo que perder allí.

Le di la espalda a las ruinas de la mansión King y salí a la carrera hacia la pared de atrás. Mientras más lejos de allí, mejor.

Daba igual si no tenía la más remota idea de qué hacer con mi vida después de esto.

Capítulo I - Stella

–¡Hola, Stella! ¡Estás muy guapa, tía! –me dijo Marnie, otra de las chicas de mi grupo de terapia, mientras chocaba su cadera con la mía y se sentaba frente a mí, al otro lado de la mesa de centro.

–Muchas gracias –le devolví una sonrisa llena de honestidad. Joder, estas reuniones lograban animarme para toda la semana. Cuando mi terapeuta había sugerido que asistiera a sesiones de terapia de grupo para víctimas de trauma, me había parecido la peor idea del mundo. Ya me costaba horrores abrirme con ella, ponerme en una posición vulnerable, ni hablar de exponerme de esa manera frente a personas que no había visto jamás en mi vida.

Y, joder, al principio había sido un infierno. Contar las experiencias que me habían hecho terminar en un grupo así desafiaba a cada célula de mi cuerpo a confrontar la vergüenza que me consumía por cada evento que había ocurrido en mi pasado. No importaba cuántas veces me dijera a mí misma que yo no había tenido el control sobre esa historia, que esos horrores no eran mi responsabilidad; nunca acababa por creérmelo del todo.

Todavía me costaba decirlo con las únicas palabras adecuadas: era una víctima del tráfico sexual. Había caído en esas redes y mi vida de veinteañera normal, con su pequeño curro sin futuro y un millón de sueños, había sido trastocada por completo. En un abrir y cerrar de ojos era un pedazo de carne que se follaban docenas de tíos por día para que un cabrón se forrara de pasta. Un cabrón que no quería volver a ver nunca más en mi puta vida. Ese hijo de puta me había engatusado hasta hacerme caer. La noche en la que lo conocí en el club, me pilló en aprietos económicos para pagar la renta y me dijo que había una manera fácil de ganarme un dinerillo extra. En mi desesperación, acepté la oferta confiada, sin saber muchos detalles. El tío no tenía el aspecto de un hombre dedicado al tráfico sexual, no tenía pinta de chulo. Joder, qué sabía yo sobre cómo se ven los chulos. Ahora tenía más que claro que así es cómo estos hijos de puta reclutan chicas para la trata: buscaban justamente a chicas como yo, que no tuvieran muy clara la diferencia entre bailar con poca ropa y proveer el “servicio completo”. Antes de que te dieras cuenta, estabas atrapada viviendo una vida que nunca había aparecido en tus sueños para el futuro.

Pero ahora, gracias a la familia Caroni, había logrado salir de ese infierno y había

recuperado mi autonomía. Al menos, en gran parte. Había reconstruido los puentes con mi familia y había tenido la oportunidad de volver a conocer a mi hermana menor, Emma. Joder, la había echado tanto de menos. No me había dado cuenta de cuánto me habían faltado sus comentarios sarcásticos y su actitud empoderada y valiente ante la vida durante todos los años en los que no la había tenido a mi lado.

Claramente, aún me quedaba mucho trabajo por delante para realmente soltar la historia de mi juventud. Habían pasado solamente seis meses desde que me habían rescatado del tráfico y mi primer objetivo había sido lograr ponerme de pie de nuevo. No había sido en absoluto tarea sencilla, pero ya había conseguido un piso pequeño, que pagaba con el dinero que me ganaba haciendo tareas administrativas sencillas a través de internet. Cumplía religiosamente con mis citas de terapia, un tratamiento que pagaba la familia Caroni. El apoyo de ellos había sido imprescindible en todo este proceso. No solo me habían rescatado de las garras del chulo, sino que continuaban apoyándome mientras lograba establecerme del todo. Yo no hubiera podido permitirme tantas sesiones de terapia y mucho menos el lujo de ir avanzando a mi ritmo, paso a paso. Mi gratitud hacia ellos era infinita.

Habían cambiado tantas cosas en mí... Y no solo a nivel mental, sino también físico. Ya no era un saco de huesos, había empezado a recuperar peso y mi cuerpo empezaba a verse cómo el de una mujer adulta. Quizás algunas de las chicas más jóvenes iban a tener problemas con este cambio, pero para mí era realmente un alivio. Las transformaciones en mi cuerpo atestiguaban que realmente estaba sanando, que mi cuerpo volvía a ser mío, ya no un producto que tenía que administrar en función de las preferencias de los hombres que entraban en mi habitación.

Y sabía que exactamente a eso se refería Marnie cuando me dijo que estaba muy guapa. Me lo había repetido mucha gente durante las últimas semanas, prácticamente todas las personas en mi vida habían hecho un comentario similar. Tenía fresca en la memoria la expresión en el rostro de mi madre cuando me había vuelto a ver por primera vez: me abrazó y me dijo que sentía que me iba a romper si me apretaba mucho. Con este cuerpo era imposible que eso ocurriera. Había estado yendo al gimnasio, entrenando con empeño y disfrutando de esta nueva fuerza. Me sentía poderosa y me encantaba sentirme así.

—¿De verdad lo crees? —le dije a Marnie, haciendo una pose ridícula.

—¡De verdad! —respondió riendo—. Tía, te lo digo yo, te ves como una persona totalmente diferente. ¿Cómo te encuentras?

—Me siento bien. ¿Y tú qué tal estás?, ¿cómo te va la vida?

Continuamos la conversación. Marnie había salido de una relación abusiva antes de unirse al grupo y había comenzado a asistir a las reuniones más o menos al mismo tiempo que yo, de modo que nos habíamos hecho amigas rápidamente. No era difícil estrechar relaciones con las personas del grupo: todos les confiábamos nuestras historias más oscuras a los demás diez minutos después de habernos conocido. No hay sitio para las conversaciones triviales y las apariencias cuando estás llorando a moco tendido en la primera sesión del grupo.

Mientras charlábamos, noté que había alguien en el otro extremo de la mesa de centro. Un tipo que estaba solo, el nuevo. Ya había venido a un par de reuniones, pero apenas había dicho dos palabras. Solo sabíamos su nombre. La gente no estaba obligada a contar su historia en la primera reunión, ni en la segunda ni en la tercera; muchas personas no hubieran podido lidiar con eso y el grupo habría perdido su propósito, todos los comprendíamos. Nunca presionábamos a nadie. Cada cual podía tomarse el tiempo que necesitara para acostumbrarse a participar en las sesiones y para estar listo para compartir su historia.

Me vio mirándolo durante un segundo y apartó los ojos de inmediato, como huyendo de cualquier contacto conmigo. ¿Quizás estaba nervioso? Yo también había estado muerta de los nervios las primeras veces y algunos de los miembros más antiguos se habían preocupado de que me sintiera acogida y bienvenida. Tal vez era mi turno ahora de hacer algo así por este tío.

Marnie se alejó para conversar con otra persona y yo le sonreí al tío. Me devolvió una sonrisa débil y poco entusiasta. Me acerqué a él igual, no me iba a dar por vencida.

—¡Hola! Soy Stella.

Me miró de arriba abajo durante un momento, que yo aproveché para estudiar su cara. ¿Qué sería exactamente lo que lo había traído aquí? A veces, con solo mirar a alguien podías saberlo: las mejillas hundidas y la piel avejentada solían significar que habían consumido drogas, otros tenían lesiones evidentemente causadas por accidentes traumáticos o actos de violencia. Pero este tío no acarreaba ningún estigma evidente. Era imposible reconstruir su historia a partir de lo que se veía desde afuera.

Parecía un poco mayor que yo, llevaba el pelo oscuro corto y tenía unos ojos azules que le iluminaban la cara con elegancia. Llevaba una camiseta y vi que tenía varios tatuajes en los brazos, una mandíbula abierta de lobo asomaba debajo de su manga

derecha. El tío era muy alto, muchísimo más alto que yo, y su espalda ancha y los bíceps que le hacían juego informaban de una rutina de gimnasio disciplinada y de larga data.

–Dante –respondió casi gruñendo.

–¿Te apetece un café? –señalé la mesa que había detrás de mí.

–Te lo agradezco, pero no –replicó, con un tono cortante que me causó alarma.

–Vale, perdóname –dije, alzando las manos en señal de tregua–. No fue mi intención...

–No te preocupes –me interrumpió–, que me las puedo arreglar solo.

Joder, este tío realmente no quería ni verme. No debería haberme sorprendido demasiado. Allí cada cual vive su propio proceso y no todos han alcanzado la etapa en la que se sienten menos incómodos hablando con extraños.

–Vale, perdóname igual –murmuré con las mejillas en llamas. Realmente no había sido mi intención agobiarle, pensé que quizás quería hablar con alguien, pero ahora me había quedado claro que no era en absoluto su intención.

Me dedicó otra mirada hostil, le di la espalda y me alejé, incómoda y avergonzada. Necesitaba empezar a actuar con más cautela. Mi impulso en ese momento era dejarme llevar por mi propia felicidad y olvidarme por completo de que otras personas se hallaban en tramos diferentes en sus propios viajes de sanación.

Volví a acercarme a Marnie, que había visto cómo se desarrollaba todo.

–¿Qué le pasa a ese tío? –preguntó bajando la voz. Negué con la cabeza.

–Nada, yo qué sé –le respondí negando con la cabeza y todavía mirando al tal Dante por el rabillo del ojo.

–Joder, ¿ya ha venido a cuántas reuniones? –añadió Marnie–. Y todavía no suelta ni una palabra sobre su propia historia...

–Ya lo hará, cuando esté preparado... –respondí. No sabía por qué lo estaba defendiendo, especialmente después de la manera en la que me había tratado, pero no quería hacerle la cruz tan rápidamente. Era claro que el tipo llevaba consigo bastante dolor y quizás esa carga fuera la causa de su mala leche.

Por supuesto, la otra alternativa era igualmente probable: que fuera simplemente un completo gilipollas que no se merecía el beneficio de la duda. Imposible saberlo, pero tampoco era mi problema. Por mi parte, iba a tener todo el espacio que necesitara y al

menos le había dejado claro que si quería hablar conmigo alguna vez, podía hacerlo.

Después de terminar el café de mala calidad que bebíamos después de las reuniones, caminé hasta mi piso. Era un pequeño estudio ubicado a algunas manzanas de distancia. Un pisito diminuto, pero tener un espacio que fuera totalmente mío era un verdadero placer. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba un sitio propio hasta que me había mudado allí. En mi vida había vivido, primero, con mi familia y luego con compañeros de piso, pero después de salir del tráfico cada hueso de mi cuerpo me decía que necesitaba un espacio exclusivamente para mí.

Un sitio para decorar a mi gusto, donde pudiera ponerme a amasar o a hornear tartas a la mitad de la noche si tenía insomnio y necesitaba distracciones. Siempre me había gustado la repostería y mis compañeras de piso después de salir del instituto tenían que tolerarme horneando bandeja de galletas tras bandeja de galletas o permitirme hostigarlas con la nueva receta de tarta que estaba obsesionada con probar. Incluso después de todos estos años, mi pasión por las masas dulces seguía siendo tan intensa como siempre y había vuelto a mí una fantasía de toda la vida: abrir mi propia pastelería. Emma siempre me decía que estaba preparada para hacerlo: mis tartas eran deliciosas y se venderían como pan caliente, pero el estrés de llevar un negocio propio y el dinero necesario para ponerlo en pie me parecían obstáculos imposibles. Quizás más adelante, dentro de algunos años, pero en este momento estaba tranquila viviendo esta vida.

El aire frío de la noche me hizo meter las manos en los bolsillos. Por alguna razón, mi mente se detenía una y otra vez en el intercambio de mal gusto que había tenido con ese tío, Dante, en la reunión. Había algo en él, algo que continuaba trayéndolo a mi memoria, y no me era posible identificar de qué se trataba. O sea, el tío era guapo, vale, pero era más que eso, era otra cosa. Debajo de su mirada mala leche parecía haber mucho más y realmente me estaba dando mucha curiosidad descubrir qué era, tenía que admitirlo.

Bueno, si seguía yendo a esas reuniones, probablemente pronto se abriría y yo conocería su historia.

Y podría por fin saciar la curiosidad que ese momento me estaba carcomiendo.

Capítulo II - Dante

El fuego me abrasa los pies y las manos. Lo siento próximo, lo huelo cerca, el humo me asfixia... Intento escapar arrastrándome, pero no logro moverme. Estoy atrapado, aquí es donde voy a morir. Miro hacia arriba: el techo comienza a desprenderse, y lo sigo mirando fijamente, sabiendo que no puedo hacer nada para impedir que se derrumbe sobre mí. Cierro los ojos y me preparo para lo inevitable, estoy listo...

–¡Joder! –di un salto en la cama y me senté, bañado en sudor frío y con el corazón a mil por hora. ¿Qué cojones era ese lugar? La pesadilla aún me asediaba la mente con ráfagas de imágenes violentas, todo mi cuerpo estaba tenso.

Me demoré varios minutos en volver a esta tierra y recordar que estaba a salvo. No había ocurrido nada. Estaba en mi cama, en mi piso, a oscuras, solo. Lo mismo de todas las noches, lo normal.

Terminé de incorporarme y me senté al borde de la cama, los pies sobre el suelo. Imposible pensar en volver a conciliar el sueño. Ya sabía cómo iba esto: nunca podía volver a quedarme dormido. Estas pesadillas –mi terapeuta las llamaba «terrores nocturnos»– eran cada vez peores y las noches se habían convertido en una batalla contra el terror que me causaba la idea de acostarme a dormir.

Ya habían pasado casi tres meses desde el ataque a la mansión King que aniquiló a mis jefes. Había trabajado para ellos toda mi vida, primero como un simple mensajero que recorría toda la ciudad, después como sicario y guardaespaldas de máxima confianza. Rayo King había sido mi guía en el tenebroso mundo de la mafia y me había enseñado a encontrar un lugar allí. Y ahora Rayo King ya no existía.

Ya ninguno existía. Ni siquiera sabía cuál entre los múltiples enemigos de la familia King había sido el ejecutor del ataque letal. Parecía que yo era el único que había logrado escapar de la masacre. Aunque había intentado buscar otros sobrevivientes, hablando con conocidos y contactos, no había encontrado a nadie más. Yo era el único que quedaba y todos los días esa verdad me cagaba la vida.

Había intentado mantener un perfil bajo y volver a una vida normal, trabajando como repartidor para uno de los supermercados gigantes, pero pronto mi pasado había vuelto. Un ruido súbito en el curro me trasladó de inmediato a la balacera en la mansión y casi destrozo a puñetazos a un colega. Afortunadamente lograron retenerme, y me dijeron que tenía que ir a terapia o perdería el puesto. Renuncié de inmediato,

consciente de que me iba a costar mantener el control, pero acepté la sugerencia de comenzar un tratamiento.

Si quería algo al menos remotamente parecido a una vida normal, iba a tener que dejar atrás la vida anterior. Claramente, un tipo como yo no podía ir a pedir curro a las casas de las otras familias de la mafia: ninguna me aceptaría. Los King solo tenían enemigos en Nueva York y ningún otro clan iba admitirme sin tratar de sonsacarme hasta el último detalle sobre mi extinto empleador. No era una opción. De alguna manera tenía que encajar en la vida real, empezar de nuevo, y si para lograrlo tenía que sobrevivir un tratamiento de mierda para la mente, venga.

Toda esa cosa de la psicología y la terapia siempre me había parecido un circo, y asistir a las sesiones solo había confirmado mi percepción. Había buscado un profesional especializado en tratar casos como el mío, las secuelas de una vida violenta, pero hablando con él solo había conseguido que toda la mierda resurgiera. Antes al menos podía ocultarlo hasta que algo, como ese ruido imprevisto, lo detonaba, pero ahora el pasado vivía en mi cabeza constantemente, como presente perpetuo. ¿Cómo cojones iba a enfrentar esto?, ¿cómo podía una persona vivir así?

Marlo, mi terapeuta, me había sugerido que empezara a asistir a un grupo de terapia para personas que habían pasado por experiencias similares. Y en esa situación, yo ya estaba dispuesto a intentar cualquier cosa. Había asistido a un par de reuniones; seguía creyendo que no servirían para nada. Todo ese cuento de estar sentado en una sala y escuchar a otras personas hablar de las peores mierdas que habían ocurrido en sus vidas no me hacía sentir mejor a mí en mi propia miseria.

Fui a la cocina y me serví un vaso de agua. Bebí un largo sorbo, intentando no pensar demasiado en la mano temblorosa. Tenía que calmarme, aprender a controlar mi mierda. Cerré los ojos e intenté recordar los consejos de mi terapeuta para combatir el *flashback*: conectar con mis sentidos. Respiré en profundidad para detenerme en el olor de la habitación, agité los dedos de los pies sobre las baldosas para embeberme del frío del suelo.

Pero mi mente se deshizo pronto de la información inmediata y se desvió sin aviso ni causa aparente hacia esa mujer, Stella, la de la reunión de unos días atrás. Me había visto solo y se había acercado a conversar.

En las últimas dos reuniones del grupo, me había sentado en el sitio opuesto al que había tomado ella en el círculo de terapia y, en consecuencia, mi mirada se había

detenido en ella con más frecuencia de lo habitual. Tenía el cabello oscuro y con rizos, y solía llevarlo recogido para enseñar unos pendientes enormes y coloridos. Unos ojos marrones parecían brillar sobre su piel morena y escuchaba con sumo interés las historias de vida de los otros, contando también las suyas propias. Me había enterado así de que había sido prostituta durante bastante tiempo y no precisamente por voluntad propia. En mi línea de trabajo anterior, había conocido a muchas mujeres que habían atravesado experiencias parecidas, pero Stella parecía haberlo dejado atrás de una vez.

Y parecía una persona realmente amable, empática. Le importaban todos y cada uno de los miembros del grupo, y quería lo mejor para ellos. Pero cuando se acercó a mí a desplegar esa empatía, se me erizaron los pelos del lomo. Joder, odiaba que la gente se me acercara así, aunque tuvieran las mejores intenciones del mundo y quisieran ayudarme por un interés genuino. Me parecía una situación peligrosa, una en la que había mucho en juego; la gente así me daba la sensación de que podían verme por dentro y, cuando lo vieran todo, odiarme con razón.

La había corrido antes de que pudiera decir mucho y todavía recordaba claramente la expresión en su rostro cuando le respondí mal. Estaba claro que ese era mi puto problema: no podía permitir que nadie se acercara sin echarlo a puñetazos de inmediato. Cuando has visto toda tu vida entera volverse cenizas delante de tus ojos, te conviertes en un animal desconfiado y solitario, listo para gruñir cuando quieren hacerte un cariño.

Una puta mierda. La tía solo había intentado intercambiar dos palabras conmigo. La verdad es que se merecía una disculpa. Iba a tener que esforzarme para empezar a tender puentes hacia otras personas. Si seguía mostrándole los dientes a cualquiera que intentara acercarse, esa famosa vida normal con la que soñaba iba a seguir siendo inalcanzable.

Acabé de beberme el agua y volví a la cama. Aunque era prácticamente imposible que lograra volver a quedarme dormido, al menos podía pensar en cómo disculparme con esa chica por la forma en la que le había respondido en la última reunión del grupo.

Claro, si es que siquiera toleraba mi presencia. No podía sorprenderme si ella decidía no aceptar mis disculpas. Solo restaba esperar que se mostrase más comprensiva de lo que había sido el resto del mundo últimamente.

Capítulo III - Stella

–Hola.

Me pilló por sorpresa el saludo, aunque reconocí de inmediato la voz a mis espaldas. Terminé de guardar el labial, me colgué el bolso al hombro y solo entonces me volví a mirarle, sin esconder mi sorpresa.

Literalmente este tío era la última persona que esperaba que me hablara después de esta reunión del grupo. Ya había pasado una semana desde nuestro intercambio truncado y hoy el tío había estado evitando mirarme todo el día. Había interpretado que me estaba dejando claro que no quería saber nada de mí.

Sin embargo, ahora estaba aquí, de pie frente a mí, los brazos cruzados, la mandíbula apretada. Y me había saludado.

–Hola –respondí, cada vez más sorprendida–. Eeh..., ¿te encuentras bien?

–Sí, estoy bien –respondió con cierta brusquedad–. Yo... yo quería disculparme. Por lo que pasó la semana pasada.

Le miré fijamente. ¿De qué iba esto? ¿Este tío me estaba gastando una broma? Su expresión era seria, pero no me miraba a los ojos, como si quisiera evitar todo contacto real.

–¿Qué dices? No te sigo... –pregunté confundida.

–Fui un grosero contigo –respondió sin rodeos–. Un total gilipollas. Estuve mal y lo siento.

Fue tan directo que casi me hizo reír.

–Vale, gracias, acepto las disculpas, pero, créeme, te entiendo. Nadie está aquí porque le vaya de la hostia...

–Bueno, es cierto –respondió con lo parecía ser una muy esbozada sonrisa. Y respiró hondo, como si estuviera reuniendo coraje para arrojarle por un precipicio–. ¿Te apetece ir por un café? A modo de disculpas también. El café de aquí es una mierda...

–Pues venga, vamos –se me escapó una risa, al tiempo que mi mente me decía: «Oye, tía, cálmate, ¿es esto buena idea?». No conocía a este tío de nada y los hombres en mi vida no habían sido figuras precisamente respetables. ¿Era buena idea aceptarle el

café sin tener idea de sus planes, de su historia, de su vida..., de su daño? Joder, estaba tan acostumbrada a obedecer a los hombres en cualquiera de sus órdenes o deseos que a veces parecía que no tenía voluntad propia. Me costaba distinguir entre lo que quería hacer yo realmente y la parte de mí que simplemente estaba programada para complacer tíos.

Él pareció darse cuenta de mi polémica interna.

–Por favor, no te sientas obligada –añadió y yo respiré hondo. Un café no era gran cosa, ¿no? Eso era todo: un café. No tenía por qué contarle nada con lo que no me sintiera cómoda. Joder, podía navegar esta situación, no era nada del otro mundo. Solo un café.

–Conozco un sitio estupendo a un par de cuadras, vamos –respondí.

Salimos de la reunión y, mientras caminábamos hacia el café, mi mente continuó dialogando con mi cuerpo sobre la inesperada situación. En castizo: este tío estaba bueno, muy bueno, no podía negarlo. Había olvidado cómo se sentía que alguien te resulte atractivo. Me parecía bastante peligroso fijarme demasiado en lo guapo que era, en cómo sus brazos amenazaban con desgarrar las mangas de su camisa...

Ordenamos el café y él quiso pagar. De ninguna manera, insistí en hacerme cargo de mi propia cuenta. No quería sentir que le debía algo. No era que el tío tuviera esa actitud, para nada, pero yo ya no era la mujer que permitía que los tíos decidieran todo por ella. La nueva versión de mí se hacía cargo de ella misma y pagaba por sus propios cafés, muchas gracias.

Por suerte, no le dio mucha importancia a mi arrebató de dignidad presumiblemente innecesario en este contexto y nos sentamos cerca de la puerta. Me gusta estar atenta al movimiento en este tipo de sitios, ver quién entra y quién sale, imaginarme historias sobre las personas que vienen al café. Posiblemente sea mi ansiedad buscando estímulos constantemente, pero no era el momento de ponerme a analizarlo demasiado.

–Realmente, me sorprendió que quisieras volver a hablarme –admití mientras disfrutaba un sorbo de mi café descafeinado con leche y un toque de menta.

–Estoy intentando mejorar un poco, la verdad –explicó, encogiéndose de hombros... Ya sabes, intentando hablar con la gente y esas cosas. Ahora mismo no se me da muy bien...

–Irá mejor, ya verás –le respondí–. No sé cuál es tu historia, y, por favor, no te sientas obligado a contarme nada, pero sí sé que cuando estas comprometido con crecer, con avanzar, los cambios son rápidos. Créeme, tío, te vas a sorprender.

–Ojalá –respondió con un gesto bastante escéptico.

–Así funciona esto, tío, créeme –le dije con entusiasmo genuino–. Y el grupo... Mira, el grupo me cambió la vida, no te miento. Esas personas me hicieron sentir mucho menos sola en el mundo...

Me di cuenta de que estaba hablando demasiado, diciendo mucho, y me detuve. Este tío seguramente no me había invitado a un café para que yo hablara sin parar sobre el credo de la sanación grupal.

–¿Y... vives aquí desde hace mucho tiempo? –cambié el tema a terreno neutral y, por tanto, seguro.

–He vivido aquí toda la vida –respondió–. Crecí en el lado este, cerca del río, ¿conoces esa zona?

–¡Pues claro! En ese barrio estaba el instituto al que asistí –respondí–. El Palais, ¿no?

Sonrió y se le iluminaron los ojos.

–Claro, El Palais –sonrió y se le iluminaron los ojos–. No pasé mucho tiempo en el instituto, no te voy a mentir, pero si lo hubiera hecho, quizás hubiéramos sido colegas.

–Pues la verdad es que yo tampoco pasé mucho tiempo en el instituto –admití, inclinándome hacia adelante para susurrar–, pero no se lo digas a mi madre.

Soltó una risa abierta, una risa fresca y atractiva. Iba bien en contraste con su expresión habitualmente tan seria, tan ensimismada.

–Vale, vale, tienes mi palabra de honor –dijo con la mano sobre el corazón, haciendo un voto solemne.

La conversación siguió sobre nuestra infancia en el lado este de la ciudad, hasta habíamos tenido algunos amigos en común, aunque no al mismo tiempo y, por lo mismo, nunca nos habíamos topado realmente en esas épocas. Por mi parte, claramente lo recordaría si lo hubiera conocido antes. Sus ojos inquisitivos se hubieran grabado a fuego en mi cerebro. Cada vez que este tío te miraba, sentías que estaba viendo algo en ti que nadie más había visto nunca.

Varias veces me di cuenta de que los ruidos fuertes lo alteraban. En un momento, un grupo numeroso entró al café, venían riendo a carcajadas y hablando a voces, y lo vi girar la cabeza y tratar de bloquear el ruido subiendo los hombros hacía las orejas. Luego uno de los baristas dejó caer el mango del molinillo de café y lo vi cerrar los puños con fuerza, su mirada repentinamente oscurecida. Era evidente que aún llevaba consigo un peso abrumador y estaba consciente de que estas cosas no eran tan sencillas como intentar convencerle de que no había nada de qué preocuparse en este café. Tú mente racional sabe claramente que no hay ningún peligro, pero las reacciones a las que ha sido acostumbrado tu cerebro animal durante años no entienden de razones.

A veces se quedaba callado, como si fuera incapaz de decir otra palabra, pero su silencio no me molestaba. Le veía esforzarse por participar en la conversación y le agradecía por hacerlo. Además, era evidente que todo esto era muy difícil para él y confieso que sentí mucha más curiosidad de la saludable por saber cómo había terminado aquí, qué había ocurrido en su vida para que se convirtiera en una persona con dificultades para saber qué hacer o qué decir en compañía de otros.

Debajo de la mesa, a veces nuestras rodillas se rozaban accidentalmente y el contacto me resonaba en el estómago. La atracción que sentía por él era una sensación realmente extraña, que no sentía hacía mucho tiempo. Mi cuerpo respondía con calidez y hormiguitas, un deseo verdadero. No podía negar que, cuando le miraba, lo que veía era a un hombre al que realmente deseaba.

Pero por muy genuina que fuera mi atracción, por mucho que mi cuerpo acusara recibo a gritos, todo estaba contaminado por mi propia historia, que repetía que no era buena idea que me enamorara de este tío. Apenas le conocía, no sabía nada de su pasado ni de su bagaje personal. Joder, y por mucho que él hubiera escuchado algunos detalles desconectados de mi propia historia, tampoco sabía nada de mí.

Aun así, agradecía su esfuerzo por conectar y la oportunidad que me había ofrecido de compartir un rato con un tío que no conocía. Estaba consciente de que mi propio camino de sanación demandaba que me acostumbrara a este tipo de cosas, a asistir a citas con tíos, si quería tener una relación en el futuro, y sí, lo ansiaba realmente. Compartir un café con él era una forma segura de ir probando terreno y aumentando un poco mi confianza. Cada vez que se reía de mis bromas estúpidas, me sentía un tanto más segura.

—Gracias por aceptar mis disculpas y el café —dijo mientras nos dirigíamos a la puerta. Con la excusa de darle información sobre otras reuniones de terapia que se

hacían en esta zona, le había dado mi número, pero confieso que esperaba que me llamara por otras razones.

–Gracias a ti, por darme una excusa para disfrutar de un café demasiado caro – respondió y él sonrió. Era como si estuviera apenas practicando cómo se sonríe y le sentaba bien.

–Nos vemos pronto, ¿vale? –me despedí y él asintió. Me di la vuelta para encaminarme hacia mi piso y logré la pequeña victoria de que no se me escapara una sonrisa cuando aún podía verme.

Capítulo IV - Dante

Me zampé otro cortito y sentí que me quemaba la garganta. Daba igual. Estaba aquí para emborracharme perdido y el resto eran detalles.

La noche anterior había sido terrible. Otra noche dura, otra noche en la que me había despertado empapado en mi propio sudor, con el corazón a mil por hora y la cabeza revuelta por los recuerdos que a toda costa quería olvidar. Mi esperanza había sido que compartir un par de horas con esa chica del grupo, Stella, me ayudaría a salir un trecho de la rutina y ordenar la mente, pero no había tenido tanta suerte.

De modo que esta noche sería diferente: esta noche iba a tomar medidas drásticas para imponer orden. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa, para ahorrarme otra ronda de pesadillas. Me metí a un bar de mala muerte cercano a mi piso y mi plan era beber, beber y beber hasta caer rendido.

Verdad es que también podría haber comprado una botella de vodka y habérmela bebido enterita solo en casa, hasta caer en coma, pero no era suficiente. Quería estar rodeado del estruendo insoportable de la música, los gritos de la gente, el caos. Que toda esta mierda me saturara los sentidos y me diera un respiro de la mierda que manufacturaba continuamente mi propio cerebro.

Llevaba unas cuantas cervezas y varios chupitos, y se acercaba la medianoche. Todavía me quedaba un largo camino antes de poder desconectar. En el mejor escenario, había bebido ya la mitad de lo necesario para llegar a destino. Esto es lo que pasa cuando desarrollas tolerancia al alcohol y yo me había entrenado durante años en ese terreno, cuando todos los sicarios de la familia King salíamos a beber en grupo después de una misión difícil. La borrachera servía para ventilar las presiones y todo lo pagaba el gran jefe, por supuesto.

Joder. Pensar en ellos me trajo a la mente la noche del incendio: sus cuerpos incinerándose en la mansión en llamas. Le hice señas a la camarera y pedí de inmediato otro trago.

—¿Estás seguro de que quieres otro? —me preguntó.

—Joder, estoy bien. Que me des otro, ahora.

Me miró con expresión de duda, pero obedeció y se dirigió a la barra. Muy bien. No tenía ganas de discutir. Unas cuantas chicas se me habían acercado durante la noche y

las había rechazado a todas de inmediato. Si hubieran tenido puta idea de la mierda que habitaba en mi cabeza en este minuto, jamás lo hubieran hecho. Lo mío era un acto de caridad, les estaba ahorrando el problema de tener que descubrir la verdad y luego huir.

La camarera me sirvió el chupito y lo pagué tratando de no pensar en la velocidad a la que se estaban esfumando mis últimos ahorros. Hubiera podido engordar mi bolsa revelando información sobre los escondites de armas de los King –a la policía o a las otras familias–, pero tenía principios, o al menos un cierto sentimiento de lealtad que me impedía aprovecharme de las circunstancias.

Mi antigua vida debería haber quedado en el paso. Toda esa lealtad ahora era completamente inútil. Sus destinatarios estaban muertos. Quizás revelar información clasificada me hubiera ayudado a sacarme todo esto de la cabeza, pero cuando pensaba en Rayo, en todo lo que había hecho por mí a lo largo de los años, en la forma en que me había rescatado de la pobreza cuando mi familia me echó de casa por mis borracheras y peleas constantes, sabía que no podía traicionarlo, aunque estuviera muerto y bien muerto.

Saqué mi teléfono del bolsillo. Aún tenía sus datos de contacto, aunque debería haberlos borrado hacía mucho tiempo. Antes de todo esto, era un tío práctico, ejecutivo, capaz de concentrarme en las tareas inmediatas, pero ahora... Ahora era un desastre sentimental, un desorden absoluto.

Revisando mis contactos, apareció un nombre que me hizo detenerme: Stella. Me había dado su número después del café y no la había vuelto a molestar desde entonces. Supuse que me lo había dado simplemente por amabilidad y no pensé más en ello.

Pero ahora, mientras miraba su nombre en mi teléfono fijamente, me di cuenta de que... la echaba de menos. Quería su compañía, quería observarla apoyando la barbilla en la mano mientras me escuchaba con atención. Mi dedo oscilaba sobre la pantalla mientras intentaba convencerme de que esto no era buena idea, pero mis ganas de escuchar su voz lo acallaban todo. Ni siquiera sabía por qué, quizás porque sabía que no tenía que fingir ser una persona normal delante de ella. Stella sabía que había pasado por alguna mierda oscura y eso no parecía un problema. Incluso cuando había sido un puto imbécil con ella, me había dado otra oportunidad.

Pedí otra cerveza y bebí un par de sorbos antes de llamarla. La verdad es que no esperaba que cogiera el llamado, menos a esta hora, pero respondió a los pocos segundos:

–¿Diga?

–Hola –intenté parecer sobrio–, ¿qué haces despierta a esta hora?

–No podía dormir –respondió confundida–. ¿Dante?, ¿eres tú?

–Soy yo, sí. ¿Quieres venir a tomar algo conmigo?

–Dante, te escucho borrachísimo –dijo, más divertida que molesta–. ¿Dónde estás?

–En un bar –y separé el teléfono para que oyera el ruido a mi alrededor y me lo acerqué de nuevo–. En Geraldo's. ¿Lo conoces?

–¿Ese sitio? –respondió riendo–. Sí, lo conozco. Es un antro. ¿Qué haces ahí?

–Me emborracho –admití y se quedó callada un momento.

–Dante, ¿te encuentras bien? –me preguntó en voz baja y no me sentó bien. No la había llamado para que me compadeciera.

–Perfectamente –me salió como un ladrido. Joder, debería haber sabido que ella iba a leer cosas en esto, a darle más importancia de la necesaria. Yo solo la había llamado para conversar y ahora esta tía estaba muy preocupada.

–¿Cuánto has bebido? –me preguntó, sin inmutarse por mi tono.

–A ver, un par de cervezas, algunos chupitos...

–Mierda –murmuró–. Tienes que irte a dormir. Créeme, eso de emborracharse no funciona con gente como nosotros.

La escuché moverse al otro lado de la línea. Hubiera querido ponerme a discutir con ello, pero probablemente tenía razón. Llevaba en esto más tiempo que yo y, aunque nuestras experiencias eran claramente muy distintas, tenía una idea bastante concreta de lo que estaba pasando en mi cabeza esta noche.

–Te espero afuera del bar dentro de diez minutos –dijo–. Voy para allá.

–¿Qué? –respondí, sorprendido.

–Que tienes que irte a dormir, joder –me dijo–. Mi piso está cerca. Nos vemos fuera en unos minutos; puedes venir a dormir a mi sofá. No deberías estar solo en ese estado.

Claramente, no estaba pidiendo mi opinión; lo de discutir estaba desechado. No había sido mi intención provocar esta respuesta cuando decidí llamarla, pero quizás en

algún lugar de mi mente sí que esperaba algo así. Que estuviera dispuesta a ayudarme, porque yo no tenía idea de cómo ayudarme a mí mismo.

–Creo que si te digo que no, no me harás ni caso –respondí.

–Claro que no. Te espero afuera. O sales o entraré a sacarte de allí yo misma.

No pude evitar reírme, esta tía era brava.

–Vale, vale –respondí–, estaré afuera.

–Vale –contestó y cortó la llamada antes de que se me ocurriera cambiar de opinión. Me puse en pie, no sin cierta vacilación, y salí, deseando con todas mis fuerzas un cigarro o cualquier otra cosa para pasar el rato. Por qué había aceptado su propuesta era inexplicable, pero la verdad es que nada sonaba en este momento más atractivo que pasar un rato con ella.

Afuera del bar, me apoyé en la pared, vigilando atentamente la calle. Estaba en alerta máxima y no sabía por qué. Me resultaba del todo imposible desconectar el cerebro cuando estaba en este estado y cada fibra de mi cuerpo estaba preparada para el combate. Aunque no había arena, no había contrincante, no había combate...

–¡Dante!

La vi doblar la esquina y agitar la mano en el aire para llamar mi atención. Llevaba una chaqueta enorme, mullida, y el pelo recogido. Sin maquillaje: estaba claro que había salido de prisa para venir directamente aquí. Me dio un no sé qué en el pecho. No tenía claro si me alegraba o me entristecía que hubiera dejado cualquier cosa que estuviera haciendo para venir por mí. Que alguien se tomara la molestia de ayudarme no era algo a lo que estuviera acostumbrado.

Recordé lo que me había dicho una y otra vez a mí mismo algunas noches atrás: tenía que saber recibir mejor a las personas que hacían cosas así por mí. La saludé y ella me miró de arriba abajo mientras me acercaba recorriendo el camino sinuoso de los borrachos en la calle.

–Joder, tío, has bebido demasiado –dijo y me tomó el brazo para ayudarme a mantener el equilibrio.

–Estoy bien –murmuré, pero sabía que no era verdad. En la calle, el aire frío me estaba recordando la cantidad de alcohol que tenía encima.

–Mi piso está cerca –me dijo, indicando la dirección con la cabeza–. Vamos, te

sentirás mejor cuando hayas dormido varias horas, ya verás.

–Yo me las puedo arreglar, ¿eh? –balbuceé, pero ella ya me guiaba por la calle.

–Calla, calla –respondió–. Cuando te emborrachas a este nivel, no quieres estar solo. Créeme, lo sé.

Por el tono de su voz me di cuenta de que era verdad: lo sabía bien. No me estaba juzgando, aunque podría haberlo hecho. Me decía que me comprendía, que entendía perfectamente por lo que yo estaba pasando. Su empatía significó mucho para mí. La seguí por la calle y ella se aferró a mi brazo, guiándome a través de la multitud de gente. Mis sentidos estaban embotados por el alcohol, pero aún así reaccionaba ante cualquier movimiento rápido, ante cualquier ruido fuerte.

Llegamos al edificio y abrió la puerta, indicándome que entrara primero.

–Ya verás lo que tranquilo que está aquí –dijo.

–Estoy bien, tía –respondí, de manera un tanto brusca–. Sé navegar este tipo de cosas. No te creerías el tipo de mierda que he visto en esta vida...

–¿Como qué? –me preguntó mientras me guiaba escaleras arriba.

–¿Has oído lo que pasó hace un par de meses? –negó con la cabeza mientras llegábamos frente a la puerta del piso y metía la llave en la cerradura.

–Vi cómo se morían todos mis amigos –se quedó petrificada.

–¿Qué dices? –preguntó casi en un susurro, impresionada. No debería estarle contando estas cosas a esta tía, pero fui incapaz de mantener la boca cerrada.

–Un putito mafioso fue a la mansión y le prendió fuego con todo el mundo dentro –continué, sin abundar en explicaciones. Se me escapaban las palabras de la boca y no tenía ninguna intención de procurar que lo que estaba diciendo tuviera sentido–. Todos mis amigos, todas las personas con las que trabajé durante toda mi vida, desde que era un chaval. ¿Tienes puta idea de lo que se siente?

–¿Estabas en la mafia? –me preguntó, luchando con su propia voz quebrada.

–Sí –respondí sacando pecho, con un sentimiento verdadero de orgullo–, estaba en la mafia, era un mafioso. Y un mafioso que hacía muy bien el curro.

–¿Todavía estás en la mafia? –preguntó parada en la puerta, bloqueándome la entrada. Antes de dejarme entrar, Stella quería estar segura del tipo de mierda que estaba invitando a su vida.

–No, ya no –respondí–. Ya te lo he dicho, se murieron todos, ya no queda nadie. Solamente quedo yo.

Permaneció de pie allí un momento, mordiéndose la boca con expresión de estarse cuestionando seriamente si era buena idea dejarme entrar a su piso o si ya era hora de deshacerse de mí. Al final soltó un largo un suspiro.

–Pasa, anda –murmuró y señaló el pequeño sofá acurrucado contra la pared, al pie de una amplia ventana–. No es la gran cosa, pero es mío –añadió–. Si te apetece beber agua, la cocina está ahí mismo, ¿vale?

–Vale –murmuré. En parte sentía muchísima vergüenza de haberle llamado de aquella manera, de haber aparecido así, de la nada. Pero otra parte de mí, más importante, se alegraba bastante de que esta tía me hubiera hecho caso en la mitad de la noche–. Gracias –agregué.

Hizo una pausa y se quedó por un momento a mi lado, y luego suspiró.

–No pasa nada, no es nada. Dios sabe que necesitamos toda la ayuda posible para superar toda esta mierda sin terminar hechos trizas.

Me hundí en el sofá y la habitación de no dejaba de girar a mi alrededor. Apenas instantes después me quedé profundamente dormido. No soñé nada esa noche. Nada de nada.

Capítulo V - Stella

Me apoyé en la encimera, con una taza de café entre las manos, mirando al tío enorme y guapísimo que ahora mismo estaba despatarrado en mi sofá.

Aún estaba intentando procesar lo que había ocurrido la noche anterior. Cuando había sonado el teléfono, estaba totalmente despierta. Para ser más precisa, estaba horneando una vez más para combatir la ansiedad y mantenerme ocupada. Con solo escuchar su voz, me di cuenta de que necesitaba mi ayuda.

Conocía bien ese acento, ese modo de hablar: me lo había escuchado a mí misma. Las primeras semanas después de salir del infierno de Stefano, también me había dedicado a beber. Cualquier cosa valía para apaciguar los recuerdos de esa pesadilla, que me atormentaban todas las putas noches, cada vez que cerraba los ojos e intentaba conciliar el sueño. Como lo veía entonces, la bebida era el único auxilio a mi disposición para ayudarme a manejar la mierda que deambulaba por mi mente y bebí hasta estar en un estado deplorable en más ocasiones de las que quería confesarme a mí misma. En medio de todo ese caos, acabé por quebrarme y ventilé cada detalle del desastre emocional que era en ese momento con mi hermana, contándole con palabras arrastradas secretos que nadie merecía saber, mucho menos ella.

¿Pero y ahora qué? Lo que este tío compartió conmigo anoche fue... demasiado, eso estaba clarísimo. No me había esperado para nada que salieran de su boca las cosas que me había contado y quedé realmente impresionada por historia. Joder, de dónde venía este tío, la vida que había vivido, la vida que lo había traído hasta aquí. O sea, todos los del grupo habíamos pasado por mierda realmente horrible, pero ¿la mafia? Demasiado.

Lo curioso es que, ahora que sabía más, el tío parecía hecho a medida para ese tipo de mundo. La mafia era claramente su sitio. Con todos esos tatuajes y músculos, y la cabeza afeitada, se parecía demasiado a algunos de los tíos con los que me había encontrado en el burdel y, al verle allí, en mi sofá, era casi imposible no acordarse de ello todo el tiempo.

Pero ese parecido no era culpa de él y yo no tenía motivos para pensar que él mismo en persona hubiera sido un habitual en un antro como el de Stefano. Vale, el tío tenía una historia de vida de mierda y la mía no estaba exenta de sucesos igual de oscuros, pero nadie necesitaba que yo ahora me dedicara a revolcarme en mis propias miserias, en vez de intentar apoyar a este tío en su recuperación.

Joder, era tan extraño tener a un tío en mi piso. Estaba totalmente consciente de que había asumido un riesgo al dejarlo entrar, pero me había sido imposible ignorarlo cuando me llamó, en la mitad de la noche. El tío estaba tan borracho que ya la sola idea de que anduviera caminando solo por la calle parecía mala. Que me aspen si en ese estado se acordaba de su puto nombre o de dónde vivía.

Pero sí que recordaba bastante bien su propia historia, casi demasiado claramente. Esta idea me daba vueltas en la cabeza desde anoche. Lo recordaba todo. Mencionó un incendio, la muerte de todos sus colegas... Intenté recordar si había leído alguna noticia sobre una historia similar, pero si por casualidad lo había hecho, mi mente no lo había registrado.

El horno emitió un pitido que me devolvió a tierra, alejándome del torbellino constante de pensamientos que se arremolinaban en mi mente, y me levanté de un salto para sacar los cruasanes. Los había dejado leudar la noche anterior y supuse que él los agradecería como desayuno después de una noche así.

Levantó la cabeza del sofá cuando oyó el ruido, con los ojos sombríos y distantes, pero sobrio. Miró un momento a su alrededor, intentando recordar dónde estaba, y se pasó la mano por la cara.

—Joder —lo escuché murmurar mientras sacaba los cruasanes del horno.

—¿Te encuentras bien? —grité desde la cocina. No sabía qué decirle realmente, debía de tener una resaca de mil demonios.

—La verdad, no —contestó, enderezándose en el sofá—. Yo... Joder, Stella, perdóname.

—No pasa nada —dije mientras ponía la cafetera. En mi experiencia, lo que más deseaba cuando me despertaba después de una noche de excesos con el alcohol era un buen chite de caféina para activar el cuerpo.

—Joder, sí pasa, sí que pasa —respondió, enfadado consigo mismo—. No debería haberte llamado, esto no es problema tuyo.

—Tú no me pediste que me involucrara. Simplemente quería ayudarte, eso es todo.

Le serví una taza de café y se la alcancé. Recordé que se lo había tomado solo en nuestra pequeña cita del otro día. ¿Cita?, ¿había sido eso? Ni puta idea.

—Gracias —me miró agradecido y bebió un largo sorbo. Me senté en el sillón ligeramente maltrecho que había frente a él y me detuve un momento, sin saber cómo

plantearle lo que realmente me preocupaba.

–Las cosas que... Las cosas que me contaste anoche –logré decir finalmente– sobre... sobre lo que te pasó. ¿Eran la verdad?

Levantó la mirada para mirarme, con desconfianza.

–¿Qué te he dicho?

–¿No lo recuerdas? –pregunté sorprendida–. Hubiera jurado que algo así...

Me interrumpí. Claramente asumir que este tío iba a recordar algo de lo sucedido, considerando el estado en el que se encontraba anoche, era una ingenuidad de mi parte. Era casi un milagro que estuviera sentado en este momento, hubiera sido mucho pedir que, además, recordara los detalles de la noche pasada.

–Me hablaste de tu pasado –le expliqué–. De tu historia, de las cosas que te pasaron. El incendio.

Su rostro se ensombreció.

–No debería haberte dicho nada –replicó, dejando la taza en el suelo y poniéndose en pie. Levanté la mano y le detuve en seco.

–Vale, vale, está bien. Me interesa saber, quiero escucharte. O sea, si te apetece hablar de todo eso, te ayudaría...

Lo vi intentando procesar la situación, buscando una manera de huir. Claramente, una parte de él aún quería salir por la puerta y dar por terminada esta conversación de inmediato, pero otra quería realmente quedarse, que sabía que ya había logrado hacer lo más difícil, contar lo más importante, y ahora solo restaba avanzar, liberarse confesándolo todo de una vez por todas.

Volvió a dejarse caer sobre el sofá y dejó escapar un largo suspiro.

–Para tener este tipo de conversaciones voy a terapia –murmuró y yo me encogí de hombros.

–A veces es más fácil hablar con una persona que haya pasado por cosas similares –contesté–. Yo también estuve en cierta manera... involucrada con la mafia.

–Ah, ¿sí? –preguntó sorprendido. Asentí con la cabeza.

–Así es. Fui... fui víctima del tráfico sexual durante varios años –obligué a mi boca a pronunciar esas palabras. Aún no me parecían normales, era como si estuviera

diciendo algo mucho más grande de lo que realmente había vivido, pero sabía que eran la verdad—. Y fue una familia mafiosa la que me ayudó a salir de allí y a recuperarme —expliqué—. La familia Caroni. ¿Los conoces?

Asintió con la cabeza.

—Alex Caroni, ¿verdad? —comentó—. Es un buen tipo, eso es lo que he oído, aunque su padre no tenía la mejor reputación. Creo que me enfrenté a algunos de sus hombres en su día.

—Es un tipo realmente decente —respondí sonriendo—. Sin él, quién sabe dónde estaría ahora.

—Siento muchísimo que hayas tenido que aguantar esa mierda —dijo con un enfado evidente, no hacia mí, sino hacia la gente que me había hecho eso—. No puedo ni imaginármelo...

—Ya estoy fuera de todo eso —le dije con firmeza—, eso es lo que importa.

Un escalofrío me recorrió la espalda al decirlo en voz alta. A veces me sorprendía lo lejos que había llegado, lo mucho que había dejado atrás, lo tantísimo que había cambiado mi vida en menos de un año. Estaba consciente de que muchísimas otras mujeres seguían atrapadas en esa pesadilla y por momentos no me parecía justo que yo hubiera sido una de las pocas afortunadas en salir.

—Yo... Yo no tuve elección —murmuró—. Fue todo destruido la noche del incendio. Todas las personas que conocía, en las que confiaba, con las que había trabajado durante años... murieron. Todas.

Podía percibir en el tono de su voz cuánto se culpaba a sí mismo. No tenía ni idea de cuáles habían sido las circunstancias de aquel incendio, pero era difícil creer que él hubiera sido el único responsable.

—Y ahora no tengo ni puta idea de cómo debo llevar una vida normal —añadió. Su tono se llenó de ira y me puse tensa. Había tratado con demasiados hombres enfadados a lo largo de los años como para que no se activaran de inmediato mis defensas. Se dio cuenta de que estaba apretando los puños en mi regazo y se obligó a respirar hondo.

—Perdona, perdona —dijo—. No eres tú, es que todo esto...

Miró un momento por la ventana a su lado, a la concurrida calle de abajo. La gente se dirigía al trabajo, hacía su vida normal.

–No sé si alguna vez seré como ellos –murmuró, señalándolos con la barbilla–. La verdad es que no sé ni siquiera si merezco serlo.

–Te entiendo –respondí–. Se siente como... como si ellos supieran algo que tú no sabes, ¿verdad?

Levantó la cabeza para mirarme a los ojos. Durante un instante vi en él algo que conocía, vi algo de mí en su expresión, algo mío tan profundo que me costaba ponerle nombre. Esa parte de mí que se sentía una verdadera extranjera en este mundo, una extraña absoluta. Y todavía se sentía así, aun después de todos mis esfuerzos por avanzar en mi propio proceso de sanación.

–Sí, es eso, exactamente eso –reconoció–. Es como si no me lo mereciera, como si me lo hubiera perdido de una vez y para siempre, y ahora no hubiera forma de recuperar ese tiempo perdido.

–Pues, mira, que tiene que haber forma... –contesté y se rio entre dientes–. ¿Cómo será? Me refiero a una vida normal. ¿Qué pinta crees que tiene? A veces siento que ni siquiera lo sé...

Hizo una pausa para ponderar mi pregunta. Después inclinó la cabeza y habló despacio, como si fuera la primera vez que decía algo así en voz alta y a otra persona.

–Creo que sería... fácil –respondió–. Me levantaría todos los días para ir al curro, en cualquier cosa, y volvería a mi casa al final del día. Saldría con chicas, iría de fiesta con mis amigos, prepararía la cena... lo normal. No tendría que vivir cada segundo perseguido por los fantasmas del pasado.

–Eso suena genial –murmuré sonriendo. Y lo decía en serio, de verdad. Me encantaba la idea de poder dejarlo todo atrás y no quedarme atrapada para siempre en el dolor de lo ocurrido. Quería liberarme por fin de todo ese sufrimiento y por fin hacerme el regalo a mí misma de la oportunidad de relajarme y descansar. De descansar de verdad.

–Quizá podemos empezar ahora –sugirió con su típica sonrisa torcida.

–¿Qué dices? –fruncí el ceño confundida.

–Quiero compensarte por la forma en la que me comporté anoche –respondió, señalando a su alrededor con un gesto–. ¿Me permites invitarte a salir?

¿A salir? Lo miré fijamente durante un rato largo, intentando comprender lo que me estaba contando, hasta que al final me aterrizó toda la sorpresa.

–¡Oh! –exclamé–. ¿Dices salir... como en una cita?

–Sí.

Fruncí la boca cuestionándome si esto era una buena idea no. Pero algo en mi pecho estaba ya aleteando, diciéndome que aceptara su propuesta, por muy descabellada que me pareciera la idea. Después de todo, apenas conocía a este tío y lo poco que sabía de él ya era bastante lúgubre. Pero ¿qué cojones era la vida si uno no estaba dispuesto a correr algunos riesgos? Además, después de todo lo que me había pasado, ¿acaso no me merecía un poco de diversión?

–Me encantaría –fue lo que acabé diciendo sin poder contenerme, la única manera de no quedarme atorada en mis pensamientos paralizantes. Sonrió y le dio otro sorbo al café.

–Prometo que esta vez no beberé –añadió y yo me reí. De repente, me encontré deseando que llegara pronto el momento. Tenía una cita, una cita de verdad. Y nada menos que con un tío guapísimo.

Quizás esto era exactamente lo que necesitaba en mi vida.

Capítulo VI - Dante

No sabía cómo dejar las manos quietas para ignorar los nervios que me estaban consumiendo las tripas. Joder, ¿cuándo había sido la última vez que había tenido una cita? No podía ni siquiera recordarlo. Siempre me habían gustado más los rollos de una noche, nada a largo plazo, nada de sentarme en un restaurante a conversar sobre la vida y conocer realmente a la chica. Todo esto me parecía totalmente exótico.

Pero justamente lo que necesitaba en esta era eran cosas exóticas. Todo a lo que estaba acostumbrado había quedado atrás para siempre y tenía que empezar a entender cómo iba a ser realmente mi vida de ahora en adelante. La verdad es que no me esperaba que esta tía aceptara mi invitación. Después de cómo me había portado con ella, de llamarla borracho en la mitad de la noche, no hubiera podido reprocharle si me hubiera mandado de paseo y después hubiera bloqueado mi número para siempre.

Pero por alguna razón no lo había hecho. Y había aceptado mi invitación. Y ahora aquí figuraba yo, esperándola en la puerta de mi restaurante favorito de comida coreana y preguntándome si realmente iba a venir o ya se había dado cuenta de que era mala idea salir con un tipo como yo.

Me parecía increíble lo que me había contado sobre su relación con la mafia. Se había topado con la familia Caroni, con la que yo había tenido roces aquí y allá a lo largo de los años. No me habría sorprendido que el padre de Alex me recordara, de estar vivo, pero ya llevaba muerto largo tiempo.

Al menos Stella había tenido algunos encuentros positivos con gente de mi mundo, eso tenía que ganarme un punto, ¿no?, ayudarme a ganar su confianza. Pero si en algún momento se enteraba de lo que yo realmente había hecho durante mi vida en la mafia, de la mierda totalmente tétrica en la que había estado involucrado, seguramente iba a pensar distinto sobre mí. No podía evitar preocuparme sobre eso. ¿Y si decidía alejarse lo más rápido de mí cuando empezara a enterarse de la verdad? Si realmente queríamos hacer esto, inevitablemente tendría que contarle todo... las cosas tal como habían sido.

Me esforcé por interrumpir este tren de pensamientos antes de que me llevaran a descarrilarme del todo en la próxima curva. Esto era una cita, una simple y pequeña cita. No estábamos a puntos de casarnos, nadie tenía que tomar decisiones de por vida esta noche. Era simplemente una oportunidad para que los dos pudiéramos disfrutar de una pizca de vida normal después de nuestras historias horribles. No tenía por qué significar

nada más...

–¡Eh, Dante!

Me di la vuelta cuando escuché mi nombre y se desató de inmediato el torrente de nervios. Se acercó mordiéndose la boca, y dejé escapar un silbido largo y bajo entre los dientes.

–Estás guapísima.

–¿Tú crees? –respondió con una risita y un giro de gala. Llevaba un vestido morado oscuro que resaltaba todas las curvas de su cuerpo, abrazaba sus caderas y ostentaba sus muslos gruesos y sus brazos fuertes. Joder, era muy sexy, femenina en todos los sentidos en que yo quería que lo fuera una chica. Tuve que obligarme a apartar la mirada.

–He hecho una reserva –abrí la puerta y le cedí el paso–. Venga, tú primero.

–Gracias –dijo con una risita. Era difícil no preguntarse cómo habían sido sus experiencias con los hombres antes de esto o si alguna vez alguna la había invitado a salir. O cómo la habían usado los tipos que pagaban para comprar su cuerpo. Claramente, no tenía la más mínima intención de hacerla pensar en estas cosas en este momento, cuando lo que queríamos era pasar un buen rato.

Una amable camarera nos condujo a nuestra mesa y luego trajo los menús y soju de cortesía para ambos. Stella le dio un sorbo a su botella y alzó las cejas.

–Joder, qué fuerte –comentó–. Te lo tomas con calma, ¿vale? He visto cómo te pones cuando te emborrachas.

–¿Cómo que no soy totalmente encantador con unas copas encima? –respondí y ella se echó a reír.

–La verdad es que podría haber sido mucho peor –admitió–, pero me gustaría que mañana te acordaras de esta noche....

–Haré lo que pueda –acepté, bebiendo un pequeño sorbo del soju. La verdad es que el alcohol apenas podía afectarme en este momento. Cada centímetro de mí estaba consumido por ella, por su aspecto en aquel momento, por la forma en que sus rizos oscuros le caían sobre la cara cuando miraba el menú. Me contuve para no acercarme y apartarlos, para poder volver a mirarla, pero era mejor no tomarme confianzas excesivas.

Al menos por ahora.

–¿Qué es lo mejor que sirven aquí? –me preguntó–. Nunca he probado comida coreana.

–¿Nunca? Entonces, tendrás que probar un poco de todo...

Elegí varios platillos y pronto la mesa estaba llena de comida; ella inspeccionó las opciones que tenía delante, dándose golpecitos con el dedo en el labio inferior. Me costaba apartar los ojos de la curva de su boca, de los labios suaves...

–Esto tiene muy buena pinta comentó –cogiendo un rollo de gimhap y dándole un mordisco.

–Tienes que comerlo de un solo bocado –le expliqué mientras ella intentaba atajar el arroz que caía de la envoltura de algas.

–¡Joder! –exclamó riendo y cogió una servilleta–. Vale, déjame intentarlo otra vez...

Pronto estaba disfrutando de la comida y los dos empezamos a hablar de nuestros sitios favoritos para cenar en la ciudad. Enumeró varias panaderías, entre ellas una que no estaba muy lejos de mi piso.

–Soy una experta en repostería –explicó–. Me encanta hornear. Conozco los mejores sitios para conseguir pan en Nueva York, créeme.

–Ah, ¿te dedicas a los panificados?

–No como curro, solo por diversión. Aunque me encantaría hacer carrera en esa área algún día.

–Ah, ¿sí?

–Sí, desde pequeña he tenido el estúpido sueño de tener mi propia panadería –dijo riéndose–. Levantarme temprano por las mañanas y preparar una nueva hornada de pasteles para el desayuno... Sé que no es la gran cosa, pero a mí me parece encantador.

–La verdad es que suena muy divertido –respondí–, excepto lo de levantarse temprano.

–¿No eres un ave diurna? –preguntó.

–Ya me has visto la otra mañana –le recordé–. Si no te quedó claro con eso el tipo de esperpento que soy por las mañanas, no sé cómo explicarte...

–Vale, vale –respondió ella–. Pensé que era por la resaca...

–En parte, *en parte*, sí. –admití–. Pero nunca me sientan bien las mañanas. Jamás.

–Te aseguro que se debe a que aún no has encontrado el panecillo perfecto para el desayuno –respondió convencida–. Créeme, cuando encuentres el adecuado, lo cambiaré todo.

–¿Tú crees?

–Estoy segura –respondió ella con una sonrisa enorme, que me encantó. Era plena, genuina y sincera, no estaba reprimida por nada. Era tan condenadamente bonita que me estaba volviendo un poco loco.

–¿Y qué hay de ti? –preguntó, señalándome con uno de los palillos.

–¿Yo qué?

–¿Con qué has soñado siempre, desde que eras pequeño? –preguntó. Hice una pausa, sorprendido por la pregunta. Joder, no es que hubiera tenido muchos sueños de ese tipo mientras crecía. Mis padres habían sido alcohólicos, y mi único objetivo durante la infancia era resolver constantemente el problema de qué comer y sobrevivir durante el fin de semana hasta que llegara el día de volver a la escuela, donde al menos los profesores cuidaban de mí.

–No lo sé realmente –respondí después de momento. Claramente, era una respuesta bastante tacaña, pero no se me ocurría ninguna otra.

–¿No sabes?

–La verdad es que no tenía tiempo para soñar con el futuro en mi casa... –admití–. Siempre estaba..., eh, distraído por otras cosas.

–Ah, entiendo –respondió ella, frunciendo el ceño cuando comprendió lo que le quería decir–. Pero eso... Eso no significa que no puedas tener un sueño ahora.

–Es cierto –acepté, pero ni siquiera sabía por dónde empezar a resolver qué quería hacer con mi vida. Había pasado tanto tiempo trabajando para Rayo y la familia King que nunca me había imaginado que llegaría el momento en el que tendría que hacer otra cosa con mi vida. Ahora tenía todo un mundo por delante y necesitaba averiguar qué iba a hacer con él–. Tendré que pensármelo –admití tras una larga pausa.

Me sentí un poco estúpido por no tener una respuesta mejor, pero ella no insistió

en el tema. Me pareció que comprendió perfectamente mi situación, que supo que no estaba intentando ocultarle detalles personales preciosos, sino que realmente habitaba en mí una especie de vacío. Y yo estaba genuinamente agradecido de que lo comprendiera.

Conversamos animadamente durante toda la noche, no sobre nuestro pasado, sino sobre nuestro futuro, nuestros planes. Había un acuerdo tácito entre los dos: estaba perfecto reconocer lo jodida que había sido nuestra vida, pero teníamos que vivir ni un segundo más en ese pasado. Ya habíamos pasado suficiente tiempo revolcándonos en los recuerdos terribles y aquí, ahora, en este momento, todo esto se sentía como una puerta hacia el futuro.

Y yo quería con todas mis fuerzas cruzar el umbral.

Capítulo VII - Stella

–Vale, hemos llegado –le dije cuando nos detuvimos frente a mi edificio. Desenganché mi brazo del suyo y le sonreí, con los dedos hormigueando de expectación. Era ahora o nunca: o le decía de una vez en lo que había estado pensando toda la noche o me despedía sin hacer nada.

Estaba clarísimo que él también sentía la tensión entre nosotros, el augurio de lo que se venía pronto. La cita había sido perfecta: divertida, fácil, relajada. A medida que había avanzado la noche, me había acercado cada vez más, hasta sentir el aroma de su colonia, que me hacía querer acurrucarme contra su cuello y llenarme de su olor.

Al final de toda cita que iba bien, cuando el tío te acompañaba a casa, lo normal era invitarlo a subir. Lo tenía perfectamente claro. Pero mi cabeza deambulaba por un millón de sitios distintos a la vez y no estaba muy segura de mis propias ideas en ese momento. ¿Quería que esta noche no se acabara aquí? ¿Hubiera sido presionarme a mí misma demasiado si decidía ir por más? No tenía respuestas. Pero en ese momento lo miré a los ojos y mi mente explotó de ganas, y prácticamente me comandó que hiciera algo al respecto.

Tragué saliva. Dante había sido un perfecto caballero toda la noche y no tenía motivos para pensar que eso iba a cambiar si lo invitaba a subir. Conocía mi historia en el terreno sexual y podía esperar que fuera comprensivo. Y, además, en algún minuto iba a tener que cruzar esa línea, ¿no? La vida normal que tanto ansiaba incluiría vida íntima y sexo. ¿Qué mejor manera de dar el primer paso en ese sentido que permitiendo que este tío guapísimo se acercara un poco más?

–¿Te apetece subir? –le pregunté, alzando las cejas y con la voz casi atascada en la garganta mientras intentaba que me salieran las palabras.

–Sí, sí quiero –respondió con voz segura, después de mirarme fijo durante un momento–. Pero no quiero ir deprisa con nada, Stella. Conozco tu historia y...

Cedí a un impulso y le planté un beso. Había algo tan atractivo en lo mucho que me respetaba, en lo cuidadoso que era conmigo.

Pero a veces, solo a veces, no quería que alguien fuera precisamente cuidadoso conmigo, sino que quería que me diera exactamente lo que deseaba. Y cuando me tomó por la cintura, supe que este tío podía darme exactamente eso.

Me acercó a su cuerpo, encerrándose entre sus brazos, y me metió la lengua en la boca. No pude evitar gemir; joder, qué bien se sentía esto. Todo mi cuerpo se encendió pidiendo más, suplicando, y me agarré con fuerza de sus brazos para mantenerme de pie. Sentía como si fuera a perder el equilibrio y a derrumbarme en la calle si me soltaba de él por un instante.

Me aparté para recuperar el aliento y junté mi frente con la suya.

—Quiero que esto pase, Dante —le dije en voz baja, con un tono colmado de un deseo que me parecía del todo nuevo. Ni siquiera antes de verme arrastrada a la pesadilla que habían sido los últimos años de mi vida había sentido este tipo de atracción por alguien. Era deseo puro y duro, real, innegable, que demandaba mi absoluta atención y me comandaba que procediera. Sonrió y me metí la mano al bolsillo para sacar las llaves, que casi se me caen de los nervios.

—¿Vas bien? —se rio, pero sin burla. Estaba igual de cachondo que yo, se le notaba en el tono de voz, y me atraía todavía más saber que los dos estábamos llegando a esto desde el mismo lugar, desde la misma necesidad de empezar de nuevo y explorar algo que no habíamos hecho en tanto tiempo.

Le conduje escaleras arriba y volvió a besarme mientras abría la puerta del piso. Los dos saltamos juntos el umbral, y él movió las manos hacia mi pelo, acercándose a él.

—Joder —gimió contra mi boca, en voz baja y llena de deseo—. Desde que te vi con este vestido que no paro de pensar en hacer esto...

—¿Lo juras? —suspiré y él asintió.

—¿Quieres saber qué más he estado pensando en hacerte? —preguntó y yo asentí, casi sin poder hablar. Volvió a sonreír, me besó y me empujó al sofá.

Había algo en la forma en que estaba tomando el control que me aliviaba, porque no dejaba sitio para los pensamientos catastrofistas que de otro modo se habrían apoderado de mi mente y me hubieran impedido entregarme al placer de aquel momento, a disfrutar plenamente la sensación de alguien me deseara con esta voracidad. Se acostó encima de mí, me besó los labios, luego la mejilla, luego el cuello, su cálido aliento sobre mi piel.

Gemí cuando se deslizó entre mis piernas, separándose los muslos y subiéndome el vestido. Estaba segura de que comerían los nervios en este momento, pero no tenía

tiempo de pensar en los nervios: solo podía pensar en lo cachonda que estaba, en lo mucho que me gustaba someterme al control de este hombre. Me rozó el interior del muslo con los labios y enroscó los dedos alrededor de mis bragas. Se detuvo y me miró.

–Tengo muchas ganas de chupártela –murmuró. Joder, esas palabras me provocaron una oleada de excitación que nunca había sentido antes. Apoyé las manos en su cabeza y lo acerqué, levantando las caderas para me bajara las bragas. Nervios: cero, nada, no se reportaron. Estaba segura de que podía confiarle mi cuerpo. Había dormido toda una noche en mi piso sin pasarse de listo y me había dado la oportunidad de echarme atrás cuando lo invité a subir. Me sentía segura con él y por fin podía entregarme de lleno al placer que había estado deseando toda la noche.

–Joder –gimió mientras me abría las piernas, rozando con los dedos mi vello. Sentía su aliento caliente contra mi muslo, mi coño ya hormigueaba con la anticipación de su boca, de su lengua... Y entonces, por fin, sentí el contacto de sus labios hambrientos. Eché la cabeza hacia atrás y dejé escapar un largo gemido de placer.

Me pasó la lengua por el clítoris un par de veces, como si estuviera saboreándolo, igual que la comida en el restaurante; yo no podía dejar de mirarlo, a aquel hombre guapísimo que parecía empeñado en prodigarle a cada centímetro de mi cuerpo un tipo de atención que nunca había experimentado en mi vida. Deslizó las manos por debajo de mi culo, acercándose a él con una fuerza que me pilló desprevenida.

–Joder –jadeé cuando atrapó mi clítoris entre sus labios y empezó a chuparlo suavemente. Mis caderas se movían contra él por voluntad propia, como si no hubiera nada que mi cuerpo deseara más que el placer que este hombre podía ofrecerme en este momento. Me agarré con fuerza de sus brazos, sintiendo sus músculos bajo la camisa, y exploré su espalda con mis uñas. Quería atiborrarme de este tío, llenarme de él por completo.

Y él parecía sentir exactamente lo mismo, a juzgar por la pasión con la que me la chupaba. Su lengua chasqueó contra mi clítoris hinchado y yo estaba ya tan caliente que casi me corro con ese sutil movimiento. Volví a gemir y mis muslos se apretaron alrededor de su cabeza, atrayéndolo hacia mí.

Gimió contra mí y sentí que las vibraciones que emergían de su voz me recorrían todo el cuerpo. Y fue eso lo que hizo correrme: la sensación de que él se excitara tanto como yo, de saber que disfrutaba conmigo, que me deseaba de verdad, me calentaba tremendamente. Me corrí con fuerza con su cara enterrada entre mis muslos y grité sin

la menor preocupación por los vecinos.

Tuve que apartar su cabeza por un momento, para darle un descanso a mi cuerpo totalmente sobreestimulado, y él recorrió con las manos mis muslos crispados mientras me miraba con una sonrisa.

—¿Vas bien? —preguntó y yo asentí con la cabeza cuando logré recuperar el control suficiente sobre mi cuerpo.

—Oh, sí —respondí—, perfectamente, más que bien...

Volví a besarle, encontrando mi propio sabor en su boca, que me recordaba dónde acababa de estar y el regalo que me había hecho. Se sentó junto a mí en el sillón y me subió a horcajadas sobre su regazo. Me moví contra él y sentí su polla dura a través de los pantalones. Mi cuerpo pedía a gritos que la pusiera en el lugar correcto. Cualquier duda o preocupación sobre este primer encuentro se había disipado por completo de mi mente: estaba totalmente dominada por el deseo y nada más importaba.

—Quiero que me la metas —respiré contra su boca. No había manera de decirlo más claro. Sonrió contra mi boca, se bajó la cremallera y se tomó la polla con la mano. Cada centímetro de mí palpitaba de deseo, de necesidad, con una intensidad que era imposible comprender o explicar con palabras. Deseaba con locura a este hombre, lo necesitaba. Sentía que me iba a volver loca si no me follaba ya mismo.

Me agarró de las caderas y con la otra mano guio su polla hasta mi coño. Jadeé cuando la sentí empujando para entrar y entonces me jaló con fuerza y me penetró por completo.

—Oh, oh —gemí al sentir cómo mi cuerpo se abría para hacerle sitio. Esto era tan diferente a lo que estaba acostumbrada, a lo que había experimentado antes. No estaba montando un espectáculo, obligada a actuar por dinero; no, cada sonido que salía de mis labios era genuino, natural, una respuesta honesta a lo que él me hacía sentir.

Volvió a meterme las manos en el pelo y me bajó la cara para que le mirara a los ojos. Me empezó a penetrar con un ritmo lento y pausado, con cada empujón su polla entera entraba y salía de mi cuerpo. Mi coño aportaba toda la lubricación necesaria después de sus besos y mi orgasmo. Él continuaba entrando y saliendo con suavidad, sin prisa, disfrutando cada roce. No podía dejar de mirarlo mientras ponía mis manos sobre sus brazos y sentía sus fuertes músculos.

Empecé a moverme yo también, siguiendo el ritmo de sus movimientos. Pronto

estábamos totalmente sincronizados, como si nuestros cuerpos hubieran sido diseñados especialmente para acoplarse de esta forma. Ya se me estaba poniendo la vista borrosa a medida que mi cuerpo empezaba a sufrir de placer cuando Dante me agarró el culo para manoseármelo a su antojo. Nunca había usado mi nuevo y fuerte cuerpo para follar, y me calentaba muchísimo sentirlo admirar mis nuevas curvas, que me manoseara entera para intentar saciar un deseo insaciable.

—Joder, eres tan sexy —gruñó, acentuando cada palabra con la polla dentro de mí. Podía sentir que cuerpo empezaba a tensarse de nuevo, acusando recibo de que el calor estaba empezando a llegar al punto de no retorno. Eché la cabeza hacia atrás y lo empecé a follar con fuerza, necesitaba aprovechar cada centímetro de esa polla deliciosa...

En ese momento, justo ahí, llegó la explosión de placer. Esta vez apoye la cabeza sobre su hombro, respirando con fuerza todo su aroma mientras mi cuerpo temblaba cada vez más, a medida que la intensidad del orgasmo me desgarraba. Me tomó por la cintura para acercarme más a él y fijar mi cuerpo sobre su polla, y mi coño latiendo lo hicieron correrse con fuerza. Gimió con furia mientras me penetraba por última vez y se quedó quieto allí dentro mientras se corría y yo sentía el calor del líquido explotando adentro de mí.

Me miró durante un momento más y luego volvió a besarme, plantando sus labios contra los míos mientras permanecía dentro de mí. La intimidad que había entre nosotros era casi abrumadora: sentirlo correrse adentro mío, su boca sobre la mía, sus brazos alrededor de mi cintura, me producía escalofríos que me recorrían todo el cuerpo.

Cuando finalmente se salió y me miró, no pude evitar devolverle la sonrisa que me ofrecía. Follar con él había sido mucho más fácil de lo que me había imaginado sería mi nueva primera vez. Me apartó el cabello de la cara y me miró a los ojos, y yo supe de inmediato que no pasaría demasiado tiempo antes de quisiera repetir la experiencia.

Y repetirla otra vez. Y otra vez...

Capítulo VIII - Dante

Me quedé tumbado en la cama junto a ella, mirando al techo y escuchando su lenta respiración. Parecía tan relajada después de lo que acabábamos de hacer, y yo no podía entender por qué yo mismo no era capaz de dejarme envolver por esa misma energía de calma.

Porque el sexo había sido bueno. En rigor, más que bueno: había sido de puta madre. Después de que nos corrimos la primera vez, me había guiado hasta la habitación, ahora sí tomándonos en el tiempo para quitarnos la ropa, y habíamos vuelto a empezar.

Había pensado que me iba a sentir... un tanto raro estando cerca de ella después de tanto tiempo y con todas las cosas que habían cambiado en mi vida. Pensé que sería como una primera vez otra vez, pero no fue así. Había sido muy divertido sentir su cuerpo reaccionando al mío, percibirla respirando en mi boca al correrse y saborear su propia dulzura de mis labios. Y sin embargo, ahora...

Quería dormir a su lado, claro que sí. Quería ser capaz de relajarme y entregarme al descanso junto a la tía con la que acababa de enrollarme sin tener que preocuparme por escabullirme del piso antes del amanecer. No tenía intención de huir de ella, pero al mismo tiempo sentía todo el cuerpo rígido por la tensión.

Aquí, en la oscuridad, a solas con mis pensamientos, me resultaba difícil mantener la calma. Una parte de mí gritaba dentro de mi cabeza que huyera, que corriera, que me largara de una vez. Dejar que alguien se acercara tanto a mí me parecía un peligro excesivo, un peligro para el que no estaba en absoluto preparado y para el que ni siquiera sabía como prepararme.

Mi yo del pasado, simplemente se habría levantado y se habría marchado ante la más mínima duda de esta calaña. Si no estaba convencido de quedarme, no había fuerza capaz de convencerme de hacerlo. Pero eso era antes, cuando tenía toda una vida, una carrera y prácticamente una familia entera en la que podía apoyarme. Vale, la familia King y los tíos que trabajaban para ellos no eran los hombres más decentes del mundo, pero eran mi gente. Más vale lo malo conocido, como dicen, ¿no?

Esto era algo totalmente nuevo para mí y no sabía exactamente cómo navegarlo. Habría sido fácil escabullirme de debajo de aquellas sábanas y marcharme antes de que ella se acercara más, antes de que descubriera qué clase de persona era yo en realidad.

Quizás creía que yo era como los Caroni, un tío decente, involucrado en algo que valía la pena. Pero cuando descubriera la verdad, cambiaría de idea. Cuando supiera quién era yo realmente...

Dejar que alguien se acercara a mí me daba mucho miedo, quizá más que cualquier otra cosa que hubiera hecho hasta entonces. No estaba acostumbrado a algo así y tampoco quería estarlo. Me volvía vulnerable, como si directamente me estuviera entregando para ser sacrificado. Y si ella decidía que no me aceptaba después de todo esto, no sabría qué hacer ni cómo afrontarlo.

¿Pero acaso no se trataba de eso? ¿De probar algo nuevo, de arriesgarme aunque fuera difícil, aunque a veces me pareciera casi imposible? Quería una vida normal, y no iba a conseguirla huyendo de todo a la primera oportunidad que tuviera de disfrutar de algo verdadero.

Me volví para mirarla. Sus rizos se extendían alrededor de ella sobre la almohada y su expresión era de calma. Se la veía dormir en paz. ¿Cuánto tiempo le había llevado llegar a este punto? ¿Cuántos meses de trabajo? Ojalá pudiera saltar directamente a la parte buena, a la parte en la que no me atormentaban las dudas, las preguntas y los recuerdos.

Abrió lentamente los ojos como si hubiera sido capaz de percibir en sus sueños que la estaba mirando y se giró somnolienta hacia mí.

–Hola –murmuró, con la voz un poco carrasposa por el sueño–, ¿te encuentras bien?

–Estoy bien –respondí antes de pensar demasiado. Stella se irguió apoyándose en un brazo y me miró con expresión inquisidora.

–No parece.

–Es verdad –admití con suspiro. No me resultó fácil reconocerlo, todavía no estaba acostumbrado a ser sincero con la gente sobre mis sentimientos y continuaba esforzándome por mantener en secreto mis verdaderas emociones. Pero ella ya conocía de memoria ese truco y no tenía la más mínima intención de permitir que me escondiera. Sabía al dedillo los pelos y señales de alguien que estaba batallando para mantener la calma y no iba a aceptar evasiones como respuesta.

Guardó silencio durante un momento largo, tomándose el tiempo para pensar bien qué decir.

–¿Quieres marcharte? –preguntó en voz baja. Esta era mi oportunidad, si quería tomarla. Sabía que no me lo echaría en cara, Stella no era esa clase de chica, y sin embargo... y sin embargo, había una parte de mí que quería quedarse. Una parte que insistía en darse a conocer. Negué con la cabeza.

–No –admití–, de verdad que no quiero.

Volvió a hacer una pausa.

–¿Sabes lo que hago cuando me siento un bicho raro? –bajó las piernas de la cama y las plantó en el suelo. Alcé las cejas.

–No, ¿qué haces? –inquirí alzando las cejas.

–Galletas. Hago galletas.

No pude evitar reírme. Su respuesta me pilló totalmente por sorpresa. Vale, sí, sabía que a ella le gustaba hornear, pero yo no había amasado nada jamás en mi vida.

–Venga, vamos –dijo, cogiéndome la mano y dándome un apretón mientras se vestía. Fui difícil no caer en la distracción de su cuerpo brevemente desnudo, pero me dije que bien valía la pena hornear unas galletas para pasar este mal rato que mi mente me estaba jugando.

–Vale –murmuré, volví a ponerme la camiseta y los calzoncillos y la seguí hasta la pequeña cocina. Estaba comprometido con ver a dónde iba a ir a parar esto. No tenía demasiada confianza en que ponerme a cocinar dulces fuera a ser la solución a todos mis problemas, pero, qué cojones, estaba dispuesto a intentarlo honestamente. Era hora de dejar de decirle no a todo y empezar a probar cosas nuevas, de dejar de encerrarme dentro de mi propia mente sin rumbo.

–A ver –murmuró mientras empezaba a sacar ingredientes de los armarios y los colocaba desordenadamente sobre la encimera–, ¿alguna vez has amasado algo?

–Nunca jamás –admití–. Mira, si me sale una mierda...

–No saldrá una mierda –prometió–, te juro que esta receta es a prueba de todo.

–Ya veremos... –respondí incrédulo y ella hizo chocar sus caderas contra las mías, jugando.

–¡Basta ya de menospreciarte tanto! –me dijo riendo–. Ya verás que lo harás muy bien, yo lo sé. Ahora pásame ese cuenco...

Me guio paso a paso, asegurándose de que podía seguirla bien y de que sabía lo que

hacía. Al principio fue un poco frustrante tener que medir todos los ingredientes y luego mezclarlos en un bol. La mantequilla estaba demasiado dura recién sacada de la nevera, pero me dijo que siguiera batiéndola con el azúcar, prometiéndome que al final se uniría.

–Se trata de ser terco y seguir, y seguir –me explicó, sonriendo mientras me supervisaba. Tenía una paciencia infinita para este tipo de cosas, una paciencia que no se sabía muy bien de dónde venía. Me concentré en mezclar los ingredientes y en seguir sus instrucciones, y pronto me encontré a mí mismo olvidando todo el estrés que se había apoderado de mi mente en mi insomnio.

Antes de que me diera cuenta, la masa se había unido y ella empezó a trozar el chocolate para incorporarlo a la preparación.

–No sirve usar pepitas de chocolate, porque son muy pequeñas –me explicó–. Lo que uno quiere es que las galletas salgan del horno con todo este chocolate derretido.

Dividí la masa para las galletas sobre la bandeja del horno, y ella les añadió los trocitos de chocolate y una pizca de sal marina –para equilibrar el dulzor, aclaró– y luego las metió en el horno. Me miró y sonrió.

–Dentro de veinte minutos tendremos galletas recién hechas –dijo mientras limpiaba la encimera– y ya verás, todo tendrá un poco más de sentido.

Parpadeé y me di cuenta de que tenía razón, ahora todo parecía un poco más fácil y no estaba del todo seguro de por qué. Es decir, nunca había sido un aficionado de la repostería. Simplemente era cómodo y fácil pasar tiempo con ella haciendo algo que me alejaba del torbellino mental constante.

Cedí a un impulso y me acerqué a besarla. Le cogí la cara entre las manos y le planté un beso en la boca. Sonrió contra mi boca y se apartó, mirándome un poco sorprendida.

–¿A qué ha venido eso?

–Nada, nada –murmuré mientras la miraba. En realidad, en aquel momento me pasaban tantas cosas por la cabeza que no sabía ni por dónde empezar.

Cuando el aroma a vainilla y chocolate empezó a inundar la cocina, supe que daba igual. Lo único que importaba en este momento es que estaba con ella y que no había cedido a mi instinto habitual de huir cuando las cosas se ponían difíciles.

Capítulo IX - Stella

–¿Qué te ocurre? –preguntó Emma mientras me acercaba el café y lo dejaba sobre la mesa que tenía delante. Sonreí y me encogí de hombros.

–No sé –respondí, aunque por supuesto estaba mintiendo descaradamente. Emma me miró enarcando una ceja.

–Si no lo sueltas, voy a tener que torturarte para sacártelo –me advirtió mi hermana. Yo me reí.

–Puedo soportar tus asedios –le respondí y ella se dejó caer en el asiento de enfrente, sacudiendo la cabeza.

–Tía, tienes que contármelo todo –me animó—. Te lo has estado guardando para ti desde que llegaste. Vamos, sé que tiene que ser algo; me doy cuenta cuando te pasa algo.

Me llevé la taza a los labios y bebí un sorbo, sonriendo para mis adentros. Tenía que admitir que me gustaba tener este pequeño secreto, algo que era todo mío, pero al mismo tiempo quería compartirlo con Emma.

Habían pasado un par de semanas desde aquella primera cita que había compartido con Dante y las cosas habían ido tan bien desde entonces. Tan bien que apenas había conseguido salir de la cama hasta ese momento, apenas había logrado zafarme de su abrazo durante el tiempo suficiente para volver a poner los pies en el suelo.

Habíamos conseguido salir un par de veces, pero la mayor parte del tiempo nos habíamos quedado en casa del otro, conversando, riendo y horneando juntos. Se había aficionado a la repostería desde que le ayudé a hacer su primera hornada de galletas y, de hecho, unos días atrás me había traído por primera vez una receta nueva que había creado él mismo: galletas de chocolate y mantequilla de cacahuete. Estaban buenísimas.

Pero no tan buenas como él. Cuanto más lo conocía, más podía ver esa dulzura seductora que existía tras los muros que levantaba para mantener a todo el mundo a distancia. Aún no habíamos hablado mucho de su pasado, pero no me parecía mal. Ya me lo contaría todo cuando estuviera preparado. Además, ¿por qué íbamos a estropear lo que teníamos en el presente sacando a relucir lo que había ocurrido antes? No, era mucho más divertido perdernos en la comodidad de esta nueva relación, en los primeros brotes de...

¿Amor? Tal vez. Intentaba no dejar que mi mente se fuera por ahí, pero era difícil no hacerlo. Nunca me había enamorado de alguien de la forma en que me estaba enamorando de él, y eso hacía que la cabeza me diera vueltas de un millón de maneras diferentes, en un millón de direcciones distintas que no estaba segura de poder controlar. Pero quizá era lo que necesitaba. Una oportunidad para soltarme y lanzarme a algo nuevo, una oportunidad para olvidarme definitivamente de mi antigua vida.

Y vaya que me olvidaba cuando estaba con él. Follar con él, compartir la intimidad con él, era tan... tan nuevo para mí, y no solo porque fuera un hombre nuevo para mí. No era eso, era que Dante se centraba en mi placer, en darme todo lo que quería y deseaba. No se limitaba a utilizarme para excitarse, correrse y luego marcharse; compartía su cuerpo conmigo, compartía su placer conmigo, se excitaba de verdad con lo bien que la pasábamos juntos. Parecía saborear cada segundo que compartíamos, se calentaba cuando me hacía correrme, y yo estaba obsesionada con él, obsesionada con cómo me hacía sentir, con todo el placer que me daba.

Y ahora que por fin había conseguido salir de mi cama durante el tiempo suficiente para reencontrarme con Emma, me moría de ganas de contárselo todo. Era tan emocionante poder compartir algo tan normal como conocer a un chico nuevo y liarme con él, sabía que mi hermana se iba a alegrar mucho por mí.

–Bueno, vale, a ver... –admití al fin, con un gesto dramático–. Está este tío...

–¿Un tío? –exclamó con los ojos amenazando con salirse de las órbitas–. ¿Un tío así como un tío, te refieres a un tío?

–Así mismo –solté una risita, sintiendo que me sonrojaba un poquillo. Hacía tanto tiempo que no podía hablar así con mi hermana... desde que estaba en el instituto, estaba bastante segura, e incluso entonces habíamos estado más interesadas en burlarnos la una de la otra de nuestros enamoramientos que en compartir nuestros sentimientos–. Nos conocimos en mi grupo de terapia para víctimas de trauma –le expliqué–. Se llama Dante. Estuvo un poco raro conmigo la primera vez que hablamos, pero luego me pidió que saliéramos a tomar un café para compensar lo que había pasado y..., bueno, ya sabes, la cosa fue a más.

–¿Y cuánto tiempo hace de eso? –preguntó.

–Unas tres semanas –respondí–. Ha sido una locura. Hemos pasado casi todo el tiempo juntos...

Levantó una mano para detenerme, como si se le hubiera ocurrido algo de repente.

–Espera, ¿has dicho que le conociste en tu grupo de terapia?

Asentí con la cabeza.

–Entonces... ¿él también tiene su propia historia?

Volví a asentir. Esta era la parte que estaba esperando y ya me había preocupado bastante de ello. Emma era sumamente protectora conmigo después de lo que había pasado y no podía reprochárselo realmente, pero no necesitaba que se pusiera en plan hermana e intentara meterse en medio de esta relación. Lo entendía, de verdad, solo intentaba ser leal y cariñosa, pero ahora mismo no era realmente necesario que se preocupara por mí.

–¿Y cuál es su historia? –preguntó–. ¿Cómo terminó yendo al grupo?

Dudé un momento. Realmente no quería divulgar lo que me había contado dante en la intimidad, pero sabía que Emma no iba a aceptar que me negara a responder.

–Estuvo... metido en asuntos turbios en el pasado –expliqué, esquivando deliberadamente la pregunta. Ella frunció el ceño.

–Sí, ya me lo imaginaba –respondió–. ¿Pero qué clase de asuntos? ¿Qué le ha pasado para que acabe en un grupo de terapia para víctimas de trauma? ¿Tuvo un accidente o algo así?

–Algo más o menos así –respondí. Aún recordaba con demasiada claridad el dolor que había en su voz cuando me habló del incendio que le había arrebatado a todos sus amigos. Por la forma en que hablaba de ello, estaba claro que aún arrastraba las cicatrices, tanto mentales como físicas, y me causaba tristeza pensar en lo mucho que debía de dolerle.

–Stella, ¿qué está pasando aquí? –me preguntó–. Puedes decírmelo...

–Dante era... de la mafia.

Volvió a abrir los ojos como platos y se llevó una mano al pecho, conmocionada.

–¿De la mafia? –susurró, repitiendo la palabra como si apenas pudiera creer lo que estaba oyendo.

–Ya ha quedado en el pasado –añadí–. Por eso está en terapia; quiere dejar todo eso atrás, no quiere volver a esa vida...

–¿Y cuánto tiempo lleva fuera, exactamente?

–Unos cuatro meses.

–¿Cuatro meses? –explotó—. Estás de coña, ¿verdad? ¡Cuatro meses no es nada! Podría cambiar de opinión y volver a la mafia en cualquier momento....

–No lo hará –respondí a la defensiva, erizándome por el tono de su voz. Sabía que no era su intención, pero me dio la impresión de que lo estaba menospreciando. Estaba segura de que Dante nunca volvería a esa vida. No se habría esforzado tanto para dejarla atrás si pretendiera simplemente dar por tierra con su trabajo y volver a lo que había conocido antes, ¿verdad?

–¿Cómo puedes saberlo con seguridad? –preguntó—. ¿Te lo ha prometido?

–No me tiene que prometer nada.

–¿Ni siquiera te lo ha prometido? –exclamó—. ¡Stella, vamos, tienes que ver lo loco que suena todo esto!

–No le has conocido –protesté—. Si le conocieras, lo entenderías. No es como tú crees que es, no es esa clase de tipo...

–Joder, le conoces desde hace menos de un mes –alegó—. ¿Cómo puedes saber qué clase de tío es?, ¿o en qué clase de mierdas puede estar metido? Después de todo lo que has pasado...

Se detuvo antes de seguir, probablemente tomando nota de mi expresión cuando escuché sus palabras. Emma no quería lastimarme, es verdad, pero, joder, me quemaba las tripas saber que seguía viéndome así después de todos estos meses. Para mi hermana, yo no era una mujer capaz de valerse por sí misma y competente para tomar sus propias decisiones, sino una víctima crónica que necesitaba protección constante.

–Perdona –se disculpó en voz baja—. No fue... no fue mi intención sacar ese tema. Yo es que... estoy preocupada por ti. No quiero que te involucres en nada que no puedas manejar, ¿vale?

–Lo sé –murmuré, intentando que mi ira no me dominara. Al fin y al cabo, era mi hermana y solo quería lo mejor para mí. Después de toda la mierda de mi pasado, no me extrañaba que se preguntara qué cojones estaba haciendo. Si esta conversación hubiera sido a la inversa y Emma hubiera llegado un día anunciando que estaba liada con un tío de la mafia, yo habría flipado de cojones.

Pero ella no conocía a Dante como le conocía yo, y si le hubiera conocido, me habría comprendido. Había mucho más en él que su pasado, mucho más que lo que

había vivido y a lo que había sobrevivido. Cuando le miraba, no veía su pasado, veía su futuro. Veía nuestro futuro. Y eso era lo que me importaba.

–Vale, y aunque el tío haya salido de la mafia, ¿qué pasa si aparece gente de su pasado? –se inquietó—. ¿Cómo sabes que eso no va a ocurrir?

–Todos con los que trabajaba están muertos –le dije sin rodeos—. Un incendio los mató a todos. Él fue el único que salió vivo.

Se quedó callada y empalideció de repente.

–Lo siento –murmuró—. ¿Se encuentra bien? Quiero decir, ¿físicamente?, ¿mentalmente?"

–Está bien físicamente –respondí, intentando que mi mente no se dejara llevar por el recuerdo de su cuerpo una vez más—. Mentalmente... sé que lo está pasando mal, pero está trabajando en ello. Se toma en serio lo de ponerse bueno.

Ella asintió.

–¿Y está al tanto de tu historia? –preguntó preocupada.

–En parte –contesté—. No he querido entrar en cada uno y todos los detalles, pero le he contado lo suficiente para que entienda de dónde vengo. Y respeta mis límites, las cosas que no puedo hacer por lo que pasó. Físicamente, quiero decir.

–¿Habéis... habéis follado? –preguntó. Me mordí la boca y asentí, intentando no sonreír demasiado y no delatar lo bueno que había sido.

–Sí, lo hemos hecho –respondí, con el corazón agitándose mientras mi memoria se inundaba con las imágenes de él encima de mí, dentro de mí, con sus ojos clavados en los míos.

–Debe de haber sido un gran paso para ti –comentó.

–Realmente lo fue –le di la razón—, pero fue... fue más fácil de lo que pensaba. Más fácil con él, creo, porque entiende muchas cosas.

Se mordió la boca un momento, reflexionando sobre lo que le estaba diciendo. Me di cuenta de que una parte de ella aún tenía dudas, pero también se alegraba de verme feliz. No quería interponerse en el camino de esa felicidad, por mucho que hubiera deseado que hubiera elegido un tío con pasado más respetable.

–Bueno, si eres feliz, eso es lo único que realmente importa –añadió.

–Sí, yo también lo creo –asentí, exhalando un suspiro de alivio–. Gracias por apoyarme. Pero... no hables de esto con mamá, ¿vale? Que se va a preocupar...

–Es verdad –un surco profundo apareció en su frente–, realmente se preocuparía.

Y, mientras estaba sentada frente a mí, con la mirada perdida y asimilando lo que acababa de decirle, supe que ella también seguía preocupada.

Pero no tenían de qué preocuparse. Podía perfectamente hacerme cargo de mí misma. Después de la mierda por la que había pasado, sabía manejar mis emociones, mantenerme en una pieza. Y, todos estos meses después, sentía que merecía ser feliz.

¿O no?

Capítulo X - Dante

Con la mochila colgada de un hombro, levanté la mirada hacia el cielo. Aunque hoy estaba gris, algunas manchas azules intentaban asomarse y era evidente que iba a clarear.

Últimamente salía mucho más y sabía que era bueno para mí. La mayoría de las veces transitaba entre el piso de Stella y el mío, ida y vuelta, vuelta e ida, pero era un viaje que me encantaba hacer. Despertarme junto a ella por la mañana, sentir cómo se acurrucaba junto a mí mientras dormía, y luego salir a por café y desayuno... Era exactamente el tipo de rutina que necesitaba, lo que había estado esperando, aunque no lo hubiera sabido hasta el momento en que la había besado por primera vez.

Era un poco extraño ser el novio de alguien. Aunque aún no habíamos tenido esa conversación, sabía que eso era lo que éramos: estábamos saliendo y estábamos total y completamente enamorados el uno del otro. Vale, no siempre había sido fácil; aún había noches en las que me daba vueltas en la cama preguntándome si la estaba agobiando más de lo que podía soportar, pero cuando me volvía para mirarla, todo eso desaparecía. Sabía que Stella comprendía por lo que había pasado y que no me lo reprochaba. No me miraba y veía un tipo mancillado para siempre por su pasado, así como tampoco la veía yo a ella como una mujer para siempre manchada por el suyo. Había sido tremendamente afortunado de haber encontrado a una chica dispuesta a aceptarme a mí con toda mi historia.

Por supuesto, ella seguía sin conocer los detalles de mi historia y tampoco había preguntado... y, joder, mientras las cosas siguieran así, no iba a ser yo el que abriera la boca. Stella comprendía que me había visto envuelto en una mierda desoladora, pero se sentía como si la persona que había vivido todo eso fuera alguien totalmente distinto, alguien muy alejado de mí y de la persona que era ahora. La vida no funcionaba así, por supuesto; seguía teniendo que lidiar con la culpa y el dolor de llevarlo todo conmigo, pero ella me hacía sentir como un ser nuevo. Uno intacto, sano. Como si realmente tuviera la oportunidad de salir al mundo y empezar de nuevo...

En ese momento me dirigía a su casa, con dos porciones de comida tailandesa para llevar. Habíamos planeado una tarde de cine; ella ponía las películas y yo llevaba la comida. Lo más probable era que nos olvidáramos por completo de las películas en cuanto nos acurrucáramos juntos, pero no importaba. Pasar esas tardes con ella siempre

derivaba en besos y caricias; éramos como adolescentes que no podían quitarse las manos de encima, y yo estaba obsesionado con ello. Nunca había estado con una mujer como ella, una mujer tan magníficamente suave y llena de curvas como ella, y no podía saciarme de su cuerpo.

Doblé la esquina de la calle donde estaba su edificio y algo me detuvo en seco. Se me erizó el vello de la nuca y miré a mi alrededor, intentando averiguar qué me había hecho reaccionar. Mis instintos rara vez se equivocaban.

Había un largo callejón que llevaba a la parte trasera de un bar de su calle y normalmente estaba tranquilo a esa hora del día, antes de que los clientes lo atiborrasen, pero fue allí donde percibí movimiento por el rabillo del ojo. Me di cuenta de que alguien corría hacia mí una fracción de segundo antes de que entrara en contacto conmigo, y conseguí evadirme hacia el callejón antes de que pudiera ponerme las manos encima.

¡Joder! ¿Qué coño estaba pasando? Dejé caer el paquete de comida, que se desparramó por el suelo cuando mi atacante volvió a arremeter contra mí. Esta vez pude verle bien y todo encajó. Era Trey, el segundo al mando de la familia Fonte; habíamos tenido algunos enfrentamientos con ellos a lo largo de los años, pero ¿qué coño estaban haciendo aquí ahora?

Trey se abalanzó sobre mí, empujándome contra la pared y acercando su cara a la mía. Metí los brazos entre los suyos y se los golpeé en las muñecas, obligándole a aflojar la presión y a dar un paso atrás.

—¿Te acuerdas de mí? —demandó Trey, con voz grave y amenazadora.

—Sé quién eres —respondí. El corazón me latía con fuerza en el pecho. No temía por mí, sabía que podía arreglármelas solo perfectamente, sino por Stella. Me aterrorizaba que, de algún modo, viera la situación y tratara de involucrarse para protegerme, y que resultara herida en el proceso.

—Entonces ya sabes para qué coño estoy aquí —me dijo, paseándose de un lado a otro y bloqueando mi salida del callejón. Podía ver el bulto de una pistola en sus pantalones y estaba claro que, si intentaba huir, se demoraría una fracción de segundo en apuntarme con ella y no habría forma de evitar los disparos en mi dirección. Conocía a los Fonte y eran despiadados de cojones; les importaba una mierda dispararle a un hombre a plena luz del día en una calle residencial.

—No tengo ni puta idea de qué cojones quieres —gruñí—. Ya no juego este juego,

¿me oyes? He terminado con esta mierda. Ya no formo parte de tu mundo.

–Tú sabes dónde ha escondido Rayo King sus armas –dijo, fulminándome con la mirada.

Joder. Así que se trataba de eso. La respuesta, por supuesto, era sí. Rayo tenía un par de alijos de armas por la ciudad, listos para ser utilizados en caso de emergencia, pero yo había supuesto que habrían sido recogidos por los buitres que llegaron cuando se enteraron de que Rayo había muerto. Estaban escondidos en un contenedor de almacenamiento junto a los muelles, entre docenas de cajas metálicas, y supuse que Rayo había sido lo bastante listo como para ponerlos en un lugar donde nunca los encontrarían.

–No me dijo nada de eso –respondí, haciendo lo posible por mantener la voz firme. Trey volvió a empujarme contra la pared, claramente decidido a no marcharse sin algún tipo de respuesta.

–Sí que te lo dijo, sí que te lo dijo –gruñó–. Eras su mano derecha. ¿Qué me estás contando?, ¿qué no tenías idea de dónde guardaba sus armas? No me jodas.

–No sé dónde están las armas –respondí, pero este tío no me iba a creer jamás. Los dos sabíamos que yo manejaba toda la información relevante sobre los King y yo era el único que quedaba vivo para soplar.

–Es mejor que empieces a ejercitar la memoria –me advirtió con una mezcla de asco y odio en la mirada. Tragué saliva y mantuve la calma, mirándole a los ojos mientras iba por la pistola. El tío estaba tan concentrado en mí que ni siquiera se dio cuenta de que mi mano se movía hacia su arma hasta que conseguí arrancársela y clavársela en las tripas.

Cuando sintió la presión fría y dura del cañón contra sus costillas, se apartó de mí de un salto, y yo levanté el arma y se la apunté a la cabeza.

–¡Que te vayas de aquí, Fonte! –dije–. Yo no sé nada. Rayo está muerto. Los King están todos muertos. ¿Qué más quieres?

Me di cuenta de que estaba pensando en volver a abalanzarse sobre mí, pero me conocía demasiado bien como para arriesgarse. Sabía que yo apretaría el gatillo en un instante y no me lo pensaría dos veces. No me importaba acabar con él aquí y ahora si ese era el juego al que quería jugar. Hizo una mueca con la boca.

–Si crees que hemos terminado, cabrón, ya vas a ver –dijo y salió corriendo por el

callejón. Por un momento lo seguí con la vista, considerando la posibilidad de apretar el gatillo y acabar con esto aquí y ahora, pero luego me lo pensé mejor y solté un gruñido bajo de irritación. No contaba con la protección policial que antes me habría proporcionado trabajar con Rayo y sus hombres, y sabía que las posibilidades de salir impune de un asesinato a plena luz del día eran jodidamente bajas.

Limpié el arma de mis huellas digitales y la arrojé a un montón de basura al final de la calle. Con suerte, nadie la encontraría allí.

La comida que había recogido estaba botada, helada, en la calle, y suspiré. No tenía sentido intentar recuperarla, tenía que hacer un nuevo pedido. Estaba seguro de que Stella se habría dado cuenta de que llegaba tarde, así que saqué el móvil y le envié un mensaje de texto para decirle que la fila del restaurante era larguísima y que llegaría enseguida.

Emprendí el camino de vuelta hacia el restaurante tailandés, intentando ignorar el temblor de mis manos y la adrenalina que gritaba en mi cabeza. ¿Qué coño había sido aquello? ¿Qué cojones? Me había dicho a mí mismo que había acabado con esa vida, que había acabado de una puta vez y que no iba a volver a meterme en el mismo lío del que había formado parte antes. El único hombre al que había sido leal en aquel mundo, el único hombre digno de respeto para mí, estaba muerto entre las cenizas de su mansión.

Pero ese hombre me había comunicado demasiada información, había compartido conmigo lo suficiente como para ponerme una jodida diana enorme en la espalda. Eso estaba claro. Hoy había sido un disparo de advertencia, un recordatorio de lo que me esperaba si no jugaba bien mis cartas.

No me preocupaba por mí, no, me importaba una mierda; sabía que podía con todo lo que me echaran. Lo que me preocupaba, en el fondo de mi alma, era Stella. Si le hubiera pasado algo, sabía que no habría podido vivir conmigo mismo, no habría podido soportarlo. Me habría derrumbado para siempre. Ella era lo único a lo que me aferraba ahora mismo, la pizca de normalidad que necesitaba más que nada, y no iba a dejar que nada me la arrebatara.

Una oleada de emoción se mezcló con la adrenalina de mi cabeza, giré sobre mis talones y me puse en marcha hacia su piso. Puede que no tuviera la comida que le había prometido, pero me moría de ganas de verla. Necesitaba tocarla, abrazarla, asegurarme de que estaba bien. Tenía que confirmarme a mí mismo que no le había pasado nada y que nada le ocurriría. Que estaba a salvo.

Y estaba dispuesto cualquier cosa para que así fuera.

Capítulo XI - Stella

Oí el timbre y sonreí. Se había retrasado un poco y todo mi cuerpo hormigueaba de expectación ante la idea de que por fin llegara. ¿Cómo era posible que ya le echara de menos si apenas se había un poco antes? Habíamos pasado unas meras doce horas alejados, pero continuaba deseando que volviera pronto, que estuviera cerca cuanto antes.

Le abrí la puerta del edificio y conté mentalmente sus pasos hasta mi piso. Cuando le abrí, me sorprendió ver que no traía el paquete de comida que había prometido. Fruncí el ceño, confundida, pero antes de que pudiera articular palabra, cruzó el umbral y me besó con fuerza.

Aquel beso casi me dejó sin aire en los pulmones, fue tan condenadamente intenso. Sentí como si todo se moviera en cámara lenta a mi alrededor, como si todo se pusiera en su sitio, mientras él me rodeaba con sus brazos, sus dientes se enganchaban en mi labio mientras hundía su lengua en mi boca y cerraba la puerta de una patada tras nosotros.

—Joder —gruñó contra mis labios, apartándose para mirarme a los ojos un momento—. Dios, Stella, no tienes ni idea...

Pero antes de que pudiera terminar lo que estaba diciendo, volvió a besarme y me empujó hacia la cocina, inmovilizándome contra la encimera. No me lo esperaba, pero mi cuerpo ya estaba comprendiendo sus intenciones. Sentía la dureza de su polla presionándome a través de los pantalones y su intenso deseo me hizo temblar. Nada me excitaba tanto como sentir cuánto me deseaba, y ahora me parecía más potente y apasionado que nunca.

Me subió a la encimera con facilidad y lo rodeé con las piernas, acercándolo mientras él deslizaba las manos hacia mi cintura. Me enterró los dedos en la carne, como si quisiera dejar su huella y asegurarse de que yo sabía cuánto me deseaba. Acaso no había quedado claro que yo no tenía ninguna duda. Yo me estremecía contra él, diciéndole de todas las formas que sabía que necesitaba esto, que lo necesitaba a él, que necesitaba sentir cada parte de él ahora mismo, que necesitaba sentirlo dentro de mí.

Me quitó la camiseta y me bajó de un tirón los *shorts* que llevaba, arrancándome las bragas y tirándolas a un lado. Su fuerza debería haberme asustado, pero solo consiguió excitarme más; me encantaba cuando era así, un poco salvaje con su lujuria

animal, aunque normalmente este lado de él hacía aparición al final de una larga noche de follar, no aquí mismo, en la encimera de la cocina donde habíamos hecho galletas unas semanas atrás.

Gemí contra su boca mientras él se apretaba contra mí, rozándome el coño con su polla dura a través de los vaqueros. Joder, esa polla gruesa y llena era tan tentadora que tuve que esforzarme para rogarle que me follara ya mismo. Esto iba como él dijera: a su ritmo, como él quisiera, porque eso era justamente lo que yo también deseaba. Entregarme a él, dejarlo tomar el mando y no dejar que mi cerebro pensara demasiado...

–Eres jodidamente sexy, ¿lo sabes? –me dijo al oído mientras se bajaba la cremallera. Jadeé contra su hombro y él giró la cabeza para mirarme a los ojos–. ¿Lo sabes? –volvió a preguntar y me di cuenta de que esperaba una respuesta. Me encontré tropezando con las palabras. No estaba acostumbrada a mirarme a través de esa lente, a describirme en esos términos, pero él hizo una pausa mientras sacaba la polla, esperando mi respuesta. Estaba claro que no me iba a dar lo que quería hasta lo dijera en voz alta.

–Joder, sí, soy encabronadamente sexy –respondí apenas, y él continuó donde lo había dejado, como si oírmelo decir en voz alta fuera todo lo que necesitaba.

Tiró de mí hasta el borde del mostrador y ofreció la polla ante mi coño como un ritual de sacrificio. Lo enrosqué con las piernas y lo acerqué de un tirón. Disfruté su aroma y me sumergí en él, permitiendo que me absorbiera por completo. No había forma de colmar mi deseo por este tío. Era imposible, nunca se agotaría mis ganas de que me follara una y otra vez, una y otra vez.

Me penetró hasta el fondo y grité. La sensación de que me llenara de esa manera, mi cuerpo casi desgarrándose para hacerle sitio, me hizo dar vueltas la cabeza. Él y yo, los dos, habíamos venido a este mundo para disfrutar de esto, para compartir nuestros cuerpos. Nunca antes mi cuerpo había sido herramienta para alcanzar estos niveles de placer y Dante los estaba disfrutando conmigo, consumiéndolos mientras me miraba a los ojos y viéndome gozar como loca.

Me folló rápido y con fuerza, apretando su frente contra la mía para que nuestras respiraciones se mezclaran. Sus ojos ardían con una pasión que nunca antes había visto, algo oscuro y casi peligroso, pero al verlo me recorrió el cuerpo otra oleada de placer. El riesgo que corría, la sensación de que podía perder el control en cualquier momento, me resultaba tan jodidamente excitante. Como si no pudiera contenerse cuando estaba

cerca de mí.

Me rodeó con los brazos y me apretó la cara contra el cuello, besándome, enseñándome los dientes, y yo jadeé y le acaricié la espalda con los dedos. Sentía cómo sus músculos se flexionaban mientras me penetraba profundamente, como si no pudiera acercarse lo suficiente, como si ni siquiera pudiera imaginarlo. Respiraba con dificultad, el aliento desgarrándome los pulmones a cada instante, mi cuerpo clamando por él, clamando por cada centímetro de él que pudiera tomar...

El orgasmo me golpeó de repente, el placer explotó y me consumió en cuestión de segundos. Grité con fuerza y eché la cabeza hacia atrás, apoyándola en el mueble que tenía detrás, mientras mi coño palpitaba alrededor de su polla. Siguió moviéndose, entrando profundo, disfrutando los latidos de mi coño por dentro.

No tardó mucho en correrse dentro de mí, gimiendo contra mi cuello, con un quejido grave y gutural que parecía provenir de algún lugar muy dentro de él. Quería grabar su recuerdo en mi mente, esa señal inequívoca de lo mucho que me deseaba, de lo mucho que me necesitaba.

Permaneció allí largo rato, respirando con dificultad, volviendo a la tierra como si descendiera del espacio. Cuando levantó la cabeza para mirarme de nuevo, pude ver cómo se le llenaba la frente de sudor y la misma expresión en su rostro, bastante más oscura de lo que había visto nunca.

–Me estoy enamorando de ti, Stella –me dijo de repente. Me quedé mirándole, sin saber qué decir. No es que no me conmoviera, por supuesto, ni que no sintiera lo mismo. Pero nunca me había dicho algo así y que lo hiciera justo ahora...

–¿Ha ocurrido algo? –le pregunté. Se apartó de mí de repente, como si rompiera la conexión antes de que pudiera ver lo que realmente pasaba por su cabeza.

–No –respondió, subiéndose la cremallera. Me quedé mirándole la nuca, con el cuerpo aún tembloroso por la intensidad del encuentro que acabábamos de tener.

–¿Estás seguro? –le pregunté, tratando de incitarle a que me explicara qué había ocurrido para ponerle de ese humor. No es que no me gustara, por supuesto, pero quería saber qué le pasaba. Sabía lo fácil que era que algo te provocara cuando menos te lo esperabas, y necesitaba que supiera que podía hablar conmigo de ello si lo necesitaba.

–Deberíamos pedir algo de comer –me dijo–. No pude conseguir nada en el restaurante. Estaba demasiado lleno.

–Vale –respondí, bajando de un salto del mostrador y aterrizando sobre mis temblorosas piernas, mientras intentaba reponerme. Había una atmósfera extraña entre nosotros; no mala exactamente, solo... diferente. No sabía qué pensar. Se me ocurrió volver a preguntarle, insistir una última vez para que me explicara qué estaba pasando, pero sabía que no quería decirme. Ya había dejado clara esa parte e intentar obligarle a hablar probablemente solo empeoraría las cosas.

Alargué la mano para apoyarla en su hombro y, tras una pausa, él apoyó la suya encima.

–Oye –le murmuré, acercándome más a él y rodeándolo con mis brazos por detrás–, sabes que si pasa algo, puedes contármelo, ¿verdad?

Por una fracción de segundo pensé que iba a contarme qué estaba pasando. Me di cuenta de que era algo, pero ahora mismo había demasiadas barreras entre él y yo, entre que me dijera la verdad y que me la ocultara. No quería sonsacarle las cosas; sabía que no era justo, pero necesitaba saber que se encontraba bien, al menos...

Sin previo aviso, las palabras de mi hermana volvieron a mi mente. Sus advertencias de que tuviera cuidado, de que tal vez no estuviera tan alejado de su antigua vida como yo esperaba. Sentí una punzada de miedo en la base del estómago, una parte de mí que intentaba advertirme de un peligro al que aún no podía poner palabras.

–Lo sé –respondió, girando la cabeza para plantarme un beso en la mejilla–, pero no es nada, de verdad. ¿Tienes aquí menús para llevar? Ordenemos un montón de comida, me muero de hambre.

–Claro –accedí, aunque aquella sensación persistente seguía titilando en el fondo de mi mente. Rebusqué en los cajones hasta encontrar lo que buscaba y luego dejé unos cuantos menús sobre la mesa antes de dirigirme al dormitorio para volver a vestirme.

Me miré en el espejo durante un largo momento y me mordí la boca. ¿Todo esto era una buena idea? ¿Involucrarme con alguien como él tan pronto después de haber salido de aquel oscuro negocio? Claro que había tenido buenas experiencias con gente de la mafia, pero eran excepcionales, no la norma. ¿Quién podía decir que no me iba a meter en algo que no pudiera manejar? ¿Y si Dante estaba mintiendo sobre lo mucho que había dejado atrás y había cosas que no me había contado?

–¿Stella? –me llamó y el sonido de su voz me hizo sonreír. ¿Por qué estaba tan preocupada? Por supuesto que hablaba en serio sobre lo que me había dicho de seguir

adelante. Al igual que yo, estaba dispuesto a dejar atrás su antigua vida, y yo debía respetarlo.

–¡Ya voy! –respondí y salí del dormitorio para encontrarle de nuevo.

Capítulo XII - Dante

–¿Seguro que estás preparada para esto? –preguntó Stella mientras acercaba la mano a la puerta–. Última oportunidad de echarte atrás si no lo estás...

–Todo irá bien –le dije, divertido por la situación–. Es tu hermana y nada más. Créeme, he tratado con gente mucho más aterradora que ella.

–Oye, aún no la conoces –se burló–, no puedes estar seguro de eso...

Antes de que alcanza a golpear la puerta del piso, alguien la abrió y se plantó delante de nosotros.

–¿Os vais a quedar ahí fuera charlando todo el día? –exclamó Emma, con las manos en las caderas y la vista de uno al otro–, ¿o vais a entrar de una vez?

–Hola, yo también me alegro de verte –Stella se rio y se acercó para abrazarla.

Este era mi primer encuentro con la familia de Stella y no podía negar que estaba un poco nervioso. Había insistido en que la acompañara y conociera a su hermana pequeña, Emma, alegando que nos llevaríamos muy bien, pero, sinceramente, me preocupaba que su hermana fuera capaz de ver bajo la superficie todo lo que había estado intentando ocultarle a Stella y sacara a la luz la verdad que me había guardado con tantos esfuerzos.

Habían pasado casi diez días desde el ataque de la familia Fonte, y desde entonces había estado constantemente vigilando mis espaldas, sobre todo cuando salía con Stella. Por mucho que deseara que el asunto no pasara a mayores, que solo fuera una escaramuza, su último intento para sacarme información, estaba convencido de que la cosa iba a escalar. Los Fonte no eran la clase de tíos que, al primer obstáculo, se dan la media vuelta y se largan. Querían información sobre depósitos de armas de los King, nada desdeñables, y yo era la única persona que podía dárselas.

Me había acordado poco de esos «tesoros» desde la muerte de Rayo, pero era evidente que habría gente intentando encontrarlos. Los King se habían esforzado para asegurarse de que estaban preparados para enfrentar cualquier amenaza; de hecho, había escondites más pequeños repartidos por toda la ciudad, listos para que echáramos mano de ellos si surgía un problema. Pero los Fonte no buscaban estos alijos: andaban detrás del verdadero arsenal de los King. Explosivos, pistolas y munición suficientes para armar una milicia entera. No era sorpresa para nadie que los Fonte quisieran

echarle el guante. Además, si no lo encontraban ellos, alguien más lo haría; las armas caerían en manos de un rival y la familia Fonte sufriría una doble pérdida.

Oh, cómo deseaba que nada de esto me involucrara a mí. Las rencillas de las familias mafiosas ya no eran mi puto problema; yo estaba fuera de ese mundo, me había alejado para siempre la misma noche que hui del incendio. Joder, debería haber sabido que uno no podía simplemente dar un paso al costado de la mafia con una sonrisa y el corazón lleno de esperanzas. Muy bonita la fantasía en la que había estado viviendo con Stella, que me permitía olvidarme del pasado y pretender que seguía adelante con mi vida, pero estos hijos de puta no me iban a dejar en paz.

Stella se había dado cuenta de que me comportaba de manera extraña. Pasábamos tanto tiempo juntos que era inevitable que acabara por notar un cambio en mi actitud. Se había dedicado a hacerme un montón de preguntas capciosas, intentando sonsacarme la verdad y repitiéndome que podía compartir con ella cualquier cosa, pero yo seguía negándome a contarle nada. Por supuesto que solo quería ayudarme, pero no había modo de que la involucrara en esta mierda. Cualquier información, por muy vaga e inútil que fuese, que compartiera con ella podía ponerla en peligro, y en este momento mi deber era protegerla.

Me alejé de esos pensamientos mientras Emma nos hacía señas para que entráramos en su casa y nos invitaba a sentarnos.

—¿Cómo te gusta el café, Dante? —preguntó desde la cocina.

—Solo, gracias —respondí mientras le echaba un vistazo a su apartamento. Aún me resultaba extraño estar aquí, en el mundo normal, tan lejos de lo que había conocido hasta entonces. Las pocas veces que había visitado las casas de los tipos con los que había trabajado a lo largo de los años, estaban casi vacías: solo los muebles básicos y nunca nada adornando las paredes. Sus casas no eran más que lugares donde dormir la resaca y recuperarse de las heridas sufridas en nuestras escaramuzas; no eran hogares, sino edificios funcionales.

Y, por supuesto, había conocido la mansión King. Rayo había vivido con un nivel de lujo que yo nunca había sido capaz de imaginar antes de mudarme allí, viviendo con él como guardaespaldas a tiempo completo. Yo no estaba de turno cuando se inició el incendio y a veces me preguntaba si, de estar yo de guardia esa noche, hubiera sido capaz de impedirlo...

—Aquí tienes —dijo Emma y su voz entusiasta apartó esos pensamientos de mi

mente. Cogí el café y sonreí.

–Gracias –respondí. Stella estaba sentada a mi lado, con la pierna pegada a la mía, como asegurándome que no tenía nada de qué preocuparme. Ella sabía que todo esto era nuevo para mí. Nunca había pasado más de una noche con una mujer y mucho menos había conocido a la familia de ninguna, y estaba plenamente consciente de lo importante que era Emma para ella. Hablaba mucho de su hermana, de lo mucho que la había ayudado a recuperarse tras escapar de los chulos que habían abusado de ella todos esos años. Era imprescindible causarle una buena impresión, meter la pata no era una opción.

–Encantada de conocerte –me dijo Emma mientras se plantaba en el asiento a mi lado–. Stella me ha hablado mucho de ti.

–Ah, ¿sí? –me preocupé: ¿de qué estábamos hablando exactamente? ¿Sabía de mi pasado? O, mejor, *¿cuánto* sabía?

–Sí, me ha dicho que has estado aprendiendo a hornear –aclaró y suspiré con alivio.

–Sí, bueno, algo así. Intentando... –respondí–. No estoy muy seguro de que se me dé bien.

–Tienes más paciencia que yo –se rio Emma–. Yo nunca fui capaz de aprender, siempre me aburría y me fastidiaba. Lo dejaba a la mitad de la receta y me marchaba a hacer otra cosa.

–No entiendo a la gente que hace eso –intervino Stella–. O sea, si te empeñas un poco, lo que te espera al otro lado son galletas. ¿No te parece suficiente aliciente para continuar?

–Vale, sí, pero también puedo ir a la tienda y comprarlas –se burló Emma. Stella la miro con tedio: estaba claro que era una discusión que ya habían tenido muchas veces.

–¡Y perderte el encanto de haber hecho algo con tus propias manos! –protestó–. Tía, no tienes idea.

–No me pierdo de nada, porque siempre me traes galletas tú –respondió Emma y Stella se echó a reír.

–Vale, vale, ya he entendido –respondió–. Simplemente, voy a tener que cortarte el suministro de galletas.

– Por Dios, no; cualquier cosa menos eso –protestó Emma, poniéndose una mano en el pecho como si eso fuera lo que pudiera ocurrirle en la vida. Empecé a relajarme; estaba claro que se llevaban muy bien, y mi única tarea aquí era no quedar como un imbécil mientras me terminaba el café.

La conversación fluyó con facilidad entre ellas, y yo me uní cuando pude, haciendo todo lo posible por seguirles el ritmo con sus chistes internos y sus historias solapadas y un poco inconexas. Stella se excusó para ir al baño cuando terminó su café, de modo que me quedé a solas con Emma durante un par de minutos. Me miró y supe de inmediato que estaba a punto de tener «la charla de la hermana» que me tenía preocupado desde el momento en el que acepté participar en esto.

–Eres el primer novio que mi hermana le presenta a la familia –comentó.

–Espero estar a la altura de ese honor –respondí, ofreciéndole una sonrisa. Ella asintió.

–Va todo muy bien –respondió ella, sonriendo. Se acomodó en el asiento, intentando claramente encontrar la mejor manera de articular lo que pensaba decir–. Stella... me habló un poco de lo que hacías... eh... en tu último curro –dijo por fin.

–Ah, ¿sí? –volvieron los nervios y la tensión.

–Sí –respondió Emma–, y me gustaría asegurarme, ya sabes, porque soy su hermana, de que ya has terminado con todo eso...

Dudé un momento antes de contestar. Sentía que Emma se iba a dar cuenta de inmediato si le mentía. Pero tampoco era una opción contarle sobre el encuentro con los Fonte de la semana anterior. No quería preocuparla ni mucho menos darle razones para que intentará convencer a Stella de que me mandara de paseo. Estaba claro que Stella valoraba muchísimo su opinión y no quería hacer nada que echara a perder las cosas entre nosotros, con lo bien que iban.

–Sí, ya todo ha quedado en el pasado –le aseguré, y no estaba mintiendo. Por lo a que a mí concernía, yo ya me había alejado esa vida; la pregunta era si esa vida había aceptado dejarme ir.

–Vale –respondió ella–, vale. Porque Stella ha pasado por mucho en su vida... De verdad. Y no quiero que se vea arrastrada a ninguna otra situación que no pueda manejar. Lo entiendes, ¿verdad?

–Sí, claro que sí –asentí. Emma tenía todo el derecho a estar preocupada. Era casi

un milagro que no me hubiera atado a una silla para interrogarme sobre mis intenciones con su hermana, teniendo en cuenta la historia de Stella. De cualquier manera, me sentía agradecido de se preocupara tanto por cuidar de ella.

Stella volvió a entrar en la habitación y se detuvo en la puerta, posando su mirada de uno en otro.

—¿De qué habláis? —preguntó.

—De que tienes que ponerte las pilas y probar nuevas recetas de galletas —contestó Emma de inmediato, sin delatarnos—. Verdad, ¿Dante?

—Exacto —contesté, tomándole la mano mientras se deslizaba en el sofá a mi lado. Me sonrió con su sonrisa amplia y llena de vida, y sentí que algo me apretaba el corazón.

De verdad que no quería ocultarle nada, mucho menos algo que pudiera acabar por causarle daño, pero en este momento no había motivo para preocuparla. Eso era lo que tenía que repetirme a mí mismo: no había motivo para estresarla cuando le iba tan bien, cuando las cosas entre nosotros marchaban a pedir de boca. Emma y yo intercambiamos una breve mirada cómplice y retomamos la conversación como antes.

Nos despedimos una hora más tarde y Stella parecía levitar cuando salimos del piso de su hermana.

—Creo que todo ha ido maravillosamente —dijo sonriendo y tomándome de la mano. Hacía un poco de frío afuera y el calor de su contacto me abrigaba.

—Es verdad, creo que sí —respondí, apretándole la mano. Necesitaba dejar de estar metido dentro de mi propia mente y concentrarme en lo que tenía delante: en lo bien que me sentía con ella, en lo mucho que disfrutaba que pasáramos tiempo juntos.

—¿Quieres que pasemos a comer coreano a la vuelta? —sugirió.

—Me parece una idea genial —respondí. Cuando nos pusimos en marcha calle abajo, no pude evitar sentir la familiar punzada en la nuca. Me giré y miré a mi alrededor, intentando averiguar si alguien nos vigilaba. Por una fracción de segundo, me pareció ver a alguien que se metía en un callejón para esconderse de mi inspección...

—¿Te encuentras bien? —preguntó Stella, frunciendo el ceño. Abandoné la vigilancia y le sonreí.

—Sí, estoy bien —contesté rápidamente, plantándole un beso en el dorso de la mano—. Ahora, ¿qué decías del coreano?

Trey

Los observé desde el callejón oscuro. La rabia que me latía en el pecho no me impidió grabarme bien en la mente el rostro de esa tía.

Así que esta era su nueva chica, ¿eh? La había visto antes, pero no sabía cómo se llamaba. Ja, lo último que se hubiera ocurrido era preguntarle. Había sido una de las putas de Stefano. Seguramente la muy zorra no le había contado a Dante sobre su «profesión» anterior. Dante no era el tipo de tío que se hubiera mezclado con una puta.

Había tratado con él durante años. En verdad, con toda la familia King. Desde la muerte de mi padre, varios meses atrás, había tomado medidas para eliminarlos de la escena neoyorquina y poner la ciudad entera bajo mi control. Destruir la mansión King había sido el primer paso, pero de alguna manera Dante, el más peligroso de los hombres a las órdenes de Rayo, había escapado ileso.

Ni puta idea cómo había logrado sobrevivir el incendio, pero ahora estaba clara una cosa: en el tarro de este tío había información que yo necesitaba y había que sacarla de allí dentro. Como fuera. Claramente, Rayo King le había dicho a su mano derecha dónde escondía su arsenal.

Había creído que encontraríamos las armas entre las cenizas de la mansión, pero después de buscar por todas partes y registrarlo todo, estaba claro que no era allí donde estaban las armas.

La conclusión evidente era que estaban escondidas en otro lugar de la ciudad y que necesitábamos encontrarlas antes de que otra familia pusiera sus manazas sobre ellas. Dante era la clave de nuestro éxito.

Había tenido la esperanza de que mi primer apretón bastará para que el tipo soltara la información, pero Dante había conseguido reducirme, y por mi culpa. Había actuado de manera impulsiva, se me había notado la desesperación. Pero ahora había aprendido la lección y estaba esperando pacientemente el momento adecuado. Esta vez era diferente. Iba a averiguar dónde estaba ese alijo de armas y lo iba a utilizar para armar a todos los Fonte de la ciudad.

Ese había sido siempre nuestro problema: poca potencia de fuego. Mi padre se había opuesto siempre a usar armas pesadas, como rifles de asalto y granadas, pero ahora el que estaba al mando era yo. Una nueva era había comenzado. La familia Fonte iba a utilizar todo, absolutamente todo, para que esta ciudad se arrodillara ante nosotros y el arsenal secreto de los King, que en paz descansen, era mi camino al triunfo total.

Seguí a la pareja hasta un restaurante coreano y después me escabullí tras la mujer: Stella, había oído que la llamaba. Dante pronunciaba su nombre con cariño y me causaba una sensación extraña. No tenía ese tipo de relaciones en mi vida, pero pronto me recordé que ya llegaría mi momento, lo primero y más importante era consolidar mi poder. Entonces las mujeres vendrían en tropel hacia a mí y podría elegir a mi gusto. Todas las zorras de esta puta ciudad estarían de rodillas, suplicando que las invitara a mi cama...

La vi detenerse frente a su edificio y abrir la puerta, y se me dibujó una sonrisa en la cara. ¿Así que vivía aquí? No iba a ser difícil entrar. No iba a ser difícil ponerle las manos encima.

Y, lo más importante, juzgando por la forma en que Dante se conducía con ella, el antiguo sicario King iba a estar claramente dispuesto a hacer cualquier cosa para mantener a esta zorra a salvo. Eso incluía abrir la boca de una puta vez.

Con la información en mis manos, podría por fin acabar del todo con los King en esta ciudad. La última persona leal a Rayo desaparecería. Más le valía a Dante disfrutar su último día en la tierra, porque se le estaba a punto de acabar el tiempo.

Capítulo XIII - Stella

–¡Gracias! –casi que le chillé a la cajera de la farmacia, que me sonrió con un poco de extrañeza.

–De nada –respondió, y yo cogí la bolsa llena de productos y salí a toda prisa de la tienda. Tenía que salir de allí lo antes posible, porque si me cruzaba con cualquier conocido, iba tener que explicarle qué cojones hacía con un puto test de embarazo en el carrito...

Joder, no podía creer que esto estuviera pasando. El pavor ya me revolvía el estómago y aún no había meado en la tirita. ¿Cuál era mi puto problema? Cálmate, Stella, joder, cálmate. Solo era una prueba, una precaución, nada más que eso...

Pero mi ansiedad ya se había disparado y todos mis intentos por domesticarla estaban fracasando estrepitosamente.

Una vez en la calle, respiré hondo e intenté volver a poner los pies sobre la tierra utilizando las técnicas que me había enseñado mi terapeuta para centrarme en el momento. Pero una cosa era controlar un ataque de ansiedad y otra muy distinta enfrentarse a la posibilidad real de tener un bebé.

Uno o dos días atrás me había dado cuenta de que tenía un atraso. Raro, era raro, particularmente desde que había empezado a comer saludablemente y a recuperar mi peso normal. Resolví esperar hasta el fin de semana antes de preocuparme demasiado y tomar cartas en el asunto.

Y habían pasado dos días más y, por mucho que recé para que me bajara la regla, no pasó nada. La cabrona no daba ni una señal, nada de nada. No le mencioné el tema a Dante, aunque claramente él se dio cuenta de que algo me ocurría. No quería preocuparlo si no tenía la certeza aún de que había algo por lo que preocuparse.

Volví corriendo a mi piso como si estuviera escapando de unos paparazzi imaginarios. No estaba segura de por qué quería ocultarme tanto. ¿Acaso no era normal que una mujer tuviera que hacerse una prueba de embarazo cuando tenía una vida sexual activa? Cuando trabajaba en el burdel, tomaba anticonceptivos, pero aun así me hacía pruebas por precaución, y ninguna de esas pruebas me había hecho sentir de esta manera...

Quizás la diferencia era que esta vez era de verdad. En el paso, si me hubiera

quedado embarazada, lo siguiente era abortar y olvidarse del asunto; ni loca hubiera pensado en tener el bebé de un cliente cualquiera. ¿Pero un hijo de Dante? Esto era diferente. Si me quedaba embarazada de él, ya tenía claro que iba a querer a ese hijo.

Lo cual era una completa y absoluta locura. Pensar en tener un hijo con un tío al que conocía apenas desde hacía unos meses: demencia absoluta. Pero cuando lo miraba, veía en él mi futuro. Nuestro un futuro, una vida normal, como la que él me había descrito cuando nos conocimos. Vale, él no habla nunca de niños, pero casi que podía imaginarme su reacción: el entusiasmo y la sorpresa en su cara, su emoción plena, sus ganas maravilladas de tomar parte de esto.

Pero vamos por parte: primero tenía que averiguar si estaba embarazada o no. Solo entonces podría enfrentarme a la nueva realidad. O sea, ¿de verdad podría asumir todo lo que significa ser madre? No había pensado mucho en eso, porque no había considerado la opción de que el tema se iba a plantear con cierta urgencia. Subí corriendo las escaleras hasta mi piso y abrí la puerta con manos temblorosas; entré y cerré tras de mí, lanzando las llaves sobre el sofá.

Vacíé la bolsa sobre la encimera de la cocina, revolviendo entre todas las cosas que había cogido prácticamente al azar en mi intento de disimular el objetivo concreto de mi expedición a la farmacia. Sabe Dios por qué me había preocupado tanto por esconder la prueba de embarazo, cómo si a alguien le importara tres cojones lo que una tía cualquiera hace en la farmacia. Pero había sentido, y la seguía sintiendo, la necesidad de que mi situación pasara desapercibida...

Abrí el paquete y fui derecho al baño. Dejé el test en el piso mientras caminaba en círculos esperando los resultados. Eran dos minutos, los dos minutos más largos de mi vida. ¿Cómo era posible esperar todo ese tiempo para saber si estaba embarazada del hombre que...?

¿Qué amaba?, ¿era esa la palabra? Se sentía así, aunque quizás era demasiado pronto para afirmarlo con certeza. Nunca me había enamorado de alguien como me había enamorado de él. Por la manera en la que nos habíamos conocido, en el grupo de terapia, sentía que podía ser sincera y franca con él. No necesitaba ocultarle las partes oscuras de mí misma; joder, toda la mierda había estado plenamente a la vista desde el primer momento en que nos conocimos, y él lo había visto todo, todo, y no había huido. De hecho, se había acercado, me había hecho saber que el infierno de mi historia personal no era algo que él no pudiera aceptar.

Dante sería un padre estupendo. Era paciente, atento, amable; costaba creer que alguien como él hubiera estado implicado en algo tan oscuro como la mafia. Su antigua vida, como la mía, estaba tan alejada de la que vivía ahora... y si yo estaba embarazada, quizá pudiéramos poner aún más distancia entre nosotros y nuestros pasados.

Me puse las manos sobre el vientre y me apoyé en la pared, mirándome la barriga. No sabía si estaba hinchada porque me iba a venir la regla o si era algo completamente distinto. Me resultaba extraño pensar que dentro de mí podía estar creciendo una vida completamente nueva, pero, al mismo tiempo, también era algo emocionante.

En mi juventud había pensado en ser madre todo el tiempo. Me había imaginado criando niños, enseñándoles a cocinar, pasando tiempo con Emma como tía y todas esas cosas. Pero desde lo que había sucedido, sentía que mi vida se había estancado durante varios años. Había tenido que dejar de lado todos mis planes y sueños, no quería atarme a un futuro que ni siquiera sabía si existiría. Era más seguro dejar ir lo que había pensado que iba a ser mi vida que aferrarme a la fantasía de una existencia que parecía tan alejada de donde me encontraba ahora.

¿Pero ahora? Podía volver a imaginarme todo eso, a proyectarlo como realidad. Realmente podía imaginarme criando un niño con Dante. Podía ver una vida en el futuro, una familia. De solo pensar en esas cosas se me llenaba el corazón de emoción. Joder, estaba empezando a desear con fuerza que la prueba resultara positiva...

Volví al baño y la cogí para verificar el resultado. Casi me desmayo.

Joderjoderjoderjoder. Positivo.

Estaba embarazada.

Me quedé mirando la prueba durante un largo rato, en silencio, sin saber qué decir o hacer, sin saber cómo navegar la maraña de emociones que ahora mismo tenía en la cabeza. ¿Había que celebrar?, ¿o tener un ataque de pánico? ¿Arrojaba la tiritita a la basura?, ¿o la guardaba para mostrársela a Dante? ¿Le llamaba ahora, ya mismo, y le arruinaba el día diciéndole que estaba embarazada: señor papá Dante, vamos a tener un hijo?

Me dejé caer de rodillas sobre el suelo, el corazón amenazaba con escapárseme del pecho. Estas eran buenas noticias, estaba segura, pero eso no quitaba que causaran, también, que se te derritiera la puta y jodida mente. Basta, no podía despotricar de esa manera, no con un bebé en camino. Tenía que aprender a hablar bien y sin jurar si iba a ser madre...

El zumbido de mis oídos era tan fuerte que apenas noté el ruido de la puerta. Tal vez, si hubiera estado un poco más alerta, lo habría escuchado a tiempo... antes de que tuvieran la oportunidad de emboscarme. Pero tardé unos instantes en levantar la cabeza y darme cuenta de que había alguien golpeando la puerta. O sea, no estaban llamando a la puerta precisamente...

Estaban intentando derribarla.

Me levanté de un salto y la prueba de embarazo cayó al suelo. ¡¿Pero qué coño estaba pasando?! El pánico se apoderó de mí e intenté correr hacia la cocina, con la intención de coger un cuchillo, algo, cualquier cosa con la que pudiera protegerme, pero antes de que pudiera llegar, la puerta salió volando de sus goznes.

Grité, rezando para que alguno de los vecinos oyera la conmoción, aunque dudaba de que llegaran a tiempo si lo hacían. Mierda, mierda, mierda...

Intenté alejarme lo más posible, que no era mucho, del hombre que entró en mi piso con pistola en la mano, apuntándome directo. Tenía los ojos prácticamente negros azabache y su sonrisa era un gesto artificial de los labios.

–Te vienes conmigo –dijo. Negué con la cabeza. ¿Quién cojones era este tío? Mi mente iba a mil por hora. ¿Alguien de mi pasado? ¿Alguien que había... alguien que había sido enviado desde el burdel de Stefano para arrastrarme a mi antigua vida? Creía que ya se habían ocupado de él, pero quizá me equivocaba...

–No voy a ninguna parte –dije, con la voz apagada pero segura. No estaba dispuesta a dejar esta vida para volver a la de antes. Ni de coña.

Menos ahora, que la decisión no me afectaba solamente a mí. También involucraba al niño en mi vientre.

Dio otro paso hacia mí, sin mover el arma. La mantenía firmemente apuntada en mi dirección y sus ojos estaban desorbitados por la furia.

–Te mataré aquí mismo, zorra? –gruñó. Me invadió un frío terror y dirigí los ojos hacia la puerta. Si corría, tal vez podría...-. ¡Ni se te ocurra! –me ordenó, dándose cuenta de mi plan y deteniéndome antes de que pudiera siquiera hacer un movimiento–. Si quieres vivir para contarlo, haz lo que te digo. ¿Me oyes?

Me di por vencida, ya no tenía fuerzas para luchar. Estaba claro que, si quería seguir viva, tenía que obedecer. Solo me quedaba rezar para que, fuera lo que fuera lo que este tipo quería de mí, dondequiera que pensara llevarme, no lastimaran a mi

bebé...

Y que Dante viniera a rescatarme. Porque tenía la sensación de que él era el único lo bastante fuerte para enfrentarse a esta gente.

Y el único dispuesto a hacer lo necesario para rescatarme.

Capítulo XIV - Dante

Se me escapó un quejido al mover la cabeza, el dolor palpitaba en cada centímetro de mi cráneo.

¿Dónde coño estaba? Intenté abrir los ojos, pero todo mi cuerpo gritó en señal de protesta. Parecían estar pegados y no lograba recordar qué cojones había ocurrido para que hubiera acabado así. ¿Había bebido?, ¿había fumado algo? ¿Qué coño me había dejado en este estado?

Me esforcé por recordar, intentando encontrar en algún rincón de mi mente las piezas de esta historia. Iba caminando por la calle, en dirección al piso de Stella, cuando me golpearon en la nuca con un objeto pesado. Eso era lo último que recordaba. Después, todo era negro, y ahora estaba despertando aquí...

Me obligué a abrir los ojos. Estaba en una especie de cabaña destartada, con paredes de madera y una ventana mugrienta frente a mí, por la que se filtraba la luz del mundo exterior. Podía ver algunas hojas rozando el cristal, así que estaba en las afueras de la ciudad. Hasta allí estaba claro.

Alguien me había secuestrado. Y sabía perfectamente quién, solo había una persona capaz de hacerme algo así: Trey. Apreté los dientes e intenté ponerme en pie y llevarme una mano a la cabeza, pero tenía las muñecas atadas a la espalda. De hecho, estaba atado a una silla, con los tobillos también atrapados por una cuerda fina que se me clavaba en la carne. Gruñí tratando de liberarme, pero era imposible.

Quienquiera que me hubiera amarrado a esta silla tenía la clara intención de que no me moviera. Y no sabía lo que esta gente planeaba conmigo...

—¿Dante?

Mis peores pesadillas se hicieron realidad cuando escuche esa voz. Joder, no, no, no. Cualquier cosa menos esto, cualquier cosa menos ella...

—¿Stella? —respondí, con la voz entrecortada por la sequedad de mi garganta.

—Soy yo —conseguí girar la silla para mirar hacia el otro lado de la habitación, donde, justo delante de mí, se había hecho realidad en este mundo el peor de los infiernos.

Stella estaba atada a una silla, con las mismas finas cuerdas azules sobre las

muñecas y los tobillos. Tenía el rostro plagado de terror y la ropa rasgada en un par de sitios, como si hubiera habido algún tipo de refriega. ¿La habían lastimado?, ¿habían abusado de ella en la peor forma posible?

—¿Te encuentras bien? —pregunté rápidamente. Asintió con la cabeza. Vi que tenía las mejillas llenas de lágrimas y me desgarró por dentro verla sufrir tanto. Cuando tuviera en mis manos al responsable de esto, iba a...

—Creo que sí —respondió tartamudeando.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué recuerdas? —le pregunté.

—Estaba en... en mi casa —explicó, tragando saliva con dificultad—. Alguien echó la puerta abajo. Un tipo con una pistola. Y me dijo que si no me iba con él..., me mataría.

Su voz se llenó de lágrimas y empezó a llorar. Joder, odiaba verla así, odiaba aún más no poder acercarme a ella y hacer algo para que todo fuera mejor. No podía hacer nada. Era un completo y puto inútil. Me retorcí en el asiento, intentando soltar las ataduras, pero no era posible. La persona que nos había atrapado aquí sabía lo que hacía.

Y no iba a dejarme salir hasta que le diera lo que quería.

—¿Qué hacemos aquí, Dante? —preguntó—. ¿Qué cojones ocurre?

Dudé un momento, no tenía sentido seguir ocultando nada. La verdad saldría a la luz de un modo u otro y quizá era mejor que lo contara todo ahora.

Pero, antes de que pudiera responder a su pregunta, la puerta de la cabaña se abrió de golpe detrás de Stella, que lanzó un grito de miedo. Trey Fonte entró.

—Me alegro de que estéis despiertos —nos dijo con desprecio. La furia me recorrió mente y cuerpo. Quería lanzarme sobre él y darle la paliza de su vida por haberse atrevido a acercarse a Stella. ¿Quién cojones se creía este tío? Cualquiera fuera su batalla, esa pelea era conmigo y solamente conmigo, no con esta mujer, una mujer inocente que ya había atravesado su propio infierno. Veía el terror en sus ojos y saber que estaba allí por culpa mía me estaba matando.

—¿Qué tal os va? —preguntó fingiendo interés, como si le importaba una mierda—. ¿Te encuentras mejor ahora que tu noviecito se ha despertado, Stella?

—¡No le hables, joder! —grité, apoyando una vez más las muñecas contra las cuerdas e intentando romperlas para poder llegar hasta él. Se volvió hacia mí, con una expresión

divertida en el rostro.

–Pensé que podríamos conocernos –respondió, acercándose a mí. Metió la mano en la funda de su pantalón y sacó una pistola, un revólver de nariz afilada que acercó justo a mi barbilla.

–¡Por favor, no le hagas daño! –gritó Stella mientras Trey me miraba sonriendo.

–Oh, no tengo la más mínima intención de hacerle daño a él –aseguró–. Tiene información que yo quiero y no puedo lastimarlo. Por eso te he traído a ti, cariño...

Volvió a centrar su atención en Stella, se colocó detrás de ella, le rodeó el cuello con un brazo para estabilizarla y le puso la pistola en la sien. Ella cerró los ojos, llorando de miedo.

Verla en esa situación me destrozó. Había intentado mantener esto lejos de ella, alejar este mundo de su vida, y había fracasado como un inútil de cojones: ahora la tenía sentada frente a mí, atada y con un psicópata apuntándole a la cabeza. Y no podía hacer nada para ayudarle.

–Déjala en paz –volví a intentarlo, pero fue inútil. Sabía que este hijo de puta nos tenía justo donde quería, y no iba a renunciar a su poder tan fácilmente. De hecho, estaba claro que le encantaba tenernos así y saber que yo no podía hacer nada para liberarnos. Saber que Stella estaba indefensa y a la merced de este desquiciado, y no poder hacer nada para protegerla, me transportaba de inmediato a las pesadillas de mis peores noches.

–Pensé que traerla aquí podría refrescarte un poco la memoria –continuó–. ¿Me vas a decir de una puta vez dónde están escondidas las armas, Dante?

–Ya te lo he dicho, no sé de qué coño estás hablando –respondí, pero estaba claro que no podía seguir mintiendo. Este cabrón no iba a aceptar un no por respuesta, mucho menos ahora, pero si esas armas caían en sus manos, la familia Fonte sembraría el caos por toda la ciudad. Ni siquiera podía garantizar que nos dejara en paz aunque le diera todo lo que pedía.

–Sí, sí que lo sabes –respondió. Se esforzaba por mantener la voz firme, pero me di cuenta de que estaba a punto de perder la calma por completo–. Venga, cuéntamelo todo y acabaremos con esto. ¿Qué te parece?

–¿De qué está hablando, Dante? –suplicó Stella. Tenía los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas mientras intentaba lidiar con esta situación y el horror la golpeaba

con toda su fuerza. Casi podía imaginarme cómo se sentía la presión del arma contra su cabeza. ¿Alguna vez la habían apuntado con una pistola? ¿Esto le traía recuerdos oscuros o simplemente le creaba otros nuevos, de los que nunca se recuperaría?

–Eso, ¿por qué no le cuentas, Dante? –se burló Trey–. ¿Por qué no le dices qué clase de hombre eras?

–Lo sabe todo –gruñí.

–Ah, ¿sí? Supongo que los dos os debéis conocer bastante bien, entonces. Bueno, los tres.

Esas palabras quedaron flotando en el aire entre nosotros. Intenté orientarme entre sus sombras, intentando averiguar qué coño estaba pasando.

–¿Qué quieres decir? –pregunté.

–¿No te lo ha dicho? –preguntó Trey, como si se tratara de algo obvio–. ¿No te ha contado que está embarazada?

El mundo pareció detenerse por un momento. ¿Embarazada?, ¿estaba embarazada? La miré fijamente, con los ojos muy abiertos, esperando a que lo contradijera, a que le dijera que estaba hablando estupideces y que no tenía puta idea de qué ocurría con ella...

Pero no lo hizo. Bajó la mirada al suelo y las lágrimas cayeron sobre su regazo. No fui capaz de procesar la situación y empecé a respirar con dificultad.

–¿Estás embarazada, Stella? –le pregunté. Necesitaba oírlo de su boca antes de creerlo. Lentamente, levantó la mirada para mirarme y asintió.

–Sí, estoy embarazada. Acabo de enterarme. Yo...

–Cierra el pico, zorra –le espetó Trey, empujándole la pistola contra la cabeza. Stella empezó a llorar de nuevo y yo intenté asimilar la noticia. Embarazada, joder. Ahora no se trataba solo de nosotros; se trataba de un niño, un niño que ella esperaba, un niño que íbamos a traer al mundo...

Tenía que encontrar una forma de sacarnos de este infierno antes de que alguno de los dos terminara muerto.

–¿Qué te parece, Dante? –preguntó Trey, volviendo a centrar su atención en mí–. Lo de soltar lo que sabes empieza a parecerse una buena idea, ¿o no?

Apreté los dientes. Si se lo decía, nos dejaría aquí pudriéndonos, estaba seguro, o

volvería con las armas para matarnos él mismo. Esa información era la última pizca de poder que me quedaba.

Pero ¿merecía la pena sacrificar a la mujer que amaba?, ¿y el bebé que llevaba en su vientre? Stella tenía que seguir viviendo en este mundo. Ella era mi futuro y esto, esta información, era mi pasado. Rayo no hubiera querido que lo ocultara si eso significaba perderla a ella, y mucho menos a mi hijo.

Con la mandíbula temblorosa por la rabia y el miedo, miré a Trey.

—¿Quieres la puta información? —exigí—. Baja esa pistola y ven aquí, y te la daré.

—¿Crees que soy así de estúpido? —se río en mi cara—. O me lo dices ya o mato a la zorra.

Los ojos de Stella estaban clavados en los míos y era imposible leer en ellos lo que pensaba sobre esta situación: si creía que yo la salvaría o simplemente la dejaría morir.

Para mí no era ni siquiera una pregunta: haría cualquier cosa para mantenerla a salvo. Cualquier cosa. Incluso si eso implicaba sembrar el caos en la ciudad, incluso si significaba dejarme arrastrar de nuevo a la vida criminal que tanto había deseado dejar atrás.

Miré fijamente a Trey. Había llegado el momento, era ahora o nunca.

Ella o mi pasado.

Capítulo XV - Stella

No podía dejar de llorar y no entendía cómo demonios Dante podía mantener la calma ante lo que estaba ocurriendo.

Estaba hecha un desastre desde que Trey me había sacado a rastras de mi piso y le había encargado a sus hombres que registraran todos para encontrar la información que estaban convencidos que Dante tenía en sus manos. Pero lo único que habían encontrado era la prueba de embarazo y eso era lo último que quería que hallaran. Ahora sabían que estaba embarazada, y Dante se había burlado de mí mientras me metía a empujones en la parte trasera de la furgoneta que habían utilizado para secuestrarme y llevarme a los suburbios.

–¿Eres tonta, puta? –se burló de mí. El sonido de esa palabra en su boca me devolvió a los peores momentos de mi vida, a los hombres que me habían escupido ese término como si yo no tuviera ningún valor.

–Se supone que lo tuyo es follarte a los tíos, no quedarte preñada de ellos –se rio—. ¿De verdad crees que un hombre como Dante aceptará que una puta como tú sea la madre de sus hijos? *Mujer bonita* es una película, esas cosas no pasan ni de coña en la vida real.

Estaba demasiado en *shock* como para responder nada mientras me arrastraban a los bosques de las afueras de Nueva York. A punta de mi pistola, me obligaron a entrar a una cabaña abandonada en la mitad de la nada, donde nadie nunca me encontraría.

Hasta ese momento, lo único que estaba claro en todo este infierno era que buscaban a Dante. Querían presionarlo para que les entregara cierta información que tenía sobre su vida anterior, sobre el hombre para el que había trabajado antes del incendio. Y solo podía pensar en lo que me había dicho Emma: que era imposible que Dante se hubiera podido alejar del mundo de la mafia tan sencillamente, que iban a venir por él. Joder, si le hubiera prestado atención, si la hubiera escuchado...

Y ahora estaba sentada allí, con una pistola contra la sien, a una sola bala de perderlo todo. De perder la nueva vida que me había labrado con tanto esfuerzo, de perder a Dante, de perder al bebé, de perder el futuro que tanto había deseado y por fin había empezado a materializarse. Todo había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos. Había trabajado muy duro para poder llegar a donde estaba y ahora iba a perderlo todo antes de empezar realmente a disfrutar los frutos de mi labor. ¿Qué tan jodido era eso?

Me di cuenta de que Dante estaba indeciso. Ya me había resignado a la idea de que no iba a darles la información. Solo estaba ganando tiempo, ¿no? Pero, en lugar de hablar, señaló con la cabeza en dirección a Trey.

Trey, soltando un largo suspiro, dejó caer el arma a su lado, y yo dejé escapar un gemido de alivio. No sabía cuánto tiempo más iba a durar esta libertad, pero aceptaría todo lo que pudiera conseguir.

–Está junto a los muelles –murmuró finalmente Dante.

–¿Los muelles? –le incitó Trey–. Habla más alto, que no te oigo, joder.

–El contenedor 396 –continuó Dante, alzando los ojos para mirar a Trey–. Allí están todas las armas. No sé si siguen allí, pero es lo último que supe.

Me quedé boquiabierta. Había soltado la información. Y pude ver en los ojos de Dante que era la verdad: parecía resignado, como si se hubiera hecho a la idea de lo que estaba entregando, de lo mucho a lo que estaba renunciando.

Trey tenía una expresión incrédula, como si no se fiara del todo en que la información era legítima, pero estaba claro que también sabía que era lo mejor que había obtenido. Soltó un largo suspiro, sacudió la cabeza y volvió a enfundarse la pistola.

–Voy a ir a comprobarlo –le dijo a Dante.

–Déjanos ir –le gruñó Dante–, no puedes retenernos aquí...

–¿De verdad crees que voy a dejarte marchar antes de verificar lo que dices? –se rio como si el mero hecho de pensar en soltarlos le causara profunda gracia–. Vosotros os quedáis aquí mismo, donde estáis.

–Puto cabrón...

–Eh, eh, Dante –le advirtió Trey, volviendo a poner la mano en la pistola–. Te vas calmando. No querrás que se me resbale el dedo, ¿verdad?

Dante intentó acercar su silla a Trey, acortando la distancia que los separaba. Trey le sonrió y se llevó la mano al bolsillo, sacando un par de esposas que brillaron.

–Ya veo que te estás poniendo un poco inquieto –comentó burlonamente y se agachó para enganchar las pesadas esposas de metal alrededor de la mano de Dante, sujetando el otro lado a la silla. Si antes no había estado paralizado, lo estaba totalmente ahora.

Trey se dirigió a la puerta y nos miró a los dos.

–Volveré más tarde –añadió– y la información no es buena, Dante –volvió a coger la pistola y me dirigió una mirada amenazadora–, está claro quién va a pagar por hacerme perder el tiempo.

Con ese anuncio salió por la puerta y la cerró. En cuanto se marchó, empecé a hablar y las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

–Perdóname, Dante. No sabía lo del embarazo, me acabo de enterar. Te lo habría dicho...

–Soy yo el que debería estar disculpándome –me interrumpió Dante. Tenía la mirada fija en el suelo, una expresión desolada y los ojos ensombrecidos, como ese día que vino a mi casa.

–No tenías manera de saber que esto iba a ocurrir –le dije–. Yo...

–Sí, sí tenía manera de saber –respondió, sacudiendo la cabeza–. Este hijo de puta antes vino por mí, me atacó en la calle. Pensé que me había deshecho de él, pero ya ves... –me miró a los ojos–. Lo siento muchísimo, Stella –añadió, con voz entrecortada–. Lo siento muchísimo, de verdad. Nunca debería haberte metido en esto. Debería haber sabido que los Fonte irían por ti, eres la única persona que me importa. Saben que pueden utilizarte para hacerme hablar.

Me quedé sin palabras. ¿Dante sabía que esto estaba ocurriendo? ¿Sabía que le perseguían y no había dicho nada? Me costaba aceptarlo.

–Si hubiera sabido que este cabrón iba a ir a por ti, tienes que creerme, te habría mantenido a salvo –añadió–. Y le contaré cualquier cosa, todo lo que quiera saber. Si eso es lo que hace falta para que te suelte, que se quede con todo, ya no me importa una mierda.

Era claro, por el tono de su voz, que estaba hablando en serio. Y eso... eso desbarató cualquier duda que permaneciera en mi mente, se deshizo de la parte de mí que estaba enfadada porque no me había puesto al tanto sobre lo que estaba ocurriendo. Había renunciado a información importante para salvarme sin pensárselo dos veces.

–¿Qué es lo que busca? –pregunté.

–Un alijo de armas que mi antiguo jefe guardaba en la ciudad –respondió, sacudiendo la cabeza–. Ni siquiera sé si sigue allí allí, pero si es así...

Se interrumpió. Les había dado la ubicación, lo que significaba que ese hombre, ese psicópata violento, iba a tener acceso a un montón de armas muy pronto.

–¿Crees que nos dejará marcharnos si conforma que has dicho la verdad? – pregunté.

–No, no creo que nos la ponga tan fácil –admitió con un gesto de cansancio. Cerré los ojos y todo este horror me golpeó de lleno en el pecho. Si hubiera estado sola aquí, ya me habría rendido. Habría abandonado cualquier lucha y habría aceptado de inmediato que no me merecía, ni ahora ni nunca, una vida normal, una vida propia en la que pudiera ser feliz.

Pero ya no se trataba solo de mí, ahora también era responsable por mi bebé. Y ese bebé dependía de mí para encontrar una salida a esto. Para que ambos sobreviviéramos este infierno. No iba a permitir que le pasara nada. Ya podía sentir en lo más profundo de mi cuerpo una agitación de instintos maternos profundamente protectores, una fuerza bruta que sabía que podía utilizar para escapar, si le daba un buen uso.

–Oye –murmuré y él me miró. Sus ojos se clavaron en los míos y, por un momento, sentí la misma conexión llena de ternura que cuando nos besamos por primera vez. Como si mi cuerpo me dijera: este, este, este es el hombre para ti, el hombre con el que estás destinada a compartir tu vida.

–¿Qué pasa? –preguntó.

–Voy a salir de esta –le dije con convencimiento–. Los dos vamos a salir de esto. Porque vamos a criar juntos a este niño. ¿Me has escuchado bien?

Parecía sorprendido.

–¿Todavía... todavía quieres estar conmigo?

–Necesito que seas honesto conmigo –le dije seriamente–. ¿Hay algo más que deba saber? ¿Cualquier otra cosa de la que deba preocuparme, además de esto?

–Creo que no –respondió–. Esta... Esta es la última pieza de la familia King que queda en la ciudad. Al menos, la última de la que tengo conocimiento.

Respiré hondo.

–Entonces tenemos que soltarnos de estas sillas –respondí– y estar preparados para cuando vuelva.

Su mirada se endureció y vi un destello del hombre que solía ser: el hombre que nunca se habría dejado derrotar por una situación como esta, pasara lo que pasara. Echó los hombros hacia atrás.

–Tienes razón –asintió y recorrió la cabaña con la mirada. No había demasiadas cosas aquí, pero tenía que haber algo que pudiéramos utilizar para soltarnos.

–¿A qué distancia de aquí están los muelles de aquí? –pregunté y negó con la cabeza.

–No sé a qué distancia estamos de la ciudad, me dejaron inconsciente antes de traerme aquí...

–Mierda –murmuré–. Creo... creo que nos demoramos como media hora desde mi piso hasta aquí. No es que llevara realmente la cuenta...

–Diría que tenemos una hora, una hora y media como mucho. No es mucho tiempo, pero debería ser suficiente –y me sonrió–. No puedo creer que estés embarazada –murmuró casi para sus adentros, bajando los ojos hacia mi vientre–. ¿Qué crees que es? ¿Una niña o un niño?

–¿No te parece que podemos ocuparnos de eso cuando salgamos de aquí? –respondí–. Venga, tenemos que movernos, ya mismo.

Capítulo XVI - Dante

–¿Has encontrado algo? –le grité mientras buscaba en la otra habitación de esta pequeña cabaña.

–No mucho –respondió. A pesar de lo difícil que resultaba moverse estando atado a esas sillas, Stella había recorrido toda la casa en busca de cualquier cosa que pudiéramos usar para liberarnos. Hasta ahora lo único que habíamos encontrado era un paquete de patatas fritas vacío, un mechero viejo y una cajetilla de cigarrillos a la que le quedaban dos dentro. No era mucho, pero algo era algo.

Por mi parte, tenía más que claro que no iba a permitir que aquí acabaran nuestros días. Ni de coña. Mucho menos ahora que sabía que Stella no solo estaba embarazada, sino que también estaba dispuesta a continuar aceptándome en su vida, incluso después de que la arrastrara a este infierno.

La verdad es ni yo tenía muy claro si merecía una segunda oportunidad, pero ganármela realmente era lo único que me importaba en ese momento. Después de toda la mierda por la que había pasado en mi vida, pasar por esta situación fácilmente podría haber significado... Joder, si Stella no hubiera estado aquí, quizás le hubiera dicho a este tío: venga, dispara ya y acabemos con esto de una vez. Pero ahora esa no era una opción viable, no cuando existía la posibilidad de un futuro de verdad, no cuando tenía una familia en la que pensar.

Una familia. Una puta familia. Nunca en mi vida había imaginado que tendría una familia propia, ni siquiera había dejado que se me pasara por la cabeza. Realmente, creo que no había dado cuenta de que era algo que anhelaba hasta que la escuché decir esas palabras en voz alta: «Estoy embarazada». En ese mismo instante supe que haría cualquier cosa para protegerla a ella y al hijo nuestro que llevaba en su vientre.

Pero el tiempo corría deprisa y teníamos que movernos. No iba a permitir que Trey nos pillara por sorpresa. Tenía claro cómo operaba la familia Fonte: no iban a dejar ningún cabo suelto que les trajera problemas en el futuro. Se iban a deshacer de cualquier problema de antemano y eso significaba que se iban a deshacer de nosotros aquí, en la mitad de este puto bosque. Joder, no me hubiera sorprendido en absoluto enterarme de que habían sido ellos los que le prendieron fuego a la mansión King. Y esta era su forma de hacerme pagar por haber escapado de la masacre.

–Entonces, ¿qué hacemos con todo esto? –preguntó Stella, señalando con la cabeza

el montón de cosas que habíamos conseguido reunir entre los dos. Lo estudié durante un momento, barajando nuestras opciones. El pánico amenazaba a cada instante con apoderarse de mí, pero ahora, más que nunca, necesitaba mantener la cabeza fría. No solo estaba en juego mi vida, sino también la de Stella y la preciosa vida que llevaba dentro.

—¿Puedes darle una patada al mechero para hacerlo aterrizar en mis manos? —le pregunté, volteándome y extendiendo las palmas—. Quizás podemos quemar la cuerda de tus muñecas...

—Puedo intentarlo —respondió—. Nunca he sido muy buena chuteadora...

Movió un poco la silla y yo junté las manos para intentar crear un blanco más grande. Pasó la punta del pie por debajo del mechero, pero me rebotó en los dedos.

—Joder —murmuró.

—No pasa nada, inténtalo de nuevo —le dije, haciendo lo posible por mantener la voz firme. Estaba claro que nos estaba acabando el tiempo y ella lo sabía tan bien como yo. Pero lo último que necesitábamos era que cundiera el pánico. Teníamos que mantenernos unidos, por muy difícil que fuera.

Respiró hondo y volvió a patear el mechero, que esta vez cayó en mis manos. Lo agarré con fuerza, asegurándome de no dejarlo caer.

—Vale, estupendo —le dije—. Ahora acerca tu silla a la mía. Voy a utilizar el encendedor en las cuerdas de tus muñecas. Puede que te duela un poco...

—Lo toleraré —respondió estoicamente y se acercó un poco más a mí. Rozó con sus dedos los míos para hacerme saber que estaba cerca, y operé el mechero un par de veces. Aunque tenía chispa, no encendía ninguna llama. Recé para que aún le quedara bencina. Un mechero vacío hubiera sido el fin de nuestras esperanzas.

—¡Ay! —exclamó y al mismo tiempo escuché el silbido de la llama que cobraba vida.

—Mierda, lo siento —le dije.

—No pasa nada —respondió, y pude oír cómo apretaba los dientes para soportar el fuego—, mantén la llama encendida...

Mantuvo las muñecas sobre la llama y pronto el olor a plástico quemado llenó el aire. Mantuve la llama encendida asiendo el mechero con fuerza y, al cabo de unos momentos, Stella pudo soltar las manos.

–¡Ya está! –exclamó y rápidamente se agachó para desatar las ataduras de sus tobillos, poniéndose en pie y estirándose–. Gracias a Dios –suspiró y solté el mechero.

Se había soltado de la silla y eso ya era un triunfo. Aún nos quedaba mucho camino por recorrer, pero era un comienzo. Trey no se iba a esperar que hubiéramos sido capaz de soltarnos de las amarras y ahora tendríamos ventaja sobre él.

–Vale, ahora tenemos que solarte a ti –murmuró mientras se arrodillaba delante de mí, examinando las esposas que me rodeaban las muñecas.

–No sé cómo vamos a abrirlas –admití. Había estado esposado unas cuantas veces en mi vida y nunca había aprendido a deshacerme de ellas cuando era necesario. Tenía que haber alguna forma de quitármelas de las muñecas, pero no estaba seguro que existiera un método que no me incapacitara para el combate.

–Creo que yo si sé –contestó ella y alzó la mano, acariciándose el pelo un momento hasta extraer una larga horquilla.

–¿En serio? –pregunté sorprendido. Ella asintió y cogió las esposas, introdujo la horquilla en la pequeña cerradura y empezó a girarla.

–Había un habitual del burdel burdel al que le gustaba el cuento de las esposas –explicó–. Varias veces se atascaban y las chicas y yo teníamos que ingeniárnoslas para quitárselas. Lo de la horquilla siempre funcionaba, aunque no sé si servirá para esposas como estas...

De repente, las esposas se soltaron y cayeron al suelo con estrépito. Me sonrió y volvió a colocarse la horquilla en el pelo.

–¡Ya está! –exclamó feliz–. Estaba segura de que iba a poder sacarte de aquí.

–Haces milagros –le dije y me incliné para besarla en los labios. Joder, me sentía tan aliviado de tenerla allí conmigo, no sabía qué habría hecho si no hubiera sido por ella. Ella sonrió contra mi boca y levantó la mano para pasármela por detrás de la cabeza, como si no quisiera que aquel momento terminara.

Me agaché para desatar las cuerdas que me rodeaban los tobillos y me puse en pie, apartando la silla a un lado. Ahora que estaba libre, se me agolpaban en la cabeza un millón de maneras de acabar con Trey. Pero, antes de hacerlo, primero tenía que aclarar las cosas con ella: necesitaba su permiso.

Cogí su mano y enrollé mis dedos alrededor de los suyos.

–Necesito preguntarte algo –murmuré.

–Venga, lo que sea –respondió, con los ojos muy abiertos. Me di cuenta de que estaba asustada. Después de todo lo que había pasado, no era de extrañar. Probablemente temía cualquier cosa que fuera a salir de mi boca.

–Quiero matar a ese hijo de puta –le dije, bajando la voz, la sinceridad y la crueldad que había en ella me pillaron desprevenido a mí mismo. Hacía mucho tiempo que no me relacionaba con la parte de mí que operaba como un sicario altamente eficiente. El asesino que llevaba dentro no había salido a la superficie de ese modo durante meses, pero en ese momento estaba totalmente dispuesto a dejarlo asumir el mando—. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa, para manteneros a salvo a ti y a nuestro bebé –continué—. Pero si eso va a cambiar la forma en que me ves, si es demasiado para ti, encontraré otra forma de lidiar con este cabrón.

Me miró fijamente durante un largo instante, mordiéndose la boca mientras intentaba definir en su mente que quería responderme. Matar a Trey cerraría para siempre este capítulo de mi vida. Era difícil pensar que alguien más se atreviera a venir por mí si pensaba que acabaría bajo tierra, y yo estaba seguro de que podía vencer a Trey en una pelea, aunque tuviera una pistola. Lo había hecho antes, cuando me había atacado en la calle, y podía hacerlo ahora; eso estaba claro.

Pero solo lo haría si ella lo aceptaba. No iba a hacer nada que cambiara su visión de mí, que la hiciera odiarme o temerme. Me daba cuenta de lo difícil que era para ella darme ese permiso, esa excusa para acabar con el hombre que nos había hecho esto, el hombre que le había hecho esto a ella, a nuestro bebé. No era una asesina, no lo llevaba dentro, y después de esto, yo tampoco quería serlo. Pero si iba a hacerlo por última vez, tenía que ser ahora. Y tenía que ser con Trey.

Ella asintió, lentamente.

–Quiero que te deshagas de él –dijo con la voz temblorosa, pero con convencimiento. Estaba hablando en serio. Sabía que no podría vivir tranquila si aquel monstruo estaba ahí fuera, dispuesto a hacerle daño a ella o al bebé para conseguir lo que quería. Estaba claro que en cuanto regresara aquí, el cabrón iba a intentar eliminarnos a nosotros.

Lo que Trey no sabía era que aquí el único que iba a conocer su fin era él.

La estreché entre mis brazos y la besé con fuerza en la boca. Cuando me aparté, podía sentir el fuego de la certeza ardiendo en cada centímetro de mi cuerpo, cada parte

de mí estaba segura de lo que había que hacer, y yo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para mantenerla a salvo.

–Tienes que salir de aquí –le dije–. Cuanto más lejos estés cuando él llegue, mejor.

Ella tragó saliva y luego asintió.

–Vale, vale –murmuró–, realmente no quiero ver esto...

–¿Estás segura de que podrás vivir con esto? –le pregunté. Era su última oportunidad de decirme que no, de decirme que no podía vivir con la idea de que yo le hiciera daño a alguien, y mucho menos de que lo matara. Sus ojos se endurecieron y asintió.

–Ha amenazado a nuestro bebé –murmuró–. Tiene que... No puedo dejar que salga de aquí y siga como sin nada. No puedo.

Le besé la frente y luego le cogí la mano.

–Vamos –le dije, señalando la puerta con la cabeza–, salgamos de aquí.

Capítulo XVII - Dante

–¿Estás seguro de que puedes hacerlo solo? –me preguntó mientras la ayudaba a salir del coche.

–Totalmente seguro –respondí con firmeza. Estábamos de regreso en mi piso; el suyo, según me había dicho, había sido atacado por Trey y los hombres de los Fonte, y la puerta había sido arrancada de sus goznes. No podía dejarla volver allí, era demasiado peligroso. Mi casa, aunque distaba mucho de ser segura, era al menos una opción mejor.

Había puenteado la furgoneta en la que Trey la había trasladado a la cabaña y la había traído de vuelta a la ciudad. No quería que estuviera cerca de la acción cuando llegara el momento de hacer lo que había que hacer. No se merecía tener esos recuerdos grabados a fuego en el cerebro. Que me hubiera dado permiso para deshacerme del cabrón no significaba que estuviera preparada para verlo, y yo tampoco quería que conociera de primera mano mi destreza en el rol de asesino despiadado. Pronto todo esto quedaría atrás para siempre; esta era, por fin, mi última tarea como sicario.

–Que no te ocurra nada, ¿vale? –me dijo con intensidad y me estrechó entre sus brazos.

–No me va a ocurrir nada –le prometí, devolviéndole el abrazo–. Volveré pronto. Espérame aquí, ¿vale? No te vayas a ninguna parte.

Asintió con la cabeza, le puse las llaves de mi casa en la mano y volví a subir a la furgoneta. No quedaba mucho tiempo antes de que Trey regresara a la cabaña y quería estar allí, esperándolo.

Conduje deprisa, con los ojos clavados en la carretera, la cabeza a mil mientras intentaba determinar qué iba a hacer exactamente cuando llegara allí. Tenía que actuar rápido. No iba a dejar que este cabrón se me adelantara de nuevo. Ahora ardía en mí una rabia justificada que impulsaba cada centímetro de mi cuerpo hacia delante. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para acabar con Trey de una vez por todas. Que se hubiera metido conmigo era una cosa, pero que se metiera con Stella y con nuestro bebé era totalmente distinto. Esta vez no se iba a salir con la suya el muy cabrón, ni de coña.

Detuve la furgoneta al borde del sendero que se adentraba en el bosque y corrí por él hacia la cabaña donde habíamos estado retenidos apenas minutos atrás. Todavía me daba latigazos la cabeza por el golpe con el que habían dejado inconsciente, pero ya le

llegaría el turno a ese problema. En ese momento, lo único que veía era el enfrentamiento que tenía por delante: cómo iba a hacerle pagar por lo que había hecho de una vez y para siempre.

Y no solo por lo que había hecho esta noche conmigo, sino también por lo que le había hecho Rayo. A esta altura, ya estaba seguro de que habían sido los Fonte lo que habían atacado la mansión, los que habían masacrado a los hombres que había considerado mi familia durante tanto tiempo. Ahora quería venganza también por eso, quería que este cabrón pagará. Quería borrar a los Fonte del mapa, que quedaran solo las cenizas, pero sin que tuvieran la posibilidad de renacer de ellas.

Llegué a la cabaña sin aliento e inspeccioné el entorno. No, no estaba allí, aún no había llegado. Lo más probable era que hubiera tardado más de lo esperado en encontrar el contenedor con las armas dentro. Excelente, ahora podría sorprenderlo. Lo siguiente era decidir qué iba a utilizar como arma...

La ventana de la cabaña estaba sucia, pero serviría. Me envolví el puño con la chaqueta y golpeé el cristal. Recogí el fragmento más grande que encontré y probé el filo filo contra el dedo. Al menos era algo. Hubiera preferido tener con una pistola, pero si tenía que trabajar con un pedazo de vidrio, venga.

Me paseé de un lado a otro de la cabaña, intentando quemar parte del exceso de energía que latía en mi organismo. Solo podía pensar en ella, en Stella, en lo que le había hecho, en la forma en que le había hablado. La ira terminó de apoderarse por completo de mí cuando lo recordé. Este hijo de puta no tenía ni idea de la clase de mujer que era, ni de la mierda por la que había pasado, y me hervía la sangre pensar en cómo la había menospreciado, cómo se había cagado en ella como si no fuera nada...

De repente oí pasos acercándose a la cabaña, ramas que crujían bajo las pisadas de alguien. Aferré con fuerza el trozo de cristal que tenía en la mano, dispuesto a atacarlo en el minuto en que cruzara la puerta. Había llegado el momento. Ahora, justo ahora, todo terminaría de una vez.

La puerta se abrió y Trey me miró con los ojos como platos al verme de pie, y no atado a la silla donde me había dejado. Me abalancé sobre él, y él desenfundó la pistola y disparó. Conseguí esquivar los dos primeros, que se estrellaron contra la madera a mi lado, llenando el aire de astillas.

—¿Qué coño? —exclamó Trey cuando volví a arremeter contra él. Me sentía como un animal salvaje, un depredador domesticado que tenía por fin la oportunidad de dejar

salir sus instintos una última vez. Sonreí.

—¿Te habías creído de verdad que se te iba a dar tan fácil? —le escupí, dando otra estocada con el trozo de cristal. Sentía cómo se me clavaba en la mano y la sangre me corría por la muñeca, pero el dolor no me afectaba. Ahora solo sentía la rabia en el corazón, la furia que se apoderaba de mí.

—Aléjate de mí, psicópata —quiso sonar amenazante, pero la voz le temblaba—. Deberías estar muerto, achicharrado, hecho cenizas.

—Tú fuiste el que quemó la mansión. Tú y tus hombres. Y te creías que te habías librado de nosotros para siempre...

—Deberías haberte quemado con el resto —escupió. Estábamos dando vueltas el uno alrededor del otro, entre el humo de los disparos. Trey mantenía la pistola asida con firmeza. Un solo disparo y sería mi fin, pero yo sabía que este cabrón no era lo suficientemente inteligente como para resolver esta situación a su favor. Estaba demasiado afectado para recomponerse y dispararme, y yo iba a utilizar su estupidez y vacilaciones a mi favor.

—Ah, pero ya ves, aquí estoy, vivito y coleando —dije—. El incendio no acabó conmigo, pero yo acabaré contigo ahora, Trey. Aquí, en esta cabaña en el medio de la nada, es donde morirás y pagarás por lo que le hiciste a ella.

Su rostro se ensombreció.

—¿Hablas de esa putilla? —me espetó—. Te has enterado de lo que hacía, ¿no?, de para quién trabajaba...

El cabrón estaba intentando desestabilizarme con palabras, pero no iba a conseguirlo. Asentí lentamente.

—Sí, sí, claro que lo sé —respondí con calma—. Fíjate que aún si así sigue siendo mucho más persona de lo que tu jamás serás, Trey.

Me abalancé de nuevo sobre él, empujándolo contra la pared. Intentó levantar el arma, pero la aparté con la otra mano y cayó al suelo. Sus ojos estaban, de repente, llenos de auténtico terror. Ahora tenía claro con quién estaba tratando, el King al que no había podido matar, un fantasma del pasado con un cristal afilado en la mano y dispuesto a actuar.

Levanté el fragmento de cristal hacia su garganta. Estaba ensangrentado por el corte de mi mano, pero me daba igual. Ahora mismo solo estaba centrado en una cosa,

en una sola cosa. Ya me ocuparía de mis propias heridas más tarde. Ahora mismo, solo estaba dispuesto a verle morir.

–Por favor –suplicó Trey, las palabras escaparon de sus labios antes de que pudiera detenerlas–, piensa en lo que estás haciendo...

–Me lo he pensado muy bien –respondí con calma. Una sensación de paz se apoderó de mí: esta era, sin dudas, la decisión correcta. Esto pondría fin a todo.

Apreté el cristal afilado contra su garganta, cerré los ojos y lo arrastré por su piel. Trey cayó al suelo con un fuerte golpe, los ojos en blanco, la boca abierta y la sangre saliendo a borbotones de su cuello.

Solté el cristal, que cayó en el suelo junto a él, y recogí el arma que tenía a su lado; iba a arrojarla a lo más profundo del bosque, donde nadie la encontraría jamás una vez que hubiera extraído todas las balas de su interior. No iba a dejar que ni él ni su arma hirieran a nadie más.

El legado de los Fonte acababa aquí y ahora. Ese era el mensaje que debía llegar claro y alto a la familia Fonte: que debían mantenerse alejados de mí y de la mujer que amaba.

Solo entonces empecé a sentir el dolo de mi mano. Salí de la cabina y respiré una bocanada profunda de aire fresco.

Se había acabado. Por fin se había acabado.

Y podía volver con Stella y asegurarle que por fin éramos libres de cualquier amenaza de mi pasado.

Bueno, de la mayoría, aún quedaban algunos cabos sueltos por atar y, mientras me adentraba en el bosque, sonreí para mis adentros. Empezaban a pasarme ideas por la cabeza, ideas para nuestro futuro, y sabía que a ella le iban a encantar.

Capítulo XVIII - Stella

–Ay, Dios mío –dije aliviada en cuanto lo vi en la puerta. Caí en sus brazos, agarrándome a él con fuerza, aferrándome a su cuerpo como si vida entera dependiera de ello.

–Eh, eh, tranquila, no pasa nada –me dijo suavemente, pasándome la mano por el pelo. Le agradecí a Dios o a quienquiera que nos estuviera protegiendo desde las alturas que estuviera a salvo.

Después de que me dejara aquí, el terror más paralizante se había apoderado de mí. Estaba tan asustada de que no fuera a volver, de que no fuera capaz de derrotar a Trey, de que sus emociones lo echaran todo a perder y Trey lo dejara sin vida allí, en la mitad del bosque. Estaba convencida de que me iba a ser imposible seguir adelante sin él, lo sabía en lo más profundo de mi ser, y necesitaba que regresara a mí en una pieza. Que atravesara esa puerta y me dijera que todo estaba bien, que ya todo había terminado de una vez.

Y ahora aquí estaba.

Me aparté y lo miré de arriba abajo, mis ojos como platos cuando vi el reguero de sangre a lo largo de su brazo derecho.

–¿Qué te ha pasado?

–No pasa nada –me aseguró mientras cruzaba el umbral y cerraba la puerta tras de sí–. Me he hecho un corte en la mano, eso es todo.

Empecé a abrir la boca, preparada para empezar a demandar más detalles, pero pronto me lo pensé mejor. Realmente no necesitaba saber qué había ocurrido con pelos y señales. Lo único que importaba era que Dante estaba allí, conmigo, a salvo.

–¿Ha... ha muerto? –pregunté en voz baja. Pensar en ello me ponía un poco enferma. Lentamente, Dante asintió.

–Así es –respondió. Cerré los ojos, intentando procesar la noticia, con los dientes apretados. Y luego asentí.

–Bien –respondí, y lo dije en serio. Había amenazado nuestro futuro y el de nuestro hijo. No merecía andar por el mundo como si nada hubiera pasado. Y si no le hubiera hecho daño a nuestra familia, le hubiera hecho daño a otra familia. Cuando

viéramos el daño que le hacía a otros, habiendo estado en nuestras manos evitarlo, no nos lo hubiéramos perdonado.

Le cogí del brazo, jalando de él hacia el baño.

–Vamos, hay que limpiar esa herida –le dije con firmeza. Aún estaba temblorosa mientras intentaba procesar todo aquello, pero centrarme en algo práctico me ayudaría a calmarme. Era lo mismo que levantarse en mitad de la noche para hacer galletas cuando tenía pesadillas. Dedicarse a algo que te fuerce a poner los pies en la tierra, que se sienta real...

–Puedo ocuparme yo mismo –me aseguró Dante, pero negué con la cabeza.

–Súbete la manga –le dije–, abre la palma de la mano... Venga, ponla sobre mi regazo...

Me arrodillé frente a él y cogí una toalla que había a su lado, la mojó bajo el grifo de la bañera y luego la llevé al corte largo y poco profundo que tenía en la palma de la mano. Se quedó en silencio mientras me miraba trabajar, y oí cómo su respiración empezaba a recuperar el ritmo normal a medida que volvía a la tierra.

–¿Me ves de una manera diferente ahora? –me preguntó en voz baja. Levanté la vista hacia él, envolviendo la mano con la toalla y sujetándola para contener el flujo de sangre. Hice una pausa, considerando la pregunta, y luego asentí.

–Sí –admití. La tristeza invadió su rostro y llevé la mano a su mejilla, mirándole a los ojos–. Pero no de mala manera –añadí–. No... Yo no pienso menos de ti. Solo he visto lo que estás dispuesto a hacer para mantener a salvo a nuestro hijo. Eso es muy importante para mí, no tienes ni idea. Te veo... Ahora te veo como un padre. Como el padre de mi hijo.

Apoyó la cabeza en mi mano, sin apartar su mirada de la mía.

–Siento mucho que hayamos tenido que pasar por esto –admitió–. Debería habértelo dicho antes...

–Deberías haberlo hecho –concedí–, pero no podías saber lo que iba a ocurrir. Y ahora se ha acabado, eso es lo que importa. Podemos... Podemos centrarnos en nuestro futuro ahora, ¿verdad?

Sonrió. La primera sonrisa de verdad que había visto en su rostro desde que se había despertado en la cabaña frente a mí. La sonrisa iluminó todo su ser y Dante se inclinó para besarme de nuevo.

—Así es —aceptó y volvió a besarme, esta vez con más fuerza, con más seguridad, como si quisiera perderse por completo en mis brazos. Después del día que llevábamos, yo también necesitaba esta cercanía. Me parecía que había pasado toda una vida desde la última vez que habíamos podido estar juntos así, y no había nada que deseara más que sentirlo cerca de mí en aquel momento, la promesa de su contacto.

Me hizo poner de pie y, sin apartar la boca de la mía, me guio hacia el lavabo, frente al espejo del baño, colocándose detrás de mí y rodeándome la cintura con los brazos. Nos miré a los dos así en el espejo, asombrada de lo bien que nos veíamos juntos, de la hermosa pareja que formábamos.

—¿Ves lo jodidamente guapa que eres? —me preguntó mientras me pasaba la mano por el vientre hacia la barbilla, forzándome a levantar los ojos para que me mirara directamente a mí misma. Vi mis mejillas sonrojarse en el reflejo—. Eres perfecta, Stella —murmuró mientras bajaba los labios hacia mi cuello y me besaba suavemente.

Joder, cuando me besaba así, todo lo demás desaparecía: todo el estrés, todo el miedo, todo lo que había pasado se desvanecía para dejar paso a lo perfecta que era aquella sensación.

Acercó la mano sana a mi culo, subió el dobladillo del vestido y me bajó las bragas lentamente. Ya podía sentir contra mí cómo empezaba a endurecerse su polla, declarando lo mucho que me deseaba. Lo miré a través del espejo, absorbiendo la expresión de su rostro, la forma en que me admiraba, como si no pudiera saciarse... como si ni siquiera pudiera imaginarse que ese deseo tuviera fin.

Volvió a besarme el cuello mientras llevaba la mano a la cremallera y se cogía la polla. Me agarré al lavabo, arqueando la espalda para facilitarle que entrara en mí. Necesitaba esa cercanía en ese momento, esa intimidad, ese recordatorio de por qué estábamos haciendo esto: cuánto sentido teníamos juntos, cuánto encajábamos.

Pude sentir lo duro que estaba mientras encontraba su camino y la presión de su polla contra mi coño me arrancó un largo gemido. Joder, qué bien se sentía eso. Eché la mano hacia atrás, agarrándolo por la pierna para introducirlo más dentro de mí, y observé en el espejo cómo sus ojos registraban el placer de estar así dentro de mí.

—Te sientes tan bien —murmuró, moviendo su boca contra mi oreja mientras hablaba. Verle así, vernos a los dos juntos, me excitaba como ninguna otra cosa en el mundo. Había algo tan íntimo en la imagen de nosotros así de cerca, en la sensación de él dentro de mí mientras la película se desarrollaba ante mí.

Deslizó su mano sana entre mis piernas, por debajo de la falda, para poder jugar con mi clitoris mientras me penetraba profundamente. En esta posición, se sentía aún más grande, casi más de lo que mi cuerpo podía soportar. Abrí la boca con los ojos llenos de lujuria y mi propia expresión, que me devolvía el espejo, era nueva para mí. Nunca me había visto a mí misma así, pero me encantaba. Me recordaba cuánto me calentaba este hombre y lo mucho que necesitaba esto. Tenía los ojos entrecerrados y respiraba agitadamente, mis caderas empujando con fuerza contra él para invitarlo lo más adentro posible. Necesitaba todo lo que pudiera darme, cada centímetro de él, como si hubiera estado hambrienta hasta ese momento y ahora, por fin, podía atiborrarme de él.

De repente, el orgasmo me recorrió todo el cuerpo, palpitando desde entre mis piernas hasta consumir cada centímetro. Grité y el sonido resonó en el pequeño espacio, llenándolo de placer. Me tomó por la cintura para sujetarme mientras seguía moviéndose dentro de mí, con la mandíbula apretada y los ojos oscuros de deseo mientras se preparaba para correrse.

Se corrió dentro de mí con un jadeo largo y profundo, penetrándome hasta el fondo y quedándose allí durante un momento largo mientras explotaba en mi interior.

Sintiéndolo así dentro de mí, me di cuenta de que había sido de esta misma manera cómo habíamos creado al niño que ahora albergaba mi vientre, el niño que íbamos a traer al mundo. Y había algo tan íntimo en ello, en saber que nuestro deseo y cuidado mutuos habían bastado para crear toda una vida nueva, que sentí que un torrente de emoción me golpeaba con fuerza.

Cuando se apartó, levantó la mirada y vio la expresión de mi rostro: una sonrisa, pero una sonrisa emocionada. Frunció el ceño y me plantó un beso en el hombro.

–Eh, ¿estás bien? –me preguntó. Asentí con la cabeza.

–Solo estoy... contenta, eso es todo –respondí mientras me volvía hacia él, apartando la mirada de su reflejo y dirigiéndola de nuevo al verdadero Dante–, feliz por lo que está por venir.

Sonrió. La sonrisa de su rostro entibió algo muy dentro de mí, algo que ni siquiera sabía que existía hasta ahora. Pero así era estar con él, como ese constante descubrimiento de nuevas profundidades de mí misma, del nivel de amor que podía sentir por alguien.

–Yo también –respondió y volvió a besarme. Se detuvo un momento, respiró hondo y por fin pronunció las palabras que yo sabía que ambos teníamos en mente

desde hacía mucho tiempo.

–Te amo, Stella.

Me mordí la boca mientras dejaba que el sonido de esas palabras se instalara en mi mente. Sí, creo que iba a poder acostumbrarme a esto, a cómo me hacía sentir.

–Y yo a ti, Dante –respondí y volvió a besarme. Lo sentí sonreír sobre muy boca y no pude evitar devolverle la sonrisa mientras me hundía en él.

Pasara lo que pasara, aquel hombre me cubría las espaldas. Lo había demostrado sin lugar a dudas y yo estaba más que agradecida por ello.

Y yo le amaba. Y él me quería a mí. Y no podía pensar en una maldita cosa en el mundo que importara más que eso ahora mismo.

Capítulo XIX - Dante

Cuando desperté a la mañana siguiente, lo primero que noté fue el sonido de su respiración a mi lado.

Lenta, constante, pacífica. Suave. Como si estuviera totalmente relajada. Me volví hacia ella somnoliento y la tomé por la cintura, acercándola a mí.

Un sobresalto de dolor me recorrió la palma de la mano e hice una mueca. Mierda. Casi me había olvidado de lo que había pasado ayer. Nos habíamos dormido juntos después de nuestro intenso encuentro en el baño, los dos agotados por el día que habíamos sobrevivido, pero al despertarme ahora, sentía como un nuevo comienzo, una nueva oportunidad para mí.

Salí de la cama y fui a asearme, a quitarme las vendas que me había puesto anoche y a darme una ducha rápida para lavarme los restos del día anterior. No tenía ni idea de cómo estaban las cosas con la familia Fonte, si sabían que Trey había muerto, pero no me importaba. Mi antigua vida no podía importarme menos, no ahora que tenía la nueva delante de mí, lista para empezar a disfrutarla a pleno.

Cuando volví al dormitorio, Stella estaba despierta, tumbada bajo las sábanas, con los rizos extendidos alrededor de la cabeza como un halo. Me sonrió y palmeó la cama a su lado.

—Ven aquí —murmuró y me deslicé a su lado, envolviéndola de nuevo entre mis brazos. Me sentía tan protector con ella después de lo que había ocurrido el día anterior, aunque sabía que no era necesario. Era capaz de cuidar de sí misma. Si no hubiera sido por su ingenio con la horquilla y las esposas, probablemente yo seguiría atrapado en aquella silla, en un estado mucho peor del que estaba ahora.

—¿Cómo te sientes hoy? —le pregunté y ella suspiró.

—Cansada —respondió— y un poco adolorida. Supongo que tengo que ir pronto al médico para que confirme el embarazo, ¿no?

—Supongo que sí. No tengo ni idea de cómo funcionan estas cosas...

—Yo tampoco —admitió—. Tendremos que ir viendo juntos.

Se acurrucó contra mí, acercándose aún más y apoyando la cabeza en la parte superior de mi brazo.

—¿Y tú cómo te sientes? —me preguntó suavemente—. Quiero decir, no solo... Sobre el bebé, quiero decir. Sé que debe de haber sido un *shock*...

—Vale, un poco —admití—, pero un *shock* del tipo correcto.

—¿Estás seguro? —preguntó ella—. Porque creo que sería totalmente normal que tuvieras dudas, ya sabes, que te replantearas todo esto...

—No tengo ninguna duda —le aseguré—. Nunca había pensado en tener una familia, pero cuando me enteré de que estabas embarazada, simplemente... supe que esto es lo que quiero.

—¿Nunca habías pensado en ello? —respondió ella sorprendida, levantando la cabeza para mirarme.

—Nunca me permití pensarlo —admití—. Estaba tan atrapado en el mundo criminal que no podía permitirme imaginar cómo sería tener una familia. Ni siquiera podía acercarme a esa idea. Era demasiado peligroso. Tener a gente que te importa de verdad cuando estás metido en la mafia es simplemente una pésima idea. Alguien intentaría utilizarlo en tu contra. Me aislé de esa parte de mí para sobrevivir, la parte de mí que anhelaba formar una familia...

Se quedó callada, procesando lo que acababa de decirle.

—Vaya, eso es... Eso es intenso —confesó—. Supongo que te llevará un tiempo volver a conectar con esa parte de ti, ¿no?

—Pensé que sería así —respondí—, pero... en el momento en que me enteré de que estabas embarazada, fue como si se me viniera todo de golpe. Supe que iba a ser padre y que estaba dispuesto a hacer todo lo que hiciera falta para intentar ser uno bueno para nuestro hijo.

Sus ojos se suavizaron al mirarme.

—Vas a ser un excelente padre —respondió, pasándome una mano por el pelo—. Sé que lo serás, puedo verlo en ti.

—Voy a ser el padre más molesto del mundo —me reí—. Voy a presumir de él ante todo el mundo, iré a todos los partidos de fútbol, a todas las reuniones en la escuela...

Soltó una risita, dejando escapar un pequeño suspiro, como si ella también estuviera dándose permiso para soñar con el futuro.

—Nunca pensé que estaría en una situación así —me confesó—. Yo es que... Cuando

estaba en el burdel, ni siquiera podía permitirme pensar en tener una familia, ¿sabes? Era igual que lo que te pasó a ti; era demasiado peligroso para mí dejar que mi mente se adentrara en eso, porque las posibilidades de que ocurriera me parecían tan ínfimas que lo mismo era totalmente imposible.

—¿Querías tener hijos cuando eras pequeña? —le pregunté y ella asintió.

—Oh, sí, siempre me he imaginado con una pequeña pandilla de ellos —se rio—. Tropezar con la tropa mientras horneo pasteles. Me parecía que sería lo más divertido del mundo.

—Oh, creo que podemos ingeniárnosla para producir una manada —respondí, rozando sugerentemente con la mano su cintura.

—Eh, déjame tener el primero antes de que empecemos a planear más —protestó ella jugueteando.

—Sí, supongo que tenemos que hacer lo del primer niño antes de empezar con cualquier otra cosa —respondí.

—Y todo lo demás —suspiró.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a todo el resto del trabajo —respondió ella—. Quiero que los dos estemos sanos para cuando llegue este niño. No solo físicamente, sino también... mentalmente. No quiero que nada de lo que pasó antes se interponga en el futuro de este niño.

Asentí con la cabeza. Era un pensamiento intenso y difícil, pero ella tenía razón. De ninguna manera iba a arrastrar a mi hijo a la misma mierda por la que me habían hecho pasar mis padres: el alcoholismo, el todo vale para sobrevivir. Esa clase de mierda te deja marcado de por vida y mi hijo se merecía algo mejor.

Se merecía todo lo bueno del mundo.

—Tienes razón —respondí, y lo dije en serio, desde algún lugar muy, muy dentro de mí. Puede que me costara seguir con toda aquello de la terapia, que me costara ser sincero conmigo mismo sobre todo lo que había hecho, pero necesitaba exorcizar todos los demonios antes de que mi hijo viniera al mundo. De eso estaba seguro.

—Necesito comer algo —me dijo bostezando—. ¿Serías tan bueno de ir a buscarme algo para desayunar?

–Claro que sí –respondí–. Pero dentro de un rato...

Se rio cuando tiré de ella para darle otro beso. Si creía que iba a dejarla salir de mi cama tan pronto, estaba muy equivocada...

Una hora más tarde habíamos conseguido salir de la cama durante el tiempo suficiente para llegar a una cafetería cercana y comer algo. Ella sorbía una taza de té de hierbas y mordisqueaba un pastelillo, y yo la miraba con preocupación.

–¿Te sientes enferma? –pregunté–. Sé que muchas mujeres tienen náuseas matutinas...

–Solo un poco –admitió–, pero no sé si es eso. No puedo dejar de preocuparme por mi piso, ¿sabes? La puerta está rota y la casera me va a colgar...

–Fuiste secuestrada –le recordé–. ¿Tu casera no te dará un respiro por circunstancias atenuantes?

–No es ese tipo de mujer –respondió ella con una mueca–, créeme.

–Joder –murmuré y enarqué una ceja–. Yo puedo arreglar la puerta, si te parece bien, y por mientras puedes quedarte conmigo...

–Ah, ¿sí? –dijo sonriendo y alzando las cejas.

–Sí –contesté, deslizando una mano por la mesa hacia la suya–. La verdad es que puedes quedarte conmigo todo el tiempo que quieras.

–Me gustaría quedarme contigo –respondió ella, con los ojos iluminados ante la idea. Y, joder, a mí también me sonaba muy bien. Había pasado tantas noches en aquel apartamento dando vueltas en la cama y sintiendo que nunca conseguiría descansar de verdad, pero con ella siempre cerca podría dormir tranquilo. Saber que estaba a mi lado, la persona que más me importaba en el mundo, me quitaba bastante peso de encima. Quería eso todos los días, todas las noches, todas las mañanas.

–¿Sabes? –comentó ella, echando un vistazo a su reloj–, creo que la reunión de terapia empieza dentro de una hora.

–¿La terapia de grupo? –pregunté. Tenía que admitir que la había dejado un poco de lado desde que estábamos juntos; me había distraído tanto con ella, en todos los sentidos correctos, que me resultaba difícil centrarme en otra cosa.

–Sí –respondió ella–. ¿Te apetece que vayamos? Me he perdido los últimos encuentros, pero creo que me vendría bien ir a pasar un rato con todos durante un par

de horas.

–Sí, me parece una buena idea –acepté. Ella soltó una risita, sacudiendo la cabeza.

–Sé que no es exactamente la idea de cita más normal –admitió–, pero, oye... si funciona..., ¿o no?

–Exacto –asentí–. ¿Cuánto tardaremos en llegar desde aquí?

–¿Tal vez media hora?

–Vamos despacio, entonces –respondí–. Se está bien fuera. Quiero disfrutar del sol.

Me tomó la mano cuando salimos de la cafetería y yo respiré el aire fresco, intentando recordarme a mí mismo que la pesadilla que me había estado persiguiendo durante tanto tiempo había terminado por fin, y esta vez para siempre. Iba a tardar un tiempo en creérmelo del todo, pero, para cuando se me curara la cicatriz de la mano, esperaba que la tensión mental también hubiera empezado a remitir.

Llegamos al grupo de terapia, y me encontré dudando mientras ella bajaba los escalones y entraba en la sala de reuniones. Se volvió para mirarme, todavía cogida de mi mano.

–¿Qué pasa? –preguntó, frunciendo el ceño.

–Nada –respondí, apartando las dudas de mi mente y obligándome a seguirla escaleras abajo. Unos meses atrás me había dicho que tenía que dejar de apartar a la gente que quería ayudarme, dejar de intentar alejar a las personas que querían lo mejor para mí. Y había sido ese empeño el que me había permitido enamorarme de Stella.

Tenía que confiar en que había cosas buenas para mí en este mundo. Que el universo no estaba contra mí, aunque lo hubiera sentido así durante mucho tiempo. Por fin estaba preparado para dejar atrás esa vieja versión de mí y para acompañar a Stella hacia la nueva vida que nos esperaba.

Capítulo XX - Stella

–¿A dónde demonios estamos yendo? –me reí mientras Dante me guiaba por la calle, con su mano sobre mis ojos.

–Ya verás –respondió, haciéndose el misterioso, como siempre. Levanté la mano para apartar la suya y averiguar dónde estábamos exactamente, pero él la mantuvo firme en su sitio—. Quiero que esto sea una sorpresa –me dijo—, son solo unos pasos más...

–Vale, confío en ti –respondí, aunque en ese momento no tenía ni idea de lo que eso significaba exactamente.

Dante me había despertado esta mañana con una sonrisa de oreja a oreja y un brillo en los ojos que me decía que algo emocionante estaba ocurriendo. No tenía ni idea de qué esperar. Aún estaba aturdida y, mientras tomaba mi café matutino, le pregunté qué le había puesto de tan buen humor.

–Quiero enseñártelo –me había dicho—. Créeme, así será más divertido.

Suspiré, sacudiendo la cabeza y sonriendo. Estaba claro que no habría manera de que soltara el secreto. Dante era así de testarudo; cuando se decidía por algo, así era como iba a ser y las preguntas no estaban permitidas.

Lo mismo había pasado cuando pintó la habitación del bebé. Volví a casa de una sesión de terapia y encontré el lugar resplandeciente de un amarillo brillante y alegre. Luego, estando yo de visita en casa de Emma, me encontré con una cuna recién armada cuando volví. Tenía el mismo brillo en los ojos, de emoción y orgullo, como si no pudiera esperar a compartirlo conmigo.

Pero esto había sido diferente. En lugar de llevarme a la habitación contigua para mostrarme lo que tenía para mí, había insistido en llevarme a un nuevo lugar, unas calles más allá, tapándome los ojos en cuanto llegamos a la avenida Dollsworth. No tenía ni idea de qué tenía de especial esta calle en concreto. Nunca la había pisado, que yo recordara. Allí había, en su mayoría, pequeñas y bonitas boutiques de ropa demasiado cara para mi bolsillo.

Finalmente, nos detuvo.

–¿Preparada?

–Ni siquiera sé para qué se supone que debo estar preparada –respondí y apartó

las manos.

–Vale, ya puedes abrir los ojos.

Los abrí de golpe y me quedé mirando lo que tenía delante: un escaparate vacío con un cartel de «vendido». Fruncí el ceño y luego lo miré a él, y lo encontré sosteniendo delante de mí un juego de llaves tintineantes.

–Dante –balbuceé–, ¿qué coño...?

–Es tuyo –me dijo, poniendo el juego de llaves en mis manos.

–¿Qué quieres decir? –pregunté. No me cabía en la cabeza. Es decir, creía saber a qué se refería, pero seguramente había algún tipo de error...

–Lo he comprado para ti, para que puedas montar aquí la panadería con la que siempre soñaste.

Estaba genuinamente boquiabierta, no podía creer lo que estaba oyendo.

–¿Cómo has pagado por esto? –le pregunté.

–Informé a la policía de la ubicación del –respondió, encogiéndose de hombros–. Y resultó que había una recompensa importante por darles esa información, que utilicé para comprarte este lugar. No te preocupes, aún hay suficiente para terminar también la habitación del bebé.

Me sonreía, pero yo estaba tan abrumada por la emoción que apenas podía asimilarlo. No recordaba la última vez que alguien había hecho un gesto de amor tan grande por mí, y era casi más de lo que podía soportar.

–¿Te encuentras bien? –preguntó, dando un paso adelante y apretándome la mano–. Si es demasiado, podemos...

–No, no... Yo es que... Esto es increíble –respondí, apretando las llaves en mi mano–. Es que nunca... nunca pensé que llegaría a tener mi propia pastelería. Siempre pensé que era un sueño imposible, pero ahora... –Contemplé el escaparate, mi mente ya se llenaba de un millón de ideas diferentes sobre lo que iba a hacer con él, cómo podría convertirlo en la panadería con la que siempre había soñado–. Ahora es real y todo gracias a ti.

No pude resistirme. Le agarré la cara y le planté una docena de besos por toda ella mientras él se reía.

–Bueno, me alegro de que te guste –me dijo cuando ya me había apartado a

recuperar el aliento—. ¿Te apetece echar un vistazo dentro?, ¿qué dices?

—Me encantaría —exclamé, y abrí la puerta principal. Saqué el cartel de «vendido» de la ventana y empecé a explorar.

Era exactamente como siempre había imaginado que sería la panadería de mis sueños: un pequeño espacio en la parte trasera que podía convertir en una pequeña cadena de producción de pasteles y tartas, y un escaparate exterior con espacio suficiente para unas cuantas mesas junto al ventanal que daba a la calle.

—¿Ya tienes alguna idea de lo que quieres hacer aquí? —me preguntó mientras me seguía.

—Dios mío, sí —dije efusivamente—. Hay tantas cosas que quiero hacer. Primero tengo que pintarla. Y traer también equipamiento de repostería profesional.

—También queda algo de dinero para eso —comentó—, si quieres usarlo para arreglar todo aquí.

—¡Has pensado en todo! —me reí, apenas capaz de contener mi vertiginosa excitación. No me lo podía creer. Sentía como si estuviera levitando, todo aquello era demasiado bueno para ser verdad, pero era real, tan real como que yo estaba allí de pie. Por fin iba a hacer realidad mi sueño de tener una panadería. Y solo estaba a un par de calles de nuestro apartamento; podría venir aquí todas las mañanas, hacer un pequeño trayecto hasta mi propia tienda.

También con el bebé. Casi podía imaginármelo —y ya sabíamos que era un niño, después del escáner de la semana anterior— sentado junto al mostrador, seduciendo a los clientes y ayudando, así, a mantener el local en funcionamiento. Quizá en un distante futuro, él lo heredaría. Tenía tantas cosas en la cabeza que apenas podía seguirles el ritmo a mis propios pensamientos.

Me apoyé en la encimera y contemplé la tienda, el lugar que iba a convertirse en la panadería de mis sueños.

—Espero que sea como te lo imaginabas —murmuró Dante y me rodeó con los brazos, apoyando las manos en el lugar que ocupaba nuestro hijo dentro de mi cuerpo, mientras me plantaba un beso en la nuca. Me hundí feliz contra él.

—Es más de lo que podría haber pedido —respondí, volviéndome hacia él y apoyando los brazos en sus hombros—, porque tú formas parte de ello.

Se inclinó para plantarme un beso en los labios.

–Espero que esto no signifique que me vas a traer a trabajar aquí –bromeó y me eché a reír.

–¡Claro que te pondré a amasar! –exclamé–. ¿Quién crees que va a madrugar para meter las tartas en el horno cuando llegue el bebé?

Protestó de mentiras con un gruñido.

–Debería haberlo pensado un poco mejor –admitió, pero me di cuenta de que estaba bromeando.

–Te amo –murmuré. Esas palabras ni siquiera parecían acercarse a transmitir este sentimiento tan profundo que tenía hacía él, menos ahora, sabiendo que me había dado esto, el sueño de mi vida, pero era lo más parecido que tenía a mi disposición en aquel momento.

–Yo también te amo, Stella –respondió–, muchísimo, más de lo que te puedes imaginar.

Apoyé la cabeza en su hombro, respirando su aroma, el aroma que me hacía sentir como en casa y que sabía que siempre me haría sentir así.

Y no podría haber pedido un lugar mejor al que llamar hogar.

Epílogo - Stella

–¡Hostia puta! –exclamó Dante mientras me miraba fijamente–, ¿estás segura?

–Estoy segura –gemí mientras intentaba salir de la tina de agua tibia en la que me había sumergido para que apareciera ya este bebé terco–. Acabo de romper aguas. ¡Tenemos que ir al hospital!

–Espera aquí –me dijo mientras corría hacia la puerta–, voy por tu bolso.

Suspiré mientras me recostaba e intentaba respirar a través de las profundas punzadas en la pelvis. No podía creerlo; por fin estaba ocurriendo: nuestro pequeño estaba a punto de venir al mundo. Estaba impaciente por conocerlo, aunque para ello tuviera que dar a luz primero.

El bebé llevaba un par de semanas de retraso y este baño había sido mi forma de intentar inducir el parto. Me faltaban unas horas para ir al hospital a que me ayudaran a traerlo al mundo, pero, de repente, había roto aguas y ahora todo estaba a punto de ponerse en marcha.

El embarazo no había sido lo más fácil del mundo para mí, pero sinceramente, con Dante cerca, nada era imposible. Siempre que me dolía la espalda, siempre que las náuseas se apoderaban de mí, siempre que estaba demasiado cansada para limpiar y cerrar la panadería después de un largo día, él estaba allí para ayudarme en todo. Nunca se quejaba, nunca le daba importancia, solo me daba un beso en la cabeza y me mandaba de vuelta a casa para que pudiera relajarme.

Y, en los tres meses que habían pasado desde que abrí oficialmente la cafetería, las cosas habían ido lo bastante bien como para que los días ajetreados se sucedieran sin cesar. La mayoría de los días me encontraba desbordada, mis pasteles se agotaban a las dos horas de abrir, y la cafetera que había comprado en una venta de remate trabajaba horas extras para atender los pedidos. A veces me preguntaba si sería capaz de seguir con todo una vez que el pequeño Kieran llegara al mundo, pero sabía que, con la ayuda de Dante y mi familia, encontraría la manera de superarlo.

Emma también ayudaba en la cafetería siempre que podía, y a los clientes parecía encantarles tenerla cerca; uno de mis clientes habituales, Harry, se había enamorado de ella, aunque era evidente que ella aún no se había dado cuenta. Yo oficiaba de casamentera, asegurándome de que ella estuviera de turno cada vez que él empezaba

temprano a trabajar, y solo era cuestión de tiempo hasta que él se armara de valor y le pidiera una cita.

Ahora que estaba tan felizmente enamorada de Dante, solo quería lo mismo para todos los que me rodeaban. Me costaba creer que, hacía poco más de un año, había estado todavía viviendo la peor época de mi vida: encerrada en aquel burdel, obligada a vender mi cuerpo a hombres que me daban asco.

Y sí, a veces, el peso de eso me golpeaba con fuerza. Me preguntaba si algún día vería entrar por la puerta del café a uno de aquellos hombres que me habían pagado por violarme y cómo lo afrontaría si así fuera.

Pero yo no era la mujer que había sido cuando salí por primera vez de aquella vida, ni me acercaba a serlo. Ahora era mucho más fuerte de lo que había sido entonces, gracias a los meses de duro trabajo que le había dedicado a la terapia. Tanto Dante como yo nos habíamos empeñado a mejorar nuestra salud mental, enfrentándonos a la incomodidad de revivir por lo que habíamos pasado para poder ser las mejores versiones de nosotros mismos y estar presentes para nuestro hijo. Cuando Kieran viniera al mundo, iba a tener los mejores padres posibles, por mucho que las cosas hubieran sido extremadamente difíciles tanto para Dante como para mí.

Sí, había habido noches en las que habíamos tenido que tranquilizarnos mutuamente por los *flashbacks* y los recuerdos oscuros. Y sí, me había confesado parte de la oscuridad en la que había estado envuelto, la vida a la que se había visto arrastrado cuando era adolescente. Pero pude ver lo diferente que era ahora, lo decidido que estaba a dejar atrás esa parte de su vida. Solo era un niño cuando se vio arrastrado a ella, pero el hombre que era ahora no se parecía en nada al que había sido. Aquel enfrentamiento con Trey había sido el final para él, la entrega de las armas a la policía su última afirmación de que ya no tenía nada que proteger allí. No era leal a aquella vida ni a nadie en ella. Era leal a mí, a nuestra familia.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Dante mientras me ayudaba a salir de la bañera y a ponerme la ropa cómoda que habíamos preparado para la ocasión.

—Me duele —admití, apretando los dientes. Me besó en la cabeza.

—Lo tienes todo bajo control, yo lo sé —me aseguró, y cerré los ojos con fuerza cuando me golpeó la primera contracción realmente fuerte. Me doblé, dejando escapar un gemido.

—Mierda, no sé si es tan así —respondí.

–Eres muy fuerte, cariño –me dijo, frotándose la parte baja de la espalda–. Puedes con esto. Sé que puedes. Voy a buscar el coche, ¿vale? Tú espera aquí...

Salió corriendo por la puerta y yo me senté en el borde de la bañera, respirando con dificultad, con la mano sobre mi enorme estómago.

–Ya falta poco, pequeñín –le murmuré–. Estoy deseando conocerte por fin...

Sentí otra contracción y respiré lo mejor que pude, intentando recordar lo que me había enseñado la enfermera del curso de preparación de parto. Cerré los ojos con fuerza y me esforcé por imaginar lo que me esperaba al otro lado, lo increíble que iba a sentirme cuando tuviera a mi hijo en brazos, lo llevara de vuelta a la puerta de nuestro piso y lo acostara en la preciosa habitación amarilla que su padre había pintado para él.

Oí que abrían la puerta de nuevo y Dante apareció a mi lado, rodeándome la cintura con un brazo y ayudándome a ponerme en pie.

–¿Estás preparada? –me preguntó y yo asentí.

–Nunca voy a estar mejor preparada que esto –respondí bromeando.

–Venga, vamos –dijo y me dirigió hacia la puerta mientras yo seguía respirando profundamente e intentaba calmar los nervios que amenazaban con dominarme.

En ese momento recordé al hombre que estaba a mi lado, el hombre que me había ayudado en tantas cosas, el hombre que me había salvado cuando las cosas parecían imposibles. El hombre que me había demostrado, una y otra vez, hasta dónde estaba dispuesto a llegar para darme lo que necesitaba, lo que quería.

Y sonreí. Porque supe que iba a estar bien. Nada podría interponerse en nuestro camino, mientras estuviéramos juntos.

Y pronto nuestra pequeña familia iba a ampliarse. Estaba impaciente por compartir con él la alegría de aquella nueva vida. El hombre al que amaba, la persona para la que estaba hecha.

Y el hombre que me correspondía.

Acerca de Lenora Wilde

Hola, soy Lenora, la típica alma reservada y tranquila durante el día que se convierte en una malvada contadora de historias bajo el encantador resplandor de la luna. ;)

Mi corazón está dedicado a crear historias románticas al rojo vivo, relatos que enciendan las páginas. Tanto si buscas un subidón de adrenalina como una escapada relajante, estoy aquí para crear historias que cautivarán tu mente y te llegarán al corazón. Bienvenido a un mundo donde las posibilidades son tan ilimitadas como tu imaginación.

Si te ha gustado este libro, me gustaría invitarte a que estés pendiente de los próximos lanzamientos serie de los [Renegados de Nueva York](#).

Tu opinión sincera es muy valiosa para mí. Haz clic [AQUÍ](#) para compartir tu reseña sobre este libro.

Gracias.